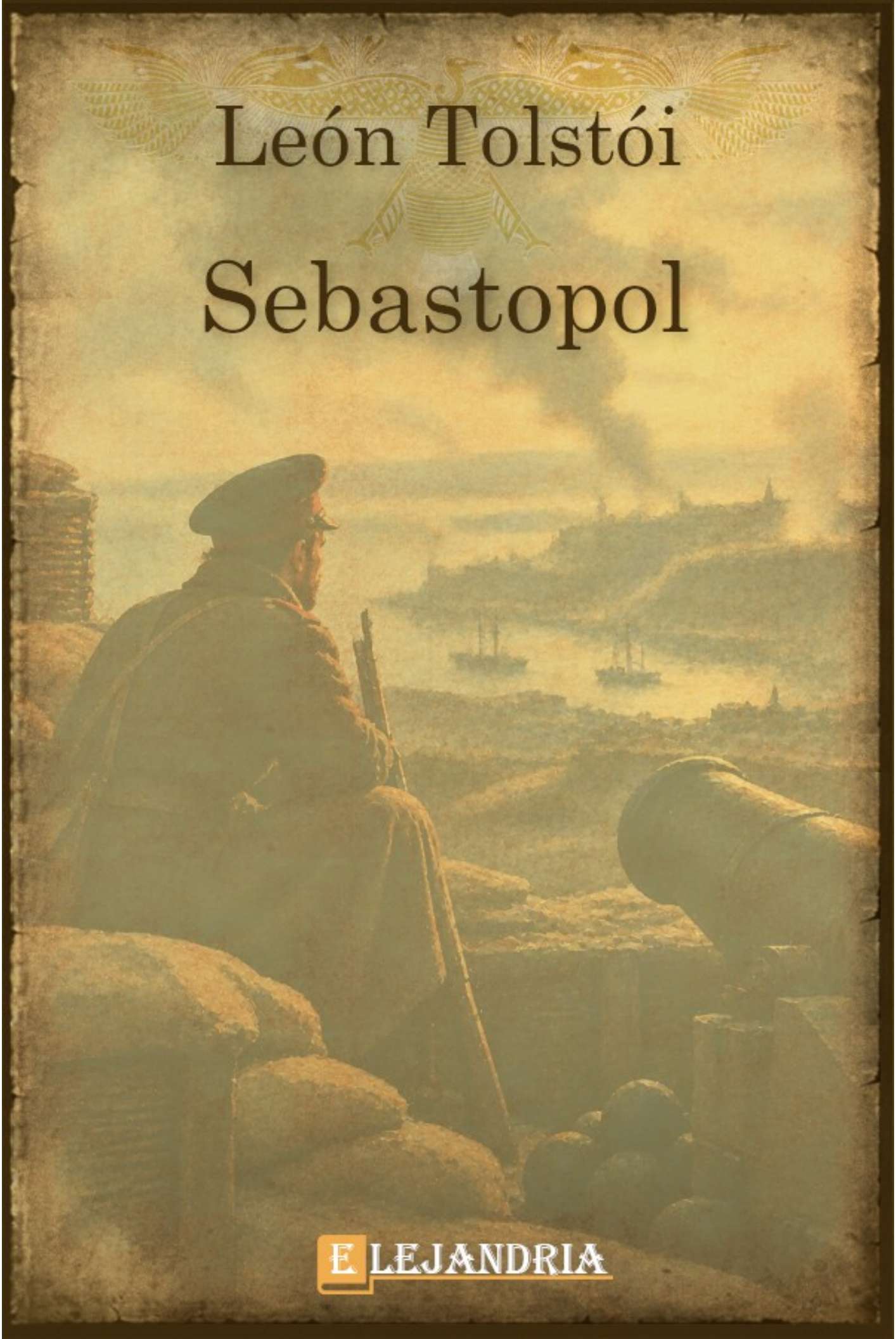
León Tolstói

Sebastopol



ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

Sebastopol

León Tolstói

Publicado: 1855
Fuente: archive.org
Traducción: Anónimo
Edición original: Obras completas, t. II (Barcelona, Carbonell y Esteva, 1905)

Sebastopol en diciembre de 1854

I

Los primeros rayos del sol iluminan el espacio, divisándose a lo lejos la silueta del monte Sapun. La azulada superficie del mar se ha quitado el ropaje oscuro de la noche, para pintarse con las primeras luces de la mañana. A pesar de no haber nevado por la noche, hace mucho frío, aumentado por la húmeda neblina. Todo está oscuro todavía, y a causa de la helada la nieve cruje bajo los pies y el frío penetra en las casas. Solamente el ruido lejano e incesante del mar acompañado por algunos raros cañonazos que se oyen por la parte de Sebastopol, turba la majestuosa calma de la mañana. Ni aun a bordo de los buques de guerra se oye el más mínimo ruido, y el cuadrante solar señala ya las ocho.

Solamente en la parte norte del puerto la actividad empieza a reemplazar a la serena tranquilidad de la noche; entre el movimiento que empieza a reinar, se percibe el paso de un destacamento de soldados, que, al ruido metálico que producen sus armas, se dirige a reemplazar la última guardia; por allá va el mayor, que con paso precipitado se dirige al hospital, por el otro lado avanza un soldado que acaba de salir de su cabaña y después de haberse lavado la cara se vuelve hacia el rojo oriente, hace la señal de la cruz y reza; más abajo algunos camellos arrastran un alto y pesado furgón lleno de cadáveres ensangrentados, hacia el cementerio. Al acercarse al puerto, lla-

ma la atención un particular olor de carbón de piedra, estiércol, humedad y carne, todo en mezcla informe. Millares y millares de objetos de todas clases y volúmenes, como maderas, víveres, ganado, hierro, etc., están amontonados en el muelle. Soldados de diversos regimientos armados y equipados o sin armas se juntan y hablan, se consultan, fuman, o arrastran grandes fardos hacia el buque que, vomitando humo por sus chimeneas, está anclado junto al puente de madera. Algunos vaporcitos particulares abarrotados de toda clase de gente, soldados, comerciantes, marinos, mujeres, amarran o se alejan del puerto.

—¿Quiere vuestra señoría un bote para la Grafskaia?—oigo que dice una voz, y dos o tres marineros se levantan de pie en los barquichuelos para ofrecerme sus servicios.

Escojo el más próximo y pasando por encima del cadáver de un caballo hundido en el cieno, me embarco, empuño yo mismo el timón, alejándose el bote de la ribera. En torno la mar riela con los hermosos rayos del sol naciente; enfrente está el viejo marinero cubierto con su capote de piel de camello, y un joven rubio, sin cuidarse de nada, dedícase con toda su atención al manejo de los remos. Diseminados por la bahía se distinguen las masas de los buques, unos más lejos, otros menos; los pequeños botes, que semejan puntitos negros, se agitan sobre la azulada y brillante superficie del mar, surgiendo más allá la silueta de la ciudad, de la cual se van destacando sus hermosos edificios de color claro, apenas iluminados por la rosada luz del sol naciente; más cerca se ve la blanca línea de espuma siguiendo todo el muelle y la escollera; por aquí y por allá aparecen las negras puntas de los palos de algunos buques sumergidos, y muy lejos las masas sombrías y amenazadoras de los buques de la flota enemiga que se distingue en la línea del horizonte que limita el mar, mientras los remos levantan con su golpeteo monótono contra el agua gotas que brillan como diamantes. En medio del rumoreo que crece se oye claro el sonido de las voces y el ronco y majestuoso tronar de los cañones que parece que va aumentando en Sebastopol.

El orgullo y el coraje me invaden el alma tan solo al pensar que me hallo en Sebastopol, y la sangre se enardece y corre con mayor viveza por mis venas.

—¡Señoría! Vamos rectos hacia el *Constantin*—me dice el viejo marino vigilando la dirección que seguía el bote.

—¡Cómo! aún le quedan cañones,—observa el joven examinando el buque mientras pasábamos por delante.

—No es extraño, pues está enteramente nuevo, Kornilov, y ha dormido hasta ahora,—le responde el viejo contemplándolo también.

—¡Mira! de allá tiran,—exclama el joven después de un largo rato de silencio, al instante en que una blanca humareda aparece en la parte meridional de la bahía, acompañada del seco estallido de una bomba.

—Hoy tira una batería nueva,—dice el viejo, escupiendo en sus manos e indiferente a todo.—Anda, Muchka, a los remos, y pasemos pronto la chalupa.—El bote se desliza rápidamente sobre el agua y pasa por delante de una gran chalupa cargada de sacos malamente conducidos por los soldados, y atravesando por en medio de toda clase de buques, aborda en el muelle de Grafskaia.

Una abigarrada muchedumbre de mujeres, de soldados vestidos de gris y de marinos vestidos de negro, hormiguea en los embarcaderos.

Las mujeres venden pan y los aldeanos alrededor del samovar gritan: «Té caliente». Casi en los primeros peldaños del embarcadero, arrastran los hombres balas de cañón, bombas, balsas enmohecidas y cañones de diversos calibres y modelos. Un poco más lejos, en la extensa playa, se ven amontonadas armaduras de cañón y encima soldados dormidos. También hay por todas partes caballos, carricoches, cajas de municiones y fardos de fusiles.

Por aquí y por allá, andan deprisa o despacio soldados, marinos, oficiales, mujeres, niños, comerciantes, conduciendo o guiando carros cargados de heno, sacos y toneles. Un regimiento de cosacos pasa, acompañado de su oficial a caballo y de su general en coche. Un marino sentado cerca de los pequeños cañones está fumando, la calle aparece fortificada con una gran barricada en la parte derecha. Delante de una hermosa casa, con unas cifras romanas en el frontispicio, se ven algunos soldados, montados en camellos, todos llenos de vendajes y de sangre. En todas partes y lugares se ven las lúgubres señales de un campamento de batalla.

II

La extraña mezcla de la vida del campo y de la vida urbana, de una ciudad hermosa y de un vivac infecto, no solamente no tiene nada de hermoso, sino que presenta un conjunto desordenado y repugnante que hace que la primera impresión sea muy desagradable. Llega hasta a parecer que todos los que allí habitan están como espantados, corriendo de aquí por allá y sin saber qué hacer. Pero, muy diferente es la opinión que se forma al mirar de más cerca ¡cuánto se agita y mueve en torno! He aquí un soldado que guía una *troika* de caballos, muy cansado, pero cantando tranquilamente, miradle: no se perderá en medio de esa muchedumbre, que para él ni siquiera existe… Mas él cumple su trabajo, cualquiera que sea; lleva a beber los caballos o arrastra un cañón, con tanta calma, aplomo e indiferencia como si todo esto pasara en Tula o en Saranks. La misma expresión de indiferencia se lee en la cara de este oficial que pasa un poco más allá, luciendo sus guantes de una blancura inmaculada; en la del marino que tranquilo se instala en la barricada fumando su pipa, en la de los soldados que, subidos en sus camellos, esperan en las gradas de la escalinata del antiguo Casino, hoy convertido en hospital; hasta esa niña que, por no mojar sus pies, atraviesa la calle saltando por encima de las piedras, tiene la misma expresión de indiferencia en el semblante.

En efecto, un gran desencanto espera al que entra por primera vez en Sebastopol. Ninguna traza de espanto, ni de entusiasmo ni nada de esto se ve en ninguna parte. Las gentes se ocupan, como de costumbre, de sus negocios, de modo que quizás os reprochéis el entusiasmo que antes sentisteis por esos hombres, quizá lleguéis a dudar del heroísmo de los defensores de Sebastopol, en que creísteis, merced a las descripciones que se os habían hecho. Pero, entrad en esa casa, cuya escalinata está llena de soldados en camillas, o id a las murallas; allí veréis a los defensores de Sebastopol y veréis que, como el humo de los cañones, se desvanecen vuestras dudas. Id y entrad en esa casa de enfrente, que era antes el gran Casino de Sebastopol, y allí en sus salas veréis un espectáculo horrible y triste, sublime y cómico, pero siempre grandioso y que eleva el alma.

Penetráis en la sala donde se celebraban las asambleas y apenas pasáis la puerta os sorprende el espectáculo de cuarenta o cincuenta enfermos y heridos; unos, a quienes se les ha amputado algún miembro, otros muy gravemente enfermos, tendidos la mayor parte en el suelo y pocos en lechos de campaña. Continuad adelante, a pesar del sentimiento de terror que os detiene en el umbral de la puerta; no os dé vergüenza el que se os conozca que habéis ido allí nada más que para ver a los que sufren, no os dé vergüenza el acercaros a ellos y hablarles, que a los desgraciados les agrada y alegra contemplar un rostro amigo, de hombre que les compadezca, como les gusta explicar sus sufrimientos y oír palabras cariñosas. Al pasar por entre las camas, buscáis un rostro menos angustiado al que os decidís acercaros. «¿Dónde tenéis la herida, amigo?» preguntáis tímidamente a un viejo soldado que está en los puros huesos y que, sentado en su cama, os sigue con su mirada bonachona y parece invitaros a que os acerquéis. Digo «tímidamente» porque los sufrimientos y los grandes dolores inspiran, no sé por qué, una especie de miedo y una profunda compasión por el que los soporta.

Pero en el momento en que el soldado os dice que tiene herida la pierna observáis, por los pliegues del cobertor, que esta la tiene cortada por encima de la rodilla.—Ahora voy bien, gracias a Dios,—y añade el pobre:—Voy a pedir pronto permiso para salir.

—¿Hace mucho que os hirieron?

—Sí, señoría, hace ya cinco semanas.

—¿Y qué partes del cuerpo os duelen más?

—Desde que me cortaron la pierna, no siento ningún dolor. Solamente cuando hace mal tiempo me duele algo la pantorrilla… Si esto no fuese, estaría ya bueno.

—Pero, ¿dónde y cuándo os hirieron?

—Cuando el primer bombardeo; servía yo uno de los cañones del quinto batallón y después de arreglado, me retiraba ya hacia la otra batería, cuando de repente sentí un gran golpe en la pierna y caí como si cayera en un pozo; miré… y ya no tenía pierna.

—¿Y no sufristeis en el primer momento?

—Absolutamente nada; solo sentí como si me aplicaran alguna cosa candente sobre la pierna.

—¿Y después, sufriste mucho?

—Salvo cuando empezó a rehacerse la piel: entonces sufrí algo y aún mucho después me incomodó eso también. Pero lo principal para no sufrir es no pensar, el que no piensa no sufre, el dolor no existe. El mayor mal del hombre es el de saber pensar.

Mientras estaba hablando con el soldado, una mujer vestida con traje gris se nos acercó y se mezcló en nuestra conversación, empezando a contarme cuánto había sufrido el pobre, el estado desesperado en que se halló cuatro semanas antes, y cómo estando ya herido suplicó a los camilleros que se detuvieran para poder ver el disparo salido de su batería; me dijo también aquella mujer que los grandes duques le dieron 25 rublos y que él les respondió: que quería volver al batallón, que, si no podía trabajar, ya guiaría a los jóvenes… y seguía hablando la buena mujer, sin interrumpirse, mirándome a veces a mí, otras al marino, quien volviéndose con los ojos iluminados por una especie de entusiasmo, fingía no comprender nada y seguía preparando hilas sobre una almohada.

—Es mi mujer, señoría,—me hizo al fin observar el marino, como si quisiera decir: «Dispensadla, pues, ya es sabido que las mujeres dicen siempre tonterías».

Entonces empecé a comprender a los defensores de Sebastopol, pues delante de este hombre sentí vergüenza de mí mismo. Por más que buscaba, no encontraba palabras con que expresarle la admiración y la simpatía que le quería demostrar, y aun, de haberlas hallado, estoy cierto que no le gustaran; por lo cual, sin decirle nada, me incliné conmovido ante esta grandeza inconsciente, ante esta gran firmeza de alma y este pudor de su propio mérito.

—¡Que Dios os cure lo más pronto posible!—dije, y pasé a otro enfermo, que, tendido sobre el duro suelo, parecía esperar la muerte en medio de intolerables sufrimientos.

Era un hombre rubio, de cara hinchada, pálida. Tendido de espaldas, tenía la mano izquierda echada hacia atrás, en una posición que mostraba los rudos sufrimientos que le atormentaban. Tenía la seca boca grandemente

abierta y por ella se le escapaba una ronca respiración, y sus ojos azules y vidriosos parecían mirar a lo alto. Le faltaba una parte del brazo derecho y el resto lo tenía cubierto de vendajes de todas clases, saliéndole por encima del cobertor. De todo él se desprendía un hedor sofocante y cadavérico; me llamó la atención el pobre y me pareció que el calor interior que devoraba y torturaba los miembros de aquel mártir, penetraba dentro de mí mismo.

—¿Es que ha perdido el conocimiento?—pregunté a la mujer que, mirándome como a un amigo, me iba siguiendo.

—No, oye todavía algo de lo que se le dice, pero muy poco,—me dijo en voz muy baja.—Hoy yo le he dado té. Es un extranjero… no obstante, hay que tener compasión de él… Apenas ha bebido.

—¿Cómo estás?—le pregunté. Aunque sin ver ni comprender nada, al sonido de mi voz el herido volvió hacia mí sus ojos ardientes de fiebre.

—¡Esto despedaza el corazón!…—murmuró la mujer.

Un poco más lejos, sentado en la cama, arreglándose y cambiando de ropa, estaba un viejo soldado, de cara y cuerpo morenos, flaco, casi un esqueleto, le faltaba un brazo y estaba como desarticulado de la espalda. Su flacura y las grandes arrugas de su cara, me llenaron de espanto… se ve que es hombre que ha sufrido mucho durante su vida.

Al otro lado, sobre un lecho de campaña, con semblante que indica gran sufrimiento, estaba una mujer; su cara era pálida y llena de dulzura y tenía las mejillas coloreadas por la fiebre.

—Es la mujer de un marino. Al ir el día 5 de este mes al batallón a llevar la cena a su marido, un obús le destrozó la pierna.

—¿Y se la han cortado?

—Sí, señoría, por encima de la rodilla.

Si aún os quedan ánimos, penetrad en la sala que está más allá, hacia la izquierda: es la sala de curas y operaciones. Allí se ve a los médicos, con el semblante sombrío y con los brazos llenos de sangre hasta los codos: en una de las camas gime un herido, quien, con los ojos abiertos, bajo la influencia del cloroformo, pronuncia palabras insensatas, a veces sin sentido y siempre dolorosas. El repugnante aunque bienhechor trabajo de la amputación ocupa a los doctores. El cortante y afilado acero penetra en la carne blanda y sana.

Allí veréis cómo, con un grito terrible, desgarrador, lanzando grandes maldiciones, el herido vuelve en sí repentinamente. En la misma sala, veis más allá a otro herido que, sentado en la camilla se retuerce y gime, tanto por el dolor físico como por los sufrimientos morales de la espera. Es este un espectáculo que hace temblar al más valiente. Allí veréis la guerra, no bajo su aspecto hermoso, con la música, el redoble de los tambores, las banderas desplegadas y los generales que pasan al galope; la guerra que allí veréis es la guerra en toda su verdad, con todos sus horrores, sus sufrimientos y su espectáculo de la muerte horrible.

III

Al dejar esta casa de dolor, respiraréis más fuertemente el aire fresco, respiraréis con más libertad y estaréis más contentos de veros en plena salud; pero también en medio de estos sufrimientos comprenderéis toda vuestra nulidad y tranquilamente, resignadamente, como si os fuerais de paseo, os dirigiréis a los bastiones. «¡Qué son la muerte y los males de un gusano como yo, en comparación de tantas muertes y tantos dolores!» Pero, a la vista del brillante sol, de la hermosa ciudad, de la iglesia abierta y de algunos militares que andan en todas direcciones, volveréis pronto a vuestro estado normal de indiferencia y de mezquinos cuidados, preocupándoos tan solo de lo presente.

Quizás encontréis, al salir de la iglesia, el cortejo funerario de algún oficial, con su féretro color de rosa, la música que le acompaña y las flotantes banderas. Quizás oigáis el crepitar de las descargas que por pelotones se hacen incesantemente en las murallas; pero no os volverán ya vuestras antiguas ideas. Todo os parecerá bello y alegre; los funerales os parecerán un hermoso espectáculo, la música fúnebre os parecerá un magnífico toque de guerra; pero nada de esto despertará en vosotros la idea clara y sugestiva de sufrimientos y de muerte, como lo habéis experimentado en la ambulancia.

Después de pasada la iglesia y la barricada, llegaréis a la parte más animada de la ciudad. A los dos lados de la calle veréis letreros de tiendas de todas clases y de tabernas. En todas partes y en todas las personas veréis firmeza de espíritu, lo mismo en los comerciantes que en las mujeres con sombrero o con pañoleta y hasta en la elegancia y finas maneras de que hacen gala los oficiales; todo os dirá bien claro la firmeza de los habitantes.

Si queréis oír lo que cuentan algunos marinos y oficiales, entrad en una taberna; allí seguramente hablan de las últimas acciones de guerra, de lo caras y malas que son las chuletas y del modo cómo murieron tales o cuales camaradas.

Un joven teniente, rubio, imberbe, con el cuello rodeado por un tapabocas, se queja de lo mal que se está en su puesto.

—Pues, ¿dónde estáis?—le pregunta otro.

—En el cuarto bastión,—le responde el primero. Al oír estas palabras miráis con más atención y aun con cierto respeto al rubio oficial. Su desembarazo al moverse, la agitación excesiva de sus brazos, su modo de hablar que llega hasta el descaro, os sugiere la idea de que tenéis delante a uno de esos matones y perdonavidas en que suelen acabar muchos jóvenes de poca edad acostumbrados al peligro. Al ir a hablar creeréis que va a quejarse de que no se puede estar en su bastión a causa de las balas y las bombas que caen sobre él: pues no hay nada de eso. Se está mal a causa de la suciedad que reina allí, lo cual demuestra enseñando sus botas llenas de lodo hasta cerca de las rodillas y diciendo: «Casi no se puede estar en la batería». Otro dirá: «Hoy han metido una bala entre las cejas a mi mejor artillero.—¿Quién? ¿Mitukhine?… —No; pero, por vida de… ¿cuándo me servirán mi ternera? ¡Jamás he visto gente más canalla!—añade el tal dirigiéndose al mozo.—No, no era Mitukhine, sino Abramov. Este sí que era un gran valiente, había tomado parte en seis asaltos».

Mientras estas conversaciones tienen lugar en un extremo de la mesa, en el otro se ven sentados delante de sendos platos de chuletas con guisantes y algunas botellas de vino agrio de Crimea y que hacen pasar por Burdeos, dos oficiales de infantería; uno es joven, con el cuello de la casaca rojo y dos estrellas en el capote, y cuenta al otro, con cuello negro y sin estrellas, lo sucedido en su puesto. El primero, que ya ha bebido bastante, manifiesta en las pausas que hace y en su mirada indecisa, que tiene miedo de que no

le crea todo lo que cuenta y especialmente la parte que él se atribuye en el hecho, por lo horroroso de su narración, pues es evidente que en su reseña se aparta mucho de la verdad. Pero dejemos estas habladurías que por mucho tiempo se oirán en todas las poblaciones rusas, por demasiado pequeñas. Vamos a ir lo más pronto posible a los bastiones, precisamente al cuarto, del cual tanto se habla y de tan diferentes modos, pues cuando alguno dice que él ha estado en el cuarto bastión, lo dice con una especie de placer y un orgullo particulares. Cuando otro dice: «Voy al cuarto bastión», se puede notar en su voz una pequeña emoción o una indiferencia que es excesiva para ser verdadera. Cuando uno quiere burlarse de alguien basta decirle: «Será necesario enviarte al cuarto bastión». Cuando se encuentran camilleros y se les pregunta de dónde vienen, responden la mayor parte de las veces: «Del cuarto bastión». Pero en general hay dos opiniones, la una bien diferente de la otra, acerca de este terrible lugar; la de los que no han estado nunca en él y creen que es la tumba de todos los que van allí, y la de los que están siempre en él, como ese rubio alférez de navío, los cuales hablando del bastión, dicen simplemente que está limpio o sucio, o que la barraca es fría o caliente.

IV

El tiempo ha cambiado completamente durante la media hora que acabamos de pasar en la taberna, una lluvia triste y fina cae mojando los techos, las calles y los capotes de los soldados, y la niebla que se extendía sobre el mar al levantarse el día se ha unido a las nubes contribuyendo a ocultar el sol.

Atravesáis aún otra barricada, abandonáis el centro de la ciudad y subís por la calle grande. Todas las casas de la calle que hay detrás de la barricada, están deshabitadas. No hay ningún letrero, las puertas están cerradas, las ventanas rotas, aquí un pedazo de pared derruido, allá un techo medio hundido. Los edificios parecen viejos veteranos probados por la desgracia y la miseria y que os miran con su poco de orgullo y aun con menosprecio. Por el camino tenéis que apartar a un lado algunas balas de cañón que han caído

allí y vadear no pocos baches, llenos ahora de agua, causados por bombas que han explotado en el suelo. Encontraréis también muchas compañías de soldados y marinos con sus oficiales; apenas encontraréis una sola mujer ni un niño, y si una encontráis es la esposa de algún marino malamente vestida y calzada con zapatos de soldado. Avanzando más y dando una pequeña vuelta, advertiréis que en torno vuestro no hay ya casas, y que montones de ruinas, restos de vigas, de cristales, puertas enteras o hechas trizas os rodean por todas partes. Enfrente, sobre una colina muy empinada, veis un espacio negro, sucio, cruzado por multitud de fosos… pues, eso es el cuarto bastión… Aquí, ya apenas hallaréis a nadie, exceptuando algunos soldados que van con paso precipitado o varios camilleros que conducen algún herido, ni veis ya una sola mujer, y dentro de las camillas se percibe alguna cara pálida, más bien dicho amarillenta, o solamente un capote ensangrentado; si preguntáis a los camilleros, dónde tiene la herida el que llevan, estos—sin volverse siquiera—os responderán de mala gana: «En la pierna, o en el brazo», si el herido lo está levemente, pero callarán si en la camilla no se ve la cabeza, o si el soldado está muerto o herido gravemente.

Apenas empezáis a subir la colina ya oís el desagradable silbido de la bomba o la bala, que no puede menos de molestaros. Y entonces empezáis a dar un valor muy diferente al ruido de los disparos que oíais desde la ciudad.

Algún recuerdo dulce o agradable pasará por vuestra imaginación y os cuidaréis menos de observar a vuestro alrededor que de preservaros de las bombas y balas que caen en torno vuestro, y la indecisión empezará a ganaros.

Pronto, sin embargo, arrojáis de vuestro espíritu los síntomas de cobardía que empezabais a sentir; la vista del soldado que corriendo y riendo va delante os anima a ello, e involuntariamente levantáis la cabeza, enderezáis vuestro encorvado cuerpo y empezáis a subir aquella cuesta, por la cual resbaláis a cada momento.

Al poco rato os preguntáis si no sería mejor que siguierais la trinchera paralela a la carretera, pues desde que empezasteis a subir las balas por todos lados os caen encima. Pero apenas habéis examinado la trinchera, que ya desecháis esa idea, pues toda ella está llena de un fango líquido y amarillo, de modo que para andar por allí os tendríais que hundir en él hasta las rodi-

llas, decidiéndoos a pasar por la carretera, y más aún porque os parece que todos siguen ese mismo camino. Después de haber andado unos doscientos pasos os encontráis en un recinto algo elevado, muy sucio y rodeado por todas partes de torres, montículos, trincheras, plataformas, barracas en las cuales se encuentran gruesos cañones de bronce y en donde ordenadamente amontonadas se pueden ver las balas y las bombas.

Todo parece haber sido reunido allí sin ningún objeto. Aquí, sentados sobre la misma batería, se ve un grupo de marinos; un cañón roto, y hundido hasta la mitad en el lodo, se halla en medio de la plazoleta; un soldado de infantería, armado de un fusil, saca sus pies del fango que parece que ha querido lavarlos. Y por todas partes, medio hundido en el lodo, veréis cascos, granadas que no han estallado, balas de cañón, restos y desperdicios de todas clases. Tan pronto os parece oír no muy lejos la explosión de una granada, como los diversos silbidos de las balas, murmurantes unos como la abeja y otros agudos y vibrantes.

Al oír el terrible rumor de los tiros que matan, os parece algo muy terrible, horripilante y sin embargo vuestro cuerpo no se estremece.

V

«¡Por fin estoy en el cuarto bastión, en este tan terrible y espantoso lugar!» pensáis, sintiendo germinar en vuestro interior un débil sentimiento de orgullo acompañado de otro muy grande de miedo comprimido. Pero os equivocáis. Esto no es el cuarto bastión, esto es el reducto de Jasón, paraje relativamente seguro y nada terrible. Para ir al cuarto bastión, tomad esa pequeña trinchera de la derecha, por donde se ha ido metiendo aquel soldado de infantería. Quizás hasta dentro de la misma trinchera encontraréis algunos camilleros, soldados o marinos con azadas. Allí veréis los cavadores de pozos y de abrigos de tierra cubiertos de barro, en los cuales aun agachados solamente pueden meterse dos hombres; allá veréis algunos batallones de tiradores del Mar Negro que se ríen, comen y fuman despreocupados. Los

restos de toda clase, los pedazos de hierro de todas formas y la misma hedionda suciedad os aparecerán otra vez de igual modo que en el reducto. Si andáis trescientos pasos más os encontraréis sobre la misma batería, veréis una explanada cubierta de agujeros, rodeada de gaviones cubiertos de barro, de cañones sobre sus plataformas y de murallas de tierra. Aquí veréis cinco marinos jugando a cartas bajo el parapeto, más allá un oficial de marina que, viendo que sois un curioso, os mostrará con sumo gusto su instalación y todo lo que os pueda interesar. Este oficial hace tan tranquilamente sus cigarrillos de papel sentado sobre una de las piezas, se pasea tan tranquilamente de una cañonera a la otra, os habla con tanta calma, sin la más mínima afectación, que a pesar de que las balas silban a vuestro alrededor cada vez más seguidas, vos mismo os vais calmando e interrogáis y escucháis con atención los relatos del oficial. Este os explicará, sin que tengáis necesidad de pedírselo, el bombardeo del día 5. Él os dirá que en su batería solo un cañón funcionaba y que solo le quedaban ocho hombres, pero que, a pesar de todas esas dificultades, a la mañana siguiente todos los cañones dispararon. También os explicará que el día 5 una bomba cayó sobre uno de los abrigos, debajo del cual había marineros y mató de un solo golpe a once de ellos. Desde la cañonera os enseñará las baterías y trincheras del enemigo que se hallan a una distancia de trescientas o cuatrocientas *sagenas*[1]. Solamente sentís algún miedo cuando sacáis el cuerpo fuera de la cañonera para mirar al campo enemigo, en el cual, sin embargo, nada distinguís con claridad…

Quizás el oficial de marina quiera, por vanidad o por divertiros, tirar algunos cañonazos. «¡Artilleros, al cañón!» Enseguida catorce marinos, alegres y rápidos, quien metiendo la pipa en su bolsillo, quien comiendo un pedazo de pan, se acercan a los cañones y los cargan. Fijaos bien en los semblantes, expresión y movimientos de esos hombres. En cada arruga de su rostro moreno y musculoso, en sus anchas espaldas, en sus gruesas piernas cubiertas de enormes botas, en cada uno de sus movimientos tranquilos y firmes, se ven resaltar, por encima de todo, la sencillez y la obstinación, que hacen la fuerza del carácter ruso. Pero hoy os parece que a más de estos indicios fundamentales, el peligro, la cólera contenida y los sufrimientos ocasionados por la guerra, han puesto sobre sus caras la conciencia de su propio mérito, la noble idea de la patria y el sentimiento del honor.

De repente, un estallido horrísono que hace temblar no solamente el oído, sino todo vuestro ser, os impresiona de tal modo que todo vuestro cuerpo se estremece. Seguidamente oís el silbido de la granada que se aleja y la espesa humareda de la pólvora os cubre así como la plataforma y las negras figuras de los marinos que se mueven en ella. Pronto oiréis expresar a los marinos sus diversos sentimientos y veréis en sus rostros la expresión de un sentimiento que quizás no esperabais hallar en ellos; un sentimiento de concentrada cólera, de venganza hacia el enemigo, que hasta entonces había permanecido oculto en el alma de cada uno, aparece entonces con toda su fuerza. Esas exclamaciones de gozo hieren de pronto vuestros oídos: «¡Ha caído justamente en la cañonera! ¡Creo que hemos muerto a dos! ¡Sí, ahora se los llevan! ¡Cómo se van a enfadar! ¡Pronto tirarán hacia aquí!» añade alguien. Y en efecto, al poco rato veréis ante vuestros ojos una gran llama y una gran humareda. El centinela que está sobre el parapeto gritará: «¡Ca… ñón!» Y después oiréis el silbido de la bala que pasará por encima de vuestra cabeza y caerá en tierra proyectando a su alrededor una nube de piedras. El comandante de la batería, irritado, dará orden de cargar la segunda y tercera piezas. El enemigo contesta ya y todo vuestro ser experimenta curiosas sensaciones, es que vais a ver y oír cosas interesantes. El centinela gritará de nuevo: «¡Ca… ñón!» y oiréis el mismo ruido, el mismo golpe y la misma lluvia de piedras caerá sobre vosotros, o bien gritará: «¡Mortero!» y oiréis entonces un silbido regular, bastante agradable, al cual es difícil asociar un pensamiento de horror. Este silbido se os acercará acelerando su rapidez, y enseguida veréis una esfera negra, un hoyo en el suelo y oiréis el terrible estampido de la bomba, los pedazos se dispersarán por el espacio, las piedras volarán por el aire y os quedaréis cubierto de lodo. Todo esto os hará experimentar un extraño sentimiento de placer, al mismo tiempo que de miedo. Cuando la bala se va acercando seguramente pensaréis que os va a matar, pero el amor propio os sostendrá y nadie se fijará en la angustia que oprime vuestro corazón. Pero, una vez ha pasado la bala sin tocaros, volvéis a la vida, y un sentimiento inexplicable, pero muy agradable y hondo, se apodera de vuestro espíritu, de modo que encontráis un encanto singular en el peligro, en este juego de la vida y de la muerte. Llegáis a desear que la bomba o la bala caiga cada vez más cerca. Pero el centinela vuelve a gritar con su voz gutural y fuerte: «¡Mortero!» Otro silbido, otro golpe seco y otra explosión de la bomba. Mas, al mismo tiempo que este sonido, percibís esta vez un gemido humano. Al mismo tiempo que la camilla os acercáis al herido,

quien, lleno de sangre y de lodo, presenta un aspecto nada humano… el pobre tiene una parte del pecho horrorosamente destrozada.

Durante los primeros instantes, en su cara cubierta de lodo, solo se pinta el horror y la expresión fingida y prematura de sufrimiento de un hombre que se halla en tal estado. Cuando le acercan la camilla y él se tiende del lado no herido, veis que esa expresión ha hecho lugar a un sentimiento noble, inexpresable; sus ojos brillan de un modo extraordinario, sus dientes se aprietan unos con otros, levanta la cabeza un poco más, y mientras la endereza, se detiene la camilla y pausadamente dice a sus camaradas con voz temblorosa: «¡Hermanos, perdonad!» Quiere decir aún algo más y evidentemente algo muy emocionante, pero repite de nuevo: «¡Hermanos, perdonad!» En este momento un camarada le pone sobre la cabeza, que él tiende, la propia gorra, y con calma e indiferencia, agitando un poco las manos, vuelve a su cañón. Respondiendo a la expresión de horror que aparece en vuestro semblante, os dice el oficial de marina, haciendo tranquilamente un cigarrillo de papel amarillento: «Es así, cada día siete u ocho hombres».

VI

Ya habéis visto a los defensores de Sebastopol en el lugar mismo de la defensa y volvéis a la ciudad sin hacer caso de las granadas y de las balas que continúan silbando por toda la carretera. Marcháis con el espíritu tranquilo y el alma elevada. La idea de que es imposible quebrantar, poco ni mucho, la fuerza del pueblo ruso, es la principal convicción consoladora que habéis adquirido, y lo veis no en este conjunto de parapetos, de trincheras y de ruinas, de cañones amontonados unos encima de otros y de lo cual apenas comprendéis nada, sino que lo habéis visto en los ojos, en las palabras, en las actitudes, en eso que se llama «el alma» de los defensores de Sebastopol. Lo que ellos hacen lo hacen tan simple y naturalmente, sin ninguna clase de esfuerzo, que os quedáis convencidos de que ellos pueden alcanzar a todo. Allí comprendéis que no es el mezquino sentimiento de ambición y de olvido que vosotros habéis sentido, el que hace mover estos hombres, sino

otro más poderoso, que les hace vivir tranquilamente bajo las balas y con cien probabilidades de muerte en vez de una, como tienen los demás mortales, sufriendo ayunos y privaciones, o grandes peligros de morir; no hay amenazas que puedan hacer aceptar esas condiciones, debe haber otra causa noble y poderosa, y esta causa es un sentimiento raramente manifestado y escondido en el fondo del alma de cada ruso, es el amor a la patria. Solamente así los relatos sobre los primeros días del sitio de Sebastopol, cuando no había ni fortificaciones, ni cañones, ni ejército, ni ninguna probabilidad de poder guardar la ciudad, sin que hubiese, empero, ningún ruso que creyese que se rendiría al enemigo; cuando ese héroe digno de la Grecia antigua, el inmortal Kornilov, decía a los soldados: «Muramos, hijos míos, pero no rindamos Sebastopol» y que nuestros rusos, incapaces de ninguna clase de afectación, respondían: «¡Muramos, hurra!» solamente así, digo, estos relatos dejarán de ser para vosotros una bella tradición histórica y pasarán a ser una realidad de hecho. Así comprenderéis enteramente a estos hombres, a estos héroes que, durante aquellos penosos tiempos no desmayaron, al contrario, elevaban su alma y con júbilo se preparaban a morir, no por la ciudad, mas sí por la patria. Esta epopeya de Sebastopol, esta epopeya en la que el héroe fue el pueblo ruso, dejará en toda Rusia grandes y duraderos recuerdos.

El día desciende ya; el sol, antes de ocultarse, muéstrase un punto detrás de las nubes grises que cubren el cielo y, de un golpe, ilumínanse de un color rojo las blancas nubes, el azulado mar, cubierto de navíos y de botes balanceados por las olas, anchas y regulares, las blancas casas y la gente que circula por las calles. Sobre el agua se dispersan los sonidos de un viejo vals tocado por una música militar en el paseo y los cañonazos que, desde las trincheras, parecen contestar a la música con profunda extrañeza.

---

1. La *sagena* equivale a 2,134 m.

Sebastopol en mayo de 1855

I

Seis meses han transcurrido desde que la primera granada de los bastiones de Sebastopol silbó surcando la tierra donde construía sus trabajos de sitio el enemigo. Desde entonces, miles de granadas, de bombas y de balas volaron sin cesar de los bastiones a las trincheras y de las trincheras a los bastiones; mientras el ángel de la muerte se cernía incansable sobre ambos campos.

Millares de sentimientos humanos se vieron lastimados; millares de hombres se hallaron satisfechos, enorgullecidos, mientras otros tantos caían en brazos de la muerte. ¡Cuántos vendajes y cuántos ataúdes! Y todos los días los mismos estampidos en los bastiones. Siempre el mismo temor involuntario y el mismo miedo; los franceses miraban todos los días desde su campamento, en la claridad de las noches con luna, la tierra amarillenta de los bastiones de Sebastopol, las negras figuras de nuestros marineros moviéndose en la penumbra, mientras contaban sus almenas amenazándolas con sus cañones de bronce. Todos los días lo mismo; el sargento observando desde la luneta, o de lo alto del telégrafo, las figuras abigarradas de los franceses, sus baterías, sus atrincheramientos; las columnas moviéndose sobre la verde colina y las pequeñas humaredas brotando de detrás de las trincheras; y siempre con igual ardor, desde las diversas partes del mundo, las mu-

chedumbres de todos los pueblos tendiendo, con diversos deseos, sus pensamientos sobre ese punto fatal. Y la cuestión que los diplomáticos no han sabido resolver, no lo será tampoco ni con la pólvora ni con la sangre.

II

En un baluarte de la ciudad sitiada, la gran Sebastopol, detrás de su pabellón la música militar lanzaba a los aires sus acordes juguetones, mientras una muchedumbre endomingada de militares y mujeres iba y venía por las calles y plazas. El claro sol de la primavera, que por la mañana se mostró por el lado donde acampaban los ingleses, extendiose sobre los bastiones, luego sobre la ciudad, después sobre los cuarteles de Nicolás; brillante y gozoso para todos, descendió más tarde sobre el tranquilo y azulado mar, haciéndolo brillar con sus dorados rayos.

Un oficial de infantería, de elevada talla, pero algo encorvado, salió, poniéndose sus guantes, no muy blancos, pero limpios, de las pequeñas casas de los marineros, edificadas al lado izquierdo de la calle del Mar. Mirando pensativo sus pies subió hacia el paseo. El rostro del oficial no era bello, ni tenía expresión de muy inteligente, mas veíase en él la bondad, el buen sentido, la honradez y la elegancia. Falto de belleza y de soltura, sus movimientos eran un tanto embarazosos. Llevaba el gorro algo inclinado, un ligero capote de un extraño color de violeta y sobre el pecho lucía una cadena de reloj de oro, los pantalones con trabilla y los zapatos limpios y brillantes. Podía tomársele por un alemán si los trazos de su rostro no hubiesen denunciado su origen verdaderamente ruso, o por un ayudante de campo o un furriel, mas en este caso hubiera llevado espuelas; también parecía un oficial que, durante la campaña, hubiese permutado de la caballería o quizás de la misma guardia. En efecto, había pasado de la caballería a la infantería nuestro oficial, que en estos momentos iba por el paseo pensando en la carta que acababa de recibir de su antiguo camarada, al presente retirado y propietario en el gobierno de T… y de su esposa, su gran amiga Natalia. Volvió a leer uno de los párrafos de la carta de su amigo, que decía:

«Cuando nos traen *El Inválido*, Pupka,—el oficial retirado llamaba así a su mujer,—sale deprisa a la antecámara, atrapa el diario y corre al fondo de nuestro salón, donde te acordarás habíamos pasado contigo tan buenas veladas de invierno cuando tu regimiento estaba en nuestra ciudad, y allí lee y se entera de vuestros actos heroicos con un calor que tú no puedes imaginarte. Mi esposa habla a cada momento de ti: "Mikhailov, dice, he aquí *un corazón de hombre*; estoy pronta a abrazarle así que le vea. *Se bate en los bastiones*; alcanzará, ciertamente, la cruz de San Jorge y se hablará mucho de él en los periódicos… etc., etc." Creo que empiezo a estar celoso de ti».

Luego añadía: «Los periódicos nos llegan con desesperante retraso; encuéntranse en ellos, sin duda, relatos muy extensos, mas no puede prestarse fe a todos ellos. Por ejemplo, las *señoritas músicas* que tú ya conoces, me contaron ayer que Napoleón se dejó coger por unos cosacos y que ha sido enviado a Petersburgo. ¡Mas no pienses que yo lo crea! Un amigo mío llegó ayer de Petersburgo; es muy afecto al ministro y es un hombre encantador, de modo que mientras ha estado en la ciudad ha sido para todos nosotros un excelente recurso, como tú no puedes imaginarte, este nos contó como cosa cierta que los nuestros han ocupado Eupatoria, *de suerte que los franceses han quedado sin comunicación con Balaclava*, y que durante este hecho quince mil franceses y doscientos de los nuestros fueron muertos. Mi mujer ha estado muy entusiasmada con esta nueva, que ella ha *bombeado* toda la noche; dice que tiene el presentimiento de que tú te hallabas en este hecho y que en él te has distinguido mucho».

A pesar de las palabras y expresiones que he subrayado expresamente, y todo el tono de la carta, el capitán ayudante Mikhailov, recordaba con placer, impregnado de honda tristeza, a su querido amigo de provincias y las veladas pasadas con él en el comedor de su casa hablando íntimamente. Recordaba a su buen amigo el hulano, su descontento siempre que perdía jugando a la baraja, aunque se jugaban solo un kopek, y el modo cómo se burlaba de él su esposa. Recordaba la amistad que ciertas personas le profesaban, y le parecía haberla apreciado más en la esposa de su querido amigo… todos estos recuerdos surgían en su imaginación iluminados de una luz dulce, agradable, rosácea.

Sonriendo ante ese pasado, apretó con la mano el bolsillo en donde guardaba esta carta para él tan deliciosa.

De estos recuerdos, involuntariamente, nuestro capitán Mikhailov pasó a los ensueños y esperanzas. ¿Cuánta será la alegría y el júbilo de Natalia, pensaba él, siguiendo una angosta calle, cuando, el mejor día lea en *El Inválido* que yo he sido el primero en recibir la cruz de San Jorge? Creo que recibiré el título de comandante por este acto. Enseguida, es muy posible que sea el mismo año, ascenderé a teniente coronel, pues muchos de ellos han muerto, y probablemente morirán muchos más aun durante esta campaña. Después vendrán otros combates y como ya seré conocido se me confiará el mando de un regimiento… Coronel, condecoración de Santa Ana… Cuando sea general haré una visita a Natalia, viuda ya de mi camarada…—en sus ensueños este había de morir durante ese tiempo;—cuando los sonidos de la música del paseo llegaron distintamente a sus oídos, la muchedumbre apareció ante sus ojos y él se encontró en el paseo siendo un simple capitán de infantería.

III

Entonces se acercó al pabellón donde tocaban los músicos, a los cuales los soldados de su mismo regimiento sostenían los papeles en vez de servirse de los atriles; alrededor de ellos, mirando más que escuchando, los soldados de administración, los sargentos y las niñeras con los chiquillos formaban círculo. Alrededor del kiosco, unos paseando, otros formando corrillos, hallábanse la mayoría de los marinos, ayudantes de campo y oficiales con sus blancos guantes. En la grande Alameda del centro paseaban oficiales de todos grados, mujeres de toda clase, pocas con sombrero, la mayoría con pañoleta y algunas sin una cosa ni otra, pero no había ninguna vieja, todas eran jóvenes. Más abajo, en los paseos umbrosos y perfumados por las acacias blancas, grupos solitarios se paseaban o se detenían en animadas conversaciones.

Nadie en particular demostró satisfacción al ver en el paseo al capitán ayudante Mikhailov, exceptuando quizás los capitanes de su regimiento Objogov y Sauslikov, que le estrecharon la mano; el primero llevaba pantalo-

nes de pelo de camello, capote usado y sin guantes, su encendido rostro estaba sudoroso; y al otro, de ademanes desenvueltos, demostraba importársele un ardite lo que dijeran los oficiales enguantados que por allí paseaban; pero seguramente no era por ellos que el capitán ayudante Mikhailov había subido al paseo, ni tampoco por la música, lo cual bien pudo comprenderse al ver el tacto que puso en saludar a un ayudante de campo y a otro oficial de Estado Mayor que por dos veces había encontrado en casa de un amigo y a quienes procuraba acercarse, para tener ocasión de estrecharles la mano y en amigable conversación con ellos, que por su grado podían saber todas las novedades que ocurrían, llegar a saberlas él también.

¿Mas por qué, pues, el capitán ayudante Mikhailov sentía tanto temor y no se decidía a acercarse del todo a ellos? ¿Por qué se hacía la reflexión de que quizás no le devolverían el saludo, o si acaso le saludarían fríamente, o bien continuarían hablando entre sí como si él no existiera, o simplemente se alejarían de él, dejándole solo los soberbios *aristócratas*? El mote «aristócrata», aplicado a una índole superior, a lo escogido no importa en qué clase, desde algún tiempo había penetrado en nuestra patria, en Rusia, donde parecía no deber siquiera existir, y, sin embargo, alcanzó gran popularidad, penetrando en todas las provincias y en todas las clases de la sociedad… ¿Dónde se desarrolla la vanidad y dónde no forma su nido este miserable sentimiento? ¡Ah! lo mismo se anida en los comerciantes que en los furrieles y oficiales, lo mismo en Saratov que en Mamadikhi o Viniritza, en todas partes donde los hombres se juntan y reúnen. Y como en la sitiada ciudad de Sebastopol había muchos hombres, no era extraño que hubiese, por lo tanto, gran cantidad de vanidad, es decir, de *aristocracias*; pero, a pesar de ello, la muerte lo mismo se cebaba en los unos que en los otros.

Para el capitán Objogov, el capitán ayudante Mikhailov es un *aristócrata*; para el capitán ayudante Mikhailov, el ayudante de campo Khaluguin es un *aristócrata*, así como todos los ayudantes de campo. Para el ayudante de campo Khaluguin, el conde Nordov es un *aristócrata*, porque es ayudante de campo del emperador.

Vanidad, vanidad, en todas partes vanidad; hasta los hombres que se aprestan a morir por una idea elevada llegan al pie de la tumba llenos de vanidad. Vanidad, este es el rasgo característico y la enfermedad particular de nuestro siglo. ¿Por qué entre los hombres de otros tiempos no se hablaba tanto de esta pasión como de la viruela o el cólera? ¿Por qué en nuestro si-

glo solo existen tres clases de hombres: unos, que aceptan la vanidad como una cosa necesaria, natural y por consiguiente justa y a ella se someten libremente; otros, que la aceptan como una condición desgraciada, pero indestructible, y los terceros, que inconscientemente y de un modo servil y pasivo se someten a su influencia?

¿Por qué los Homeros y los Shakespeares solo hablaban del amor, de la gloria y de los sufrimientos, y en cambio la literatura de nuestro siglo no es más que la historia sin fin de los *snobs* y los vanidosos?

El capitán ayudante pasó dos veces indeciso por delante del grupo de *aristócratas* compuesto por cuatro oficiales: el ayudante de campo Khaluguin, conocido de Mikhailov; el ayudante de campo príncipe Galtzine, un poco más *aristócrata* que Khaluguin mismo; el coronel Neferdov, uno de los denominados *ciento veintidós*, hombres de mundo vueltos al servicio en esta campaña después de haber tomado el retiro, y el capitán Praskukhin, otro de los *ciento veintidós*, y solo a la tercera vez y haciendo un gran esfuerzo sobre sí mismo se decidió a acercarse a ellos.

Por bondad hacia Mikhailov, Khaluguin lo recibió bastante bien, y a pesar de que el general acababa de hablarle confidencialmente y de que el príncipe Galtzine, que acababa de llegar de San Petersburgo, era su huésped, no encontró humillante el tender la mano al capitán ayudante Mikhailov, lo que no se decidió a hacer Praskukhin, a pesar de haberse encontrado varias veces con Mikhailov en el bastión y haber bebido varias veces de su vino y de su aguardiente y de que además le debía doce rublos y medio que perdió en una partida de preferencia. Como no conocía aún muy a fondo al príncipe Galtzine, no quiso demostrar ante él sus relaciones con un simple capitán ayudante, así es que apenas le devolvió el saludo.

—¿Qué tal, capitán? ¿Cuándo nos hallaremos de nuevo en el bastión?—le preguntó Khaluguin.—¿Recordáis cuando nos hallamos en el reducto de Schwartz?… fue un combate rudo, ¿verdad?

—Sí, anduvo aquello algo fuerte,—dijo Mikhailov, recordando que aquella noche, pasando por la trinchera para ir al bastión, había encontrado a Khaluguin que marchaba bravamente haciendo sonar el sable;—yo tenía que volver mañana, mas como tenemos un oficial enfermo,—continuó Mikhailov—en ese caso…

Quería contarles que aquel no era su turno, que el comandante de la octava compañía estaba indispuesto, y no quedando en ella más que un subteniente, había creído de su deber ofrecerse para ocupar la plaza del teniente Nepchissetzki, siendo esto causa de haber ido aquel día al bastión; pero Khaluguin le interrumpió, dirigiéndose a Galtzine.

—Me parece que uno de estos días pasará algo gordo,—dijo.

—¿Por ventura sucederá hoy mismo ese *algo*?—preguntó tímidamente Mikhailov, dirigiendo sus miradas tan pronto a Khaluguin como a Galtzine.

Nadie respondió a esta pregunta. El príncipe Galtzine se contentó con fruncir las cejas y lanzarle una mirada por encima del gorro, y después de un corto silencio, dijo:

—¡Qué bonita niña aquella del pañuelo rojo!… ¿La conocéis vos, capitán?

—Habita cerca de mi casa; es la hija de un marinero,—respondió el capitán ayudante.

—Entonces… Examinémosla un poco.

Y el príncipe Galtzine cogió del brazo a Khaluguin y al capitán ayudante, pero de modo que este último quedase bastante rezagado, para que no pudiese sentir gran placer con semejante distinción.

El capitán ayudante era algo supersticioso y le pareció que era cometer un gran pecado el ocuparse de mujeres teniendo que ir al combate, mas en aquel caso se hizo el despreocupado, nada de lo cual creían ni el príncipe Galtzine ni Khaluguin, quienes dirigieron alegres sus pasos hacia la niña del pañuelo rojo, quien había visto más de una vez sonrojarse al capitán cuando pasaba por debajo de su ventana. Praskukhin marchaba detrás, y a cada punto cogía la mano del príncipe Galtzine, y le hacía en francés diversas observaciones. Como no podían marchar los cuatro de frente por la estrechura de la arboleda, se había visto precisado a marchar solo; pero a la segunda vuelta cogió del brazo a un oficial de marina muy conocido, llamado Serviahgin, quien se le había acercado y dirigido la palabra, deseando visiblemente juntarse también con el grupo de los *aristócratas*.

El bravo oficial alargó con júbilo su mano musculosa y leal a la de Praskukhin, bien conocido de todos, hasta de Serviahgin, como hombre *poco es-*

timable. Cuando Praskukhin explicó su conocimiento con este bravo marino, dijo que era un militar muy valiente; el príncipe Galtzine, que había estado el día anterior en el cuarto bastión y había visto estallar una bomba a veinte pasos de distancia, se consideró tan bravo como aquel caballero; y convencido de que muchas de las reputaciones se adquieren sin otros méritos, no hizo ningún caso de Serviahgin.

Le era tan agradable al capitán ayudante Mikhailov el poder pasear con aquella compañía, que olvidó por completo la *embelesadora* carta de T… y los sombríos pensamientos que le obsesionaban a causa de su próxima marcha al bastión. Estuvo con ellos hasta el momento que empezaron a hablar exclusivamente de cosas íntimas, evitando el mirarle y dándole a entender que ya podía o debía marcharse, hasta que al fin se alejaron sin decirle una palabra. A pesar de esto, el capitán ayudante estaba contento, de modo que al pasar frente al *junker* barón de Pest, que estaba más altivo y orgulloso que nunca después de la noche anterior en que por primera vez había pasado al blindaje del quinto bastión, gracias a lo cual ya se creía un héroe, no le lastimó la expresión de rencor con que el *junker* se enderezó y se quitó el gorro al pasar por delante de él.

IV

Mas desde que el capitán hubo traspuesto el umbral de su alojamiento, otra clase de ideas invadieron su mente. Examinó su pequeña habitación con su suelo de tierra, húmedo, con sus ventanas medio caídas, con papeles en vez de vidrios; su vieja cama, un gran tapiz colgado en la pared representando una amazona, y encima de él dos pistolas de Tula; y a un lado el lecho, sucio, con un cubre camas de algodón, de un *junker* que vivía con él; luego se fijó en su ordenanza Nihila, que con sus cabellos desgreñados, pringosos, se levantaba del suelo procurando alisárselos; después se fijó en su viejo capote, en sus zapatos y el pequeño paquete en el que había un pedazo de queso y una botella de aguardiente, preparado ya para llevárselo al bastión, y en-

tonces recordó que tenía que ir a los alojamientos a pasar la noche con su compañía.

«Esta noche me matarán, seguramente, pensó el capitán ayudante, lo presiento, tanto más porque este no era mi turno y yo mismo me he brindado a ir; si esta noche es como las demás, morirán todos los que se han ofrecido a ir. ¿Y desde cuándo está enfermo este maldito Nepchissetzki? Es muy posible que él no esté del todo enfermo y que por su causa muera un hombre, y moriré, seguramente… Y si no muero, ¡oh! entonces seré propuesto para un ascenso. He conocido que quedaba satisfecho el coronel cuando yo he dicho:

"Si el teniente Nepchissetzki está enfermo, permitidme que yo ocupe su lugar".

»Si no soy promovido al grado de mayor, seguramente se me concederá la cruz de San Valdimiro; esta será, por lo demás, la décima tercera vez que iré al bastión; trece, este es mal número; moriré, seguramente; estoy seguro de que me matarán; era necesario que uno u otro fuera, pues no podía enviarse la compañía al mando de un solo teniente; ¿y si sucediera *algo*? No es el honor del regimiento, es el honor del ejército el que está en juego. *Mi deber era ir; este era mi sagrado deber;* en cuanto a mí… ¡tengo un fatal presentimiento!»

El capitán ayudante olvidaba que un presentimiento semejante, más o menos fuerte, no era la primera vez que lo sentía; él quizás no sabía que el que va a un trabajo expuesto, peligroso, en grado más o menos grande, siente igual presentimiento. Tranquilizado por la idea del deber, que en el capitán ayudante estaba muy desarrollada y fortalecida, se sentó delante de la mesa y se puso a escribir una carta de despedida a su padre. Diez minutos después, habiendo terminado la carta, se levantó de la mesa con los ojos humedecidos por las lágrimas, y repitiendo mentalmente todas las plegarias que sabía, empezó a vestirse. Cogió el cepillo, un poco usado ya, y lo pasó perezosamente por su vestido nuevo; el viejo que el capitán ayudante llevaba de ordinario para ir al bastión, no lo tenía aún reparado.

—¿Por qué mi traje viejo no está ya remendado? ¿Tú no sabes hacer otra cosa que dormir?—dijo malhumorado Mikhailov.

—¿Cómo dormir?—murmuró Nihila,—todo el día ando corriendo como un perro y ni aun aquí puede uno dormir.

—Ya veo que aún estás borracho.

—¿Por qué me hacéis esos reproches?… No es seguramente con vuestro dinero que me emborracho.

—Calla, imbécil,—gritó irritado ya y presto a pegarle el capitán ayudante, perdiendo del todo la paciencia y entristecido al mismo tiempo por la grosería de Nihila, a quien de todas maneras quería mucho, pues ya hacía doce años que lo tenía a su servicio.

—¿Imbécil? ¿Imbécil?—repitió el criado.—¿Por qué me llamáis imbécil? ¿Desde cuándo?… Además, es malo injuriar.

Mikhailov recordó dónde tenía que ir y se sintió avergonzado.

—Eres capaz de hacer perder la paciencia a un santo, Nihila,—dijo con voz dulce.—Esta carta es para mi padre, déjala tal como está, encima de la mesa, no la toques,—añadió ruborizándose.

—No temáis, no la tocaré,—dijo Nihila emocionado aún bajo la influencia del vino… o de *su dinero*, como él decía, y deseoso de demostrar ganas de llorar parpadeó de lo lindo.

Cuando ya en el dintel de la puerta, el capitán ayudante le dijo: «Adiós, Nihila»; este de golpe estalló en sollozos y se arrojó sobre la mano de su amo, besándosela. «Adiós, señor», le dijo con entrecortado llanto. La vieja mujer del marinero, que estaba en el dintel de la puerta, como mujer al fin, no pudo menos de tomar parte en esta escena sentimental, enjugándose los ojos con la sucia manga de su vestido y diciendo: «Uno ama a sus amos y he aquí que uno sufre por ellos», y empezó luego a contar por centésima vez a Nihila, borracho, cómo ella era una pobre mujer que había quedado viuda y cómo su marido había sido muerto durante el primer bombardeo, su casita destruida, pues la que habitaba entonces no era suya, etc. Así que hubo partido su amo, Nihila cesó de repente de llorar, encendió su pipa y pidió a la pequeña hija de la casera que fuese a buscar aguardiente y empezó a disputar con la vieja con motivo de un pequeño cubo que él afirmaba haberle roto.

«Puede ser que solo me hieran», pensaba el capitán ayudante acercándose con su compañía al bastión, en donde debía pasar la noche. «¿Mas en dónde lo seré y cómo? ¿Aquí o aquí?», se preguntaba señalando el vientre y el pecho; «si es aquí, se llevarán chasco, mas si es aquí… todo se acabó». Por las trincheras llegó alegre a los alojamientos y desde aquel momento y en la más completa oscuridad, ayudado de un oficial de zapadores, hizo poner a sus hombres al trabajo, sentándose él en un pequeño hueco debajo del parapeto. El bombardeamiento era flojo, la pólvora se inflamaba raramente lo mismo en un lado que en otro y las mechas encendidas de las bombas trazaban pocas veces su arco de fuego en el cielo negro y estrellado. Mas todas las bombas del enemigo caían detrás o a la derecha de los alojamientos o del pequeño hueco donde estaba sentado el capitán ayudante. Este comió un poco de queso, bebió un trago de aguardiente, encendió un cigarrillo y, rogando a Dios, probó de dormir un rato.

V

El príncipe Galtzine, el coronel Neferdov y Praskukhin a quien nadie había invitado y ni siquiera dirigido la palabra, y que a pesar de esto, se fue con ellos cuando dejaron el paseo, marcháronse a tomar el té en casa de Khaluguin.

—Y bien, no sé que hayas reñido con Vaska Mendel,—dijo Khaluguin quitándose la capa, sentándose en un muelle y confortable sillón, cerca de la ventana, y desabrochándose el cuello de su camisa blanca y almidonada, de fina tela de Holanda.—¿Cómo es, pues, que se ha casado?

—¡Oh, eso es toda una historia, querido! Ya te dije que hubo tiempo que no se habló de otra cosa en San Petersburgo,—dijo riendo el príncipe Galtzine, y apartándose del piano junto al cual estaba, fuese a sentar cabe la ventana, cerca de Khaluguin.—Es una graciosa historia. Conozco todos los detalles…

Y alegremente, con mucho ingenio, contó una historia amorosa que omitiremos, puesto que no tiene ningún interés para nosotros.

Era digno de notarse que no solo el príncipe Galtzine, sino que también los demás caballeros, el uno sentado cabe la ventana, el otro con las piernas cruzadas y el tercero junto el piano, parecían muy otros de cuando se paseaban por la alameda. No presentaban aquel ceño ridículo ni aquel orgullo que demostraban ante los oficiales de infantería. Aquí parecían, sobre todo Khaluguin y el príncipe Galtzine, jóvenes muy gentiles, y de lo más alegre y mejor que corría. La conversación fue rodando acerca de sus camaradas y conocidos de San Petersburgo.

—¿Y Maslovski, qué hace?

—¿Cuál? ¿El hulano o el de la guardia de caballo?

—A los dos conozco; al de la guardia lo recuerdo de cuando era todo un galopín, apenas salido de la escuela. Al primogénito, el capitán de caballería, es al que me refiero.

—¡Oh! desde hace tiempo…

—¿Qué? ¿Está aún con su gitana?

—No, la dejó…

Y la charla continuó por este mismo estilo.

Después el príncipe Galtzine se sentó al piano y cantó muy bien una canción gitana. Praskukhin, sin que nadie se lo pidiera, cantó también, si bien le propuso al príncipe que continuara, pues a él le gustaba mucho.

El criado trajo té, crema y pasteles en una fuente de plata.

—Dale al príncipe,—dijo Khaluguin.

—¿Quién pensaría,—añadió Galtzine tomando un vaso y apartándose hacia la ventana,—que estamos aquí en una ciudad sitiada: el piano, el té, la crema y un aposento tal, que verdaderamente ya quisiera ver otro parecido en San Petersburgo?

—Si no fuera por esto,—dijo el viejo teniente coronel, siempre descontento de todo—esta situación sería del todo insoportable, esta atención continuada sobre lo que puede acaecer, ver cómo cada día mueren hombres y

hombres, sin jamás prever el fin… Y con esto os hacen vivir en el mismo lodo, no hay comodidades…

—Pues, ¿cómo lo harán nuestros oficiales de infantería que viven en los bastiones, con sus soldados, dentro del blindaje y comen la sopa de los soldados? ¿Cómo lo harán ellos?—dijo Khaluguin.

—¿Que cómo lo harán ellos? Es verdad que durante diez días no se han mudado la ropa, mas ¡ellos son los héroes, los hombres admirables!…

En este momento un oficial de infantería entró en el aposento.

—Yo… he recibido orden… ¿Podría ver al general?… Vuestra Excelencia, ¿de parte del general N…?—dijo todo confundido.

Khaluguin se levantó; mas, sin responder al saludo del oficial, y con una cortesía ofensiva y una vaga sonrisa, muy tieso, dijo al oficial que esperara un poco, y sin invitarle a tomar asiento ni prestarle más atención, volviose hacia Galtzine, hablole a este en francés, mientras que el pobre oficial parado en medio de la estancia no sabía qué hacer de su persona.

—Es para un asunto muy urgente,—añadió por fin el oficial después de un corto silencio.

—¡Ah! entonces, vamos, si os place,—respondió Khaluguin, y tomando su capa salieron juntos hasta la puerta.

—Y bien; señores, creo que esta noche irá caliente la cosa,—dijo Khaluguin al volver de casa del general.

—¡Ah! ¿Qué hay? ¿Una salida?—preguntaron los otros a la vez.

—No lo sé. Ya lo veremos todos,—respondió Khaluguin con sonrisa misteriosa.

—Mi comandante está en el bastión, yo debo ir también,—dijo Praskukhin, cogiendo su sable.

Pero nadie le respondió. Él sabría si debía ir o no.

Praskukhin y Neferdov salieron para ir a su guardia.

—Adiós, señores; hasta la vista, señores. Aún volveremos a vernos esta noche,—gritó Khaluguin desde la ventana, mientras que Praskukhin y Neferdov, inclinados sobre sus sillas cosacas se alejaban al gran trote.

El galope de los caballos cosacos perdiose bien pronto en las calles sombrías.

—¿No me dijiste que habría algo de importancia esta noche?—preguntó Galtzine, acercándose a la ventana detrás de Khaluguin, y mirando las bombas que pasaban por encima de los bastiones.

—A ti ya te lo puedo contar. Ves tú… ¿Tú has estado en el bastión?—Galtzine hizo un signo afirmativo, aunque había ido una sola vez al cuarto bastión.—Pues bien, frente de nuestra luneta hay una trinchera…—y Khaluguin, que no era ningún estratega, aunque creía sus explicaciones sobradamente claras y precisas, empezó a embrollarse un poco, tergiversando los términos de fortificaciones y defensas, relatando el estado de los trabajos de los nuestros y el de los enemigos y el plan de batalla proyectado.

—Sin embargo, empiezan a tirar muy cerca de los alojamientos. ¡Oh! ¡oh! ¿Esta bomba va para nosotros o para ellos? ¡Ah! ¡ya ha estallado!…—exclamaron ambos, asomados a la ventana y mirando las líneas fulgurantes de las bombas que se cruzaban en el aire, la llamarada que despedían al estallar y que iluminaba por un momento el cielo azul oscuro, el humo blanquecino de la pólvora, escuchando atentamente el cañoneo que aumentaba cada vez más.

—¡Qué hermoso golpe de vista!—dijo Khaluguin llamando la atención de su huésped sobre aquel espectáculo verdaderamente bello.—¿Sabes tú que hay veces que no se distingue si es una bomba o una estrella?

—Es verdad, de momento creía ver una estrella, y, mira cómo baja… Hela allí a punto de estallar. ¿Y a esta grande estrella cómo la llamaremos?

—¿Sabes que nos iremos habituando a estas bombas y que estoy persuadido de que en Rusia, en alguna noche como esta estrellada, creeré que todo son bombas, tanto se acostumbra uno a ello?

—Sin embargo, no piensas hacerme ir a este asalto, ¿verdad?—exclamó Galtzine después de un momento de silencio.

—¡Qué idea, querido! Ni pienso en ello. Yo no te dejaré ni un momento, —respondió Khaluguin.—Todavía hay tiempo, amigo…

—¿Entonces, seriamente, crees que no me harán ir, eh?

En este momento, en la dirección hacia donde ellos miraban, por encima del rumor de la artillería se oyó otro horroroso de fusilería y millares de pequeños fuegos estallando sin cesar brillaron sobre toda la línea.

—Ahora empieza la verdadera lucha,—dijo Khaluguin.

—Yo no puedo oír con indiferencia los disparos de los fusiles. Se me llevan el alma. ¡Allá va! ¡Hurra!—gritó respondiendo a los gritos lejanos y prolongados de centenares de voces que desde el bastión llegaban hasta ellos.

—¿De quién son estos hurras, de los nuestros o de los *otros*?

—No lo sé… mas parece que la batalla es al arma blanca, pues la fusilería ha calmado.

En este momento, cerca del umbral, bajo la misma ventana, se paró un oficial seguido de un cosaco y se bajó del caballo.

—¿De dónde venís?

—Del bastión. Nos falta un jefe…

—Entonces… ¿Y bien, qué?

—Han atacado los alojamientos… Los han copado… Los franceses han enviado grandes reservas… Han atacado a los nuestros… No había más que dos batallones,—pronunció, sofocado, el oficial, que era el mismo que había ido anteriormente, y respirando con pena se dirigió rápidamente hacia la puerta.

—¿Y bien, hacia dónde se han retirado?—preguntó Galtzine.

—No,—respondió bruscamente el oficial.—Un batallón se ha prestado a venir en nuestra ayuda y los hemos podido repeler. Pero… el coronel ha muerto, lo mismo que un gran número de oficiales. Entonces me han dado la orden de venir a buscar refuerzos…

Y diciendo esto, pasó con Khaluguin a casa del general, en donde nosotros no les seguiremos.

Cinco minutos después, Khaluguin estaba montado sobre un caballo cosaco, con ese aspecto un si es elegante, con el cual, como ya lo he hecho notar, todos los ayudantes de campo aparecían con tipo atrayente, y al galope partió al bastión para transmitir algunas órdenes y esperar la noticia de los resultados de las mismas.

El príncipe Galtzine, bajo la influencia que producen siempre sobre el espectador que no toma en ella una parte directa, los indicios de una cercana lucha, salió a la calle y, sin objeto ninguno, empezó a pasearse de arriba a abajo.

VI

Algunos soldados trasladaban heridos en las camillas y sosteniendo a otros por el brazo. La calle estaba del todo oscura. Solamente algunas de las ventanas del hospital estaban entreabiertas, así como las celdas de los oficiales que estaban de guardia. En los bastiones seguía el mismo estallido de los cañones y fusiles, y numerosas bombas alumbraban el oscuro cielo. De cuando en cuando oíase el galope de un caballo, el gemido de un herido, el paso y las conversaciones de los camilleros, los lamentos de las mujeres enloquecidas de terror y de los habitantes que, en el dintel de sus puertas, miraban al cielo y escuchaban el bombardeo.

Entre estos últimos hallábanse nuestros conocidos Nihila y la vieja mujer del marinero, con la cual ya se había reconciliado, y su hija, niña de diez años.

—¡Oh, Señor! ¡Oh, Santa Virgen María!—murmuraba suspirando la vieja, mientras sus miradas seguían el curso de las bombas que, como bolas de fuego, saltaban seguidamente de un lado y de otro.

—¡Qué maldad! ¡Qué maldad! ¡Oh! ¡oh! ¡oh! ¡No puede siquiera compararse al primer bombardeo! ¡Ah! ¡la maldita, en dónde habrá estallado!… Justo, en los alrededores de nuestra casa, dentro de la población.

—No, un poco más lejos; en casa de la tía Arinka. Ya cayó días atrás una en su jardín,—dijo la niña.

—¿En dónde estará mientras tanto mi amo?—dijo Nihila con voz fuerte, cantante, todavía algo borracho.—¡Ah! ¡Cuánto quiero yo a mi amo! Ni yo mismo lo sé bien, mas le quiero tanto, que si él muere, Dios no lo quiera, creedme, *abuelita*, no sé lo que haré, ¡os lo juro! ¡Él sí que es un buen amo! ¡A él sí que no se le puede comparar con estos que por ahí juegan a cartas! ¡Esos, puf! helo aquí todo,—concluyó Nihila, mostrando la ventana alumbrada del aposento de su amo, en donde, en ausencia del capitán ayudante, el *junker* Joadtcheski, para festejar su condecoración, había invitado a los tenientes Ogrovitch y Nepchissetzki, que solo estaba enfermo de una simple fluxión.

—¡Oh! ¡las estrellitas! ¡las estrellitas! ¡Cómo ruedan!—dijo la niña, rompiendo el silencio que se había seguido a las palabras de Nihila, mientras miraba al cielo.—¡Miradla! ¡miradla! ¡otra que ha caído! ¿Por qué será esto? ¡Ah! ¡mamá!

—Serán capaces de destruir del todo nuestra pequeña casa,—exclamó la vieja suspirando y sin responder a la pregunta de la niña.

—Mamá, ¿cuándo iremos allá abajo con el tío?—continuó con voz melosa la niña;—allá vi un gran mortero en la sala, cerca del armario; seguramente lo tienen allí para meter miedo a los que quieran entrar en el aposento… Es tan grande que yo no pude levantarlo.

—Las que tienen marido o mucho dinero se han marchado,—dijo la vieja;—he aquí la última casita que nos aplastarán. ¡Mira! ¡mira! ¡cómo echa fuego el maldito! ¡Oh! ¡Señor! ¡Señor!

—Al poco rato de haber salido nosotras, señor Nihila, cayó una bomba, que al estallar levantó un gran trozo de tierra que poco le faltó para que nos matara a mí y al tío.

VII

Galtzine encontró cada vez mayor número de heridos; los unos en camillas, los otros a pie sostenidos por otros y todos hablando entre sí en voz alta.

—¡Cuántos han caído de los nuestros! ¡Hermanos míos!—dijo con voz de bajo un soldado de alta talla, que llevaba colgados dos fusiles a la espalda,—en el momento de caer sobre nosotros, ha gritado: «¡Allah! ¡Allah!»[1] Trepaban verdaderamente los unos por encima de los otros. Muertos unos, otros subían detrás. Nosotros no podíamos ya. Nadie podía prever el fin…

En este punto Galtzine le detuvo preguntándole:

—¿Vienes del bastión?

—Seguramente, Vuestra Señoría…

—¡Y bien! ¿Qué ha sucedido allá? Explícate.

—¿Qué ha sucedido? Grandes fuerzas, Vuestra Señoría, se han acercado, han trepado por las rampas… y se acabó… Todo lo han aplastado, Vuestra Señoría.

—¿Cómo, que lo han aplastado todo? Pero ¿vosotros los habréis rechazado?

—¡Quiá! ¿Cómo rechazarlos cuando toda su fuerza se nos ha echado encima? Han aplastado a los nuestros, que no recibieron socorro alguno.

El soldado se engañaba, puesto que nosotros ocupábamos la trinchera. Mas esto es una cosa que todo el mundo puede notar: el soldado herido considera siempre perdida la batalla y horriblemente sangrienta, sobrepujando siempre a lo real lo imaginado.

—Pues, ¿cómo a mí me han dicho que los habíais rechazado?—exclamó con despecho Galtzine.—Puede ser que los hayan rechazado después de tu partida. ¿Hace rato que estabas allá?

—Acabo de llegar, Vuestra Señoría,—respondió el soldado,—es poco probable lo que decís… La trinchera ha de caer hacia aquel lado… *Ellos* han de estar ya dentro…

—¡Eh! ¿Cómo no os avergonzáis de no haber visto cómo se recobraba la trinchera? ¡Esto es horrible!—exclamó Galtzine entristecido por tanta indiferencia.

—¿Qué hacer contra la *fuerza*?—murmuró el soldado.

—¡Eh! Vuestra Señoría,—exclamó otro soldado desde la camilla en donde yacía tendido.—¿Cómo no han de haberse rendido cuando lo han aplastado todo? Si hubiésemos recibido algunos refuerzos, jamás en la vida nos hubiéramos rendido. Mas, así, ¿qué hacer? Yo he muerto a uno, mas de golpe me han herido a mí… ¡Oh! ¡oh! ¡oh! Más dulcemente, hermano, más dulcemente. ¡Oh! ¡oh! ¡oh!—exclamó gimiendo el herido.

—En efecto, me parece que son muchos los soldados heridos,—dijo Galtzine, llamando de nuevo al soldado de alta talla portador de los dos fusiles. —¿Por qué te alejas tú? Eh, detente.

El soldado se detuvo y con la mano izquierda quitose la gorra.

—¿Dónde vas por aquí?—le gritó severamente.—Allá…

Pero en ese momento, acercándose más al soldado, vio que la mano derecha la llevaba vendada hasta la muñeca y ensangrentada hasta el codo.

—Estoy herido, Vuestra Señoría.

—¿Herido? ¿Dónde?

—Aquí, probablemente de una bala,—respondió el soldado enseñando su brazo.—Además, ni yo mismo lo sé; me parece que estoy también herido en la cabeza; e inclinándose mostró sus cabellos ensangrentados y pegados por la sangre en la nuca.

—¿De quién es ese otro fusil?

—Es un fusil francés, Vuestra Señoría. Yo mismo lo he quitado a un soldado… Yo no me hubiera marchado de allá arriba si no hubiese sido para acompañar a este hombre, que encontré herido,—añadió, señalando a otro soldado que marchaba algo más adelante sirviéndose de su fusil como de un bastón y que andaba con dificultad apoyándose en la pierna izquierda.

Galtzine experimentó de pronto una gran pena por sus suposiciones injustas, y ruborizándose se volvió, dejando ya de interrogar a los heridos, y, apartando de ellos la vista, dirigiose hacia la ambulancia.

Habiéndose franqueado camino hasta el dintel de la puerta por entre los heridos que marchaban a pie y los camilleros que entraban con heridos o salían llevando muertos, Galtzine penetró en la primera sala, miró y al instante, casi involuntariamente, volviose hacia la calle; aquello estaba horrible.

La larga y alta sala, muy sombría, pues solo la alumbraban cuatro o cinco bujías con las cuales los médicos se acercaban a los heridos para examinarlos, estaba del todo llena. Los camilleros conducían sin cesar heridos y más heridos y los colocaban uno al lado de otro en el suelo; el sitio era tan escaso que los infelices se empujaban y se ahogaban con la sangre unos de otros. Los mares de sangre que se percibían en los sitios vacíos, la febril respiración de aquellos centenares de hombres y la respiración fatigosa de los camilleros formaba una atmósfera especial, pesada, penosa, nauseabunda… mientras acá y allá de la sala brillaban pálidamente las luces de las bujías.

El murmullo de los gemidos, de los suspiros, de los estertores; interrumpido a veces por algún agudo grito, llenaba la sala. Los enfermeros, con rostro tranquilo, con la expresión suya particular, nada femenina ni lloricona, sino práctica, activa, pasaban con cuidado por entre los capotes y camisas ensangrentadas de los heridos, llevando las medicinas, el agua, las vendas y las hilas. Los doctores, con las mangas arremangadas, de rodillas ante los heridos y a su lado los enfermeros sosteniendo las bujías, inspeccionaban, palpaban, sondaban las heridas a pesar de los grandes gemidos y de los ruegos de los infelices.

En el momento en que Galtzine había entrado por la puerta de la sala, uno de los doctores estaba sentado cerca de ella, delante de una mesa e inscribía ya el número 532.

—Ivan Bogaiev, soldado de la 3.ª compañía del regimiento S… *Fractura del femur complicada*…—Luego se acercó a uno del extremo de la sala, y mientras le tentaba la pierna lastimada:—Lleváoslo.

—¡Oh! ¡oh! *¡padrecitos!* ¡Vosotros sois nuestros padres!—gritaba el soldado, suplicando que no se lo llevasen.

—*Perforatio capitis*… Simeón Neferdov, teniente coronel del regimiento N… de infantería.

—Sufrid un poco, coronel, pues de otro modo es imposible, tendría que dejaros,—dijo el médico, tanteando con un ganchito y con sumo cuidado la cabeza del infeliz teniente coronel.

—¡Ah! ¡No lo hagáis! En nombre de Dios… ¡Más aprisa! ¡Ah! ¡ah!

—*Perforatio pectoris*… Sebastián Serida, soldado… ¿de qué regimiento? Pero, no lo inscribáis. *Moritur*. Lleváoslo,—dijo el doctor alejándose del soldado, el cual, con los ojos desencajados, dejó en aquel punto de respirar.

Cerca de cuarenta camilleros, esperando para llevarse los soldados curados al hospital y los muertos a la capilla, estaban de pie cerca de la puerta, silenciosos y de tiempo en tiempo suspiraban penosamente contemplando este triste cuadro.

VIII

Siguiendo su ruta, cuando iba al bastión, Khaluguin encontró muchos heridos, mas sabiendo por experiencia cuánto este espectáculo es pernicioso para el ánimo de los soldados, no solamente no se detuvo para interrogarlos, sino que procuraba no fijar su atención en ellos. Cerca ya de la colina encontró a un oficial de órdenes que, al gran galope, descendía del bastión.

—¡Zobkine! ¡Zobkine! ¡Atended un momento!

—¿Qué hay? ¿Qué me queréis?

—¿De dónde venís?

—De los alojamientos.

—¿Y cómo está aquello? ¿Va vivo?

—¡Ah! es terrible.

Y el oficial alejose al gran galope.

La fusilería parecía más débil, pero el cañoneo iba tomando nueva fuerza.

«¡Ah! ¡Qué malo es eso!», pensó Khaluguin sintiendo lo desagradable de la guerra, y enseguida se le ocurrió un presentimiento, presentimiento común a todos, el presentimiento de la muerte.

Mas Khaluguin tenía mucho amor propio y sus nervios eran de cuero, en una palabra, podía aplicársele el adjetivo de «valiente»; no se abandonaba de ningún modo al primer impulso, y se alentaba recordando a un ayudante de campo de Napoleón, quien, después de transmitir sus órdenes a toda prisa, se acercó a Napoleón con la cabeza ensangrentada. «¿Estáis herido?» le preguntó Napoleón. «Os pido perdón, señor; pero estoy muerto» y diciendo estas palabras el ayudante de campo cayó exánime de su caballo.

Khaluguin hallaba este hecho muy hermoso, y en su imaginación creía ser como ese ayudante. Llevado de este impulso, dio un latigazo a su caballo y tomó un aire aún más bravo de *cosaco*, volviose varias veces para mirar al cosaco que, tieso sobre los estribos, galopaba detrás de él, hasta que llegó, lleno de ansia de combatir, a un paraje en donde encontró a cuatro soldados que, sentados sobre unas piedras, fumaban su pipa.

—¿Qué hacéis aquí vosotros?

—Hemos conducido a un herido, Vuestra Señoría, y nos hemos sentado aquí un instante para descansar,—contestó uno de ellos, ocultando su pipa tras de su espalda mientras se quitaba el gorro.

—Si es así, ¡ya habéis descansado bastante! ¡Marchad a vuestros puestos!

Con ellos y por las trincheras, subió la colina, encontrando a cada paso heridos y más heridos. Llegó a lo alto de la montaña, volvió a la izquierda y a los pocos pasos se encontró completamente solo. Muy cerca de él un estallido hizo retumbar la trinchera. Una bomba se elevó delante de él y pareció que iba a caerle casi encima. De repente un gran miedo se apoderó de él y corriendo dio cinco o seis pasos cayendo cuan largo era en el suelo. Cuando oyó estallar la bomba lejos del sitio en que había él caído, sintió gran rabia contra sí mismo y al levantarse miró si alguien le había visto caer, mas por su fortuna nadie había por allí.

Una vez el miedo ha penetrado en el alma le cuesta mucho ceder su puesto a otro sentimiento. El que se había jactado de no doblegarse jamás, a paso rápido, casi saltando, marchó hacia la trinchera. «¡Ah! ¡esto es malo!» pensó en alta voz, «seguramente que aquí moriré». Sintiendo que su respira-

ción se hacía difícil y que un sudor frío inundaba su cuerpo, procuró animarse y no dejarse vencer por tales sentimientos.

De pronto, delante de él, oyó rumor de pasos, entonces se enderezó levantando la cabeza y haciendo sonar bravamente su sable, se puso a andar con más viveza que antes. Cuando se cruzó con un oficial de zapadores y un marinero y el primero le gritó: «¡A tierra!» mostrándole el punto luminoso de la bomba que se acercaba cada vez más rápida y más brillante, para caer cerca de la trinchera, él solo inclinó, involuntariamente, un poco la cabeza, bajo la influencia de aquel grito espantoso.

—He aquí un valiente,—dijo el marinero que, con mirada tranquila había visto caer la bomba, y que, juzgando que los trozos de la bomba no podían alcanzar la trinchera, no se tomó la pena de inclinarse.

Khaluguin no tenía que dar más que algunos pasos para atravesar un pequeño terraplén ascendente y llegar al blindaje en donde se hallaba el comandante del bastión, cuando de pronto se sintió otra vez ofuscado por aquel miedo estúpido. Su corazón palpitaba más fuerte y la sangre se agolpaba a su cabeza y tuvo que hacer un gran esfuerzo sobre sí mismo para llegar al bastión.

—¿Cómo estáis tan sofocado?—le preguntó el general, cuando le hubo transmitido las órdenes que llevaba.

—Porque he andado muy aprisa, Excelencia.

—¿Queréis beber un vaso de vino?

Khaluguin bebió el vaso de vino y encendió un cigarrillo. La batalla había terminado, solo un fuerte cañoneo se oía aún por cada lado. Dentro del blindaje estaban sentados el general N…, el comandante del bastión y seis oficiales, entre los cuales hallábase Praskukhin hablando sobre los diversos detalles de la batalla. Sentado dentro de este confortable aposento, tapizado de papel blanco y en el que se veía un diván, una cama, una mesa llena de papeles, un reloj de péndulo y dos sillones, delante de los cuales ardía una lamparilla; estudiando con la mirada los gestos de aquellos hombres o las gruesas vigas del techo y escuchando los cañonazos que desde dentro del blindaje parecían muy débiles, a Khaluguin le parecía imposible que por dos veces se hubiese dejado dominar por una flaqueza de ánimo imperdona-

ble. Enfadábase consigo mismo y deseaba encontrarse otra vez en el peligro para probar de nuevo su valor.

—¡Ah! estoy satisfecho de encontraros aquí, capitán!—dijo dirigiéndose a un oficial de marina con uniforme de Estado Mayor, grandes bigotes y ostentando la cruz de San Jorge en el pecho, que acababa de entrar en aquel momento en el interior del blindaje, pidiendo al general que le diese hombres para reparar una batería y limpiarla de escombros.

—El general me ha ordenado que os preguntara si vuestros cañones pueden tirar metralla sobre las trincheras,—le preguntó Khaluguin así que el jefe de la batería concluyó de hablar con el comandante del bastión.

—Solo hay una pieza que pueda hacerlo,—respondió bruscamente el capitán.

—Cuando gustéis, pues, iremos a verlo.

El capitán frunció las cejas y murmuró:

—Toda la noche la he pasado allí y he venido para descansar un rato. ¿No podrías ir solo? Allá abajo, mi ayudante, el teniente Kartz, os lo enseñará todo.

Desde hacía seis meses, el capitán comandante de esta batería, una de las más peligrosas y mucho más por no tener blindaje, desde el principio del sitio, vivía en el bastión, sin haber salido ni una sola vez de él, habiendo adquirido entre los marinos una gran reputación de valiente.

A Khaluguin le sorprendió mucho su respuesta y en su imaginación formuló este pensamiento: «¡He aquí lo que son las reputaciones!» y con tono algo burlón dijo:

—Pues bien, iré solo, si me lo permitís.

Mas el capitán no hizo caso de sus palabras, ni del tono con que fueron pronunciadas.

Khaluguin no se hacía cargo de que él, en distintas ocasiones, solo había pasado en el bastión unas cincuenta horas, mientras que el capitán vivía allí desde hacía seis meses, y además a Khaluguin le movía no poco la vanidad, el deseo de brillar, la esperanza de la recompensa, de la reputación y el encanto atractivo del peligro; mientras que el capitán había dejado ya muy

atrás todas esas ilusiones; al principio también las había sentido, como todos, hacía el valiente, se arriesgaba esperando obtener merecida recompensa, pues la reputación ya la había adquirido, pero en el transcurso de aquel tiempo todos aquellos excitantes habían perdido su fuerza y hoy veía las cosas de muy distinto modo. Cumplía exactamente con su deber, y se daba muy buena cuenta de la suerte que había tenido en poder conservar su vida durante los seis meses que pasara en el bastión y no quería tentar la suerte exponiendo su vida sin estricta necesidad, de modo que fue el joven teniente, entrado en la batería la semana anterior, quien tuvo que enseñársela.

A este le pareció diez veces más valiente el teniente que el capitán.

Khaluguin y el teniente, andando uno delante de otro, avanzaron hacia las trincheras y se encaramaron en las banquetas.

Después de haber inspeccionado la batería, al volver al blindaje, Khaluguin encontró al general, que, con sus ordenanzas, dirigíase hacia el punto de observación.

—Capitán Praskukhin,—dijo el general—os ruego que vayáis al alojamiento de la derecha y digáis al segundo batallón que trabaja allí, que deje el trabajo, salga sin hacer ruido y vaya a reunirse con su regimiento que está al pie de la montaña, en la reserva… ¿Comprendéis? Conducidlo vos mismo hasta dicho punto.

—Está bien.

Praskukhin corrió a toda prisa hacia el sitio señalado.

Los cañonazos eran cada vez más escasos.

IX

—¿Es este el segundo batallón del regimiento M…?—preguntó Praskukhin a los primeros soldados que acarreaban sacos de tierra, ya cerca del alojamiento.

—Sí, señor.

—¿En dónde está el comandante?

Mikhailov, oyendo que alguien llamaba al capitán de la compañía, salió del pequeño reducto en donde estaba y, tomando a Praskukhin por un jefe, se acercó a él saludando militarmente.

—El general os ordena… que deprisa… y sobre todo en silencio… os retiréis… no, que paséis a la reserva,—dijo Praskukhin lanzando una mirada oblicua en dirección a los fuegos enemigos.

Después de haber reconocido a Praskukhin, Mikhailov dejó caer su mano y comprendiendo de lo que se trataba, trasmitió la orden: los soldados se agitaron cogiendo sus fusiles y capotes y el batallón ya formado púsose en marcha.

Quien no lo haya probado, no puede imaginarse el placer que se siente al poder alejarse, después de tres horas de bombardeo, de un sitio tan peligroso como lo eran aquellos alojamientos.

Mikhailov, que durante aquellas tres horas había creído muchas veces, y no sin fundamento, su *fin* inevitable, habíase habituado a la idea de que le matarían y de que no pertenecía ya a este mundo, y sin embargo tuvo que hacer un esfuerzo para impedir que sus piernas echaran a correr, cuando delante de la compañía y al lado de Praskukhin salió de los alojamientos.

—Hasta más ver,—le gritó el comandante mayor del otro batallón que quedaba en el alojamiento, desde el cruce del parapeto en que estaba sentado comiendo queso.—¡Buen viaje!

—¡Os deseo una afortunada defensa! Parece que ahora se ha calmado eso.

Mas apenas acababa de pronunciar estas palabras, que el enemigo, sospechando sin duda un movimiento por el lado de los alojamientos, empezó un tiroteo cada vez más rápido. Los nuestros le respondieron y otro cañoneo muy fuerte recomenzó. Las estrellas estaban ya muy altas, pero poco brillantes; la noche oscura, solo los fogonazos y el estallido de las bombas iluminaban por un momento los diversos objetos. Los soldados andaban silenciosos y se apartaban involuntariamente el uno del otro. Entre los estallidos de las bombas que de un modo seguido se sucedían, oíase el ruido acompa-

sado de las pisadas sobre el seco camino, los chasquidos de las bayonetas al chocar entre sí, el suspiro o la plegaria de un soldado. «¡Oh, Dios! ¡Dios! ¡Señor! ¿Qué es esto?» Por todas partes se oían los gemidos de los heridos y los gritos: ¡Camilla! En solo la compañía que mandaba Mikhailov, durante esta memorable noche, veintiséis soldados cayeron muertos por el fuego de la artillería.

Una llamarada ilumina el lejano y oscuro horizonte. El centinela grita: «¡Ca… ñón!» y la bomba, silbando por encima de la compañía, húndese en la tierra proyectando a su alrededor una lluvia de piedras.

«¡Que el diablo se los lleve! ¡Con qué calma marchan! pensaba Praskukhin, volviendo la cabeza a cada momento, mientras andaba al lado de Mikhailov. Verdaderamente sería mucho mejor que echara a correr; yo ya he cumplido mi deber trasmitiendo la orden… por lo tanto… mas no, después podrían decir que soy un cobarde. Venga lo que venga, no me muevo de su lado».

«¿Por qué se pone tan junto a mí? pensaba por su parte Mikhailov, he observado ya varias veces que la desgracia va con él; hela allí, cualquiera diría que esa bomba viene derecha a nosotros!»

Después de algunos centenares de pasos encontraron a Khaluguin que, haciendo sonar fuertemente su sable se dirigía hacia los campamentos, enviado por el general para enterarse de cómo avanzaban los trabajos, mas al encontrarse con los que de allí volvían, pensó que no tenía necesidad alguna de aventurarse bajo el terrible fuego que allí se sufría, ya que podía pedir a estos detalles del sitio de donde venían; en efecto, Mikhailov le dio todos los detalles apetecidos acerca de los trabajos realizados. Khaluguin, después de haber andado un rato a su lado, volviose por la trinchera que conducía al blindaje.

—¿Y bien, qué hay de nuevo?—le preguntó un oficial que estaba cenando dentro del aposento.

—Nada, parece que no sucederá nada nuevo.

—¿Cómo nada? Al contrario, el general acaba de llegar de allá arriba. Otro regimiento más ha llegado… atended… ¿no oís de nuevo la fusilería? ¿No habéis ido allá arriba?… ¿por qué?—preguntó el oficial fijándose en el gesto que hizo Khaluguin.

«¡Quizás debí haber dicho que había estado allá! pensó Khaluguin; mas por hoy ya he corrido demasiadas aventuras. ¡Qué fusilería más horrible!»

—En efecto, creo que será mejor que les espere aquí,—añadió en voz alta.

Veinte minutos después el general estaba de vuelta con sus ayudantes, entre los cuales estaba el *junker* barón Pest, pero a Praskukhin no se le volvió a ver. Los campamentos habían sido otra vez ocupados por los nuestros.

Después de haber recibido reseñas detalladas de la batalla, Khaluguin y Pest salieron del blindaje.

X

—¿Tenéis el capote manchado de sangre; os habéis batido al arma blanca? —le preguntó Khaluguin.

—¡Oh! esto es terrible, no podéis llegar a imaginároslo…

Y Pest púsose a contarle cómo él condujo la compañía, cómo había muerto el comandante, del modo cómo había matado a un francés y cómo sin más ni más todo se había perdido.

Las grandes líneas de lo por él explicado, la muerte del comandante de la compañía y la del francés muerto por Pest, eran exactas, pero en cuanto a los detalles, el *junker* procuró aumentarlos en todo lo que pudiera glorificarle.

Si se alabó demasiado quizás fue involuntariamente, porque durante todo el combate se encontró como si le envolviese una niebla que le sumergiera en la inconciencia, hasta tal punto, que todo lo que pasó le parecía hacer ya tiempo que había sucedido. Era, pues, natural que procurara presentar los detalles de aquella jornada lo más favorables para él. Pero nosotros expondremos las cosas tal y como sucedieron.

El batallón a que el *junker* fue designado para tomar parte en la salida, durante dos horas aguantó el fuego enemigo detrás de un muro; después el comandante del batallón, que se hallaba al frente, pronunció algunas palabras; los comandantes de las compañías repitieron la orden, el batallón moviose, salió del parapeto y adelantando cien pasos se detuvo y formose en columnas por compañías.

A Pest le ordenaron que se mantuviese en el flanco derecho de la segunda compañía.

No dándose cuenta ni del lugar en donde estaba ni el porqué de aquella salida, el *junker* ocupó su puesto y reteniendo involuntariamente el aliento mientras que un glacial escalofrío recorría su espalda, inconscientemente miró hacia la lejana oscuridad previendo algo terrible entre aquella sombra. No es que sintiera miedo, puesto que no se oían los disparos de la fusilería enemiga, era más bien una sensación de extrañeza al pensar que se hallaba fuera de los fuertes y en pleno campo. De nuevo el comandante del batallón, que continuaba al frente, pronunció algunas palabras; los oficiales se miraron y cuchicheando trasmitieron las órdenes que se les acababa de dar y súbitamente el negro lienzo que formaba la primera compañía se bajó: había recibido la orden de tenderse en el suelo, la segunda la imitó y al hacerlo Pest hiriose la mano con un espino.

Solo el comandante de la segunda compañía se mantuvo en pie; su pequeña figura, con el sable tendido, que agitaba sin cesar de hablar, movíase delante de la compañía.

—¡Hijos míos! ¡Atención! ¡Sed valientes como yo! ¡No disparéis los fusiles, abordemos a estos canallas con las bayonetas! Cuando yo grite *¡hurra!* seguidme todos, que nadie recule… Manteneos apretados, unidos. Nosotros, aunque nos hagamos visibles, no caeremos en el fango. ¡Ea! ¡hijos míos, por el Zar, por nuestro padre!

—¿Cómo se llama nuestro comandante?—preguntó Pest al *junker* que estaba tendido a su lado.—¡Es todo un valiente!

—Sí, en la batalla siempre es igual, se llama Lisinkovsky,—respondió el *junker*.

En este momento, delante de la compañía, brilló de súbito una llamarada seguida de un estallido que ensordeció a toda la compañía. Arriba, en el es-

pacio, volaron las piedras y los cascos de una bomba tirada desde el punto de elevación y el hecho de caer tan cerca de la compañía probó que los franceses habían visto ya la columna; una de las piedras caídas de lo alto destrozó la pierna de un soldado.

—¡Ah! ¡lanzad bombas! Pero dejadnos acercar un poco a vosotros y entonces, ¡malditos! ¡probaréis la bayoneta rusa!—exclamó en alta voz el jefe de la compañía, de modo que el comandante del batallón le mandó a decir que se callara y no metiera tanto ruido.

Después de esto, la primera compañía levantose, luego la segunda y el batallón, recibida la orden de bajar las armas, púsose en marcha. Pest, lleno de pavor, ni se dio cuenta del tiempo que hacía que marchaba, ni del lugar en que se encontraba, ni de lo que había hecho. Marchaba como un hombre borracho. De súbito brillaron miles de fogonazos por todos lados, algo silbó a su alrededor. Gritó y enfureciose porque sí, puesto que todos gritaban y enfurecíanse. Enseguida tropezó con un bulto y cayó… era el comandante de la compañía que, marchando al frente de la misma, había caído herido y tomando al *junker* por un francés, lo cogió por la pierna; cuando el *junker* desasió su pierna y levantose, detrás de él y de entre la oscuridad, salió un hombre que de nuevo le hizo caer. Otro gritó: «¡Mátalo! ¡quién es ese que tienes aquí!» Entonces cogió su fusil y hundió la bayoneta en algo muy blando.

¡Ah! ¡Dieu! gritó una voz terrible, penetrante; entonces Pest comprendió que había muerto a un francés. Un sudor frío inundó su cuerpo, tembló como si se hallara sobrecogido de fiebre y tiró con violencia el fusil. Esto fue cosa de pocos momentos, pues al instante le vino a la mente que había estado hecho un héroe, cogió de nuevo el fusil y uniendo sus gritos a los de la multitud, gritó: ¡Hurra! y huyó deprisa del francés muerto por él. Veinte pasos más allá estaba la trinchera; allí se defendían los nuestros con los comandantes de los batallones al frente.

—¡Acabo de matar a un francés!—dijo al comandante del batallón.

—Bravo, barón,—le contestó el comandante.

—¿Sabéis que Praskukhin ha muerto?—dijo Pest acompañando a Khaluguin que se volvía a su casa.

—¿Es posible?

—Seguro, yo mismo lo he visto.

—Adiós, llevo prisa.

«Estoy muy contento, pensaba Khaluguin andando hacia su posada, por la primera vez desde que estoy en el servicio he sido afortunado; una hermosa batalla y… estoy sano y salvo. Las promociones serán soberbias, seguramente se me concederá la espada de oro; después de todo, méritos he hecho para ello».

Habiendo contado al general todo lo acaecido, fuese a su aposento donde le esperaba, leyendo un libro que halló sobre la mesa, el príncipe Galtzine, ya de retorno de su excursión.

Con gran placer Khaluguin se sintió en su casa lejos del peligro, cambió de ropa, poniéndose la camisa de dormir, abrigose y se metió en cama y entonces empezó a contar a Galtzine todos los detalles del combate, de un modo natural, pero procurando que en esos mismos detalles se destacara que él había sido un oficial activo y valeroso, aunque le parecía inútil hacerlo observar, pues todos lo sabían y nadie tenía derecho ni motivo para ponerlo en duda, salvo quizás el difunto capitán Praskukhin, quien a pesar de considerar como una dicha el poder pasearse del brazo de Galtzine y de Khaluguin, la vigilia había contado a un amigo que Khaluguin era un buen muchacho; pero que, dicho sea en secreto, no le gustaba mucho ir a los bastiones.

Así que Praskukhin, caminando al lado de Mikhailov, se había separado de Khaluguin y se había acercado a sitios menos peligrosos, empezó a sentirse renacer; pero en aquel mismo momento percibió detrás una llama que brillaba con claridad siniestra y oyó al centinela gritar: «¡Mor… tero!» y las palabras de uno de los soldados que decía: «Caerá precisamente en el bastión».

Mikhailov se separó un poco. La llamarada clara de la bomba parecía haber llegado al punto culminante y en esta posición es imposible adivinar la dirección que tomará al caer. Mas, esto solo duró un momento, la bomba cayó cada vez más rápida, de suerte que podían verse las chispas que lanzaba el tubo y se oía ya el fatal silbido encima mismo del batallón.

—¡A tierra!—gritó una voz.

Mikhailov y Praskukhin se tendieron en el suelo. Praskukhin, cerrando los ojos, había visto solamente que la bomba caía muy cerca, entre los soldados… Pasó un segundo que le pareció una hora; la bomba no había estallado aún. Praskukhin estaba espantado; pero quizás sentía miedo por nada, quizás la bomba había caído más lejos aunque él se había tendido creyendo oír silbar el tubo a su lado. Abrió los ojos y vio con placer que Mikhailov estaba tendido e inmóvil también a sus pies, pero al mismo tiempo sus miradas se encontraron con el tubo de la bomba que brillaba muy cerca de él.

El terror glacial que domina todo sentir y ahoga todo pensamiento se apoderó de él, y con las manos cubriose el rostro.

Otro segundo transcurrió aún; otro segundo durante el cual un mundo de pensamientos, de esperanzas y de recuerdos atravesaron su imaginación.

«¿Quién morirá, yo o Mikhailov? ¡Quizás los dos! Si muero yo, ¿dónde recibiré la herida? ¿En la cabeza? Entonces todo ha concluido; pero si quedo herido de la pierna, me la cortarán, mas yo pediré que me operen con el cloroformo… Entonces podré, cuando quiera, marcharme de este mundo. ¡Quizás muera solamente Mikhailov! Entonces podré contar a los demás cómo marchábamos el uno al lado del otro, de qué manera fue muerto él y yo quedé todo cubierto de sangre. No, está más cerca de mí… de mí…»

Al llegar a este punto de sus pensamientos recordó que aún debía doce rublos a Mikhailov, recordó otra deuda contraída en San Petersburgo y que debía haber satisfecho hacía tiempo.

Un motivo de canción gitana que había cantado la noche anterior acudió a su mente. La imagen de su amada, cubierta la cabeza con una cofia con cintas lila, reemplazó al anterior pensamiento. Recordó luego a un hombre que le había ofendido y del cual no se había vengado y al mismo tiempo que todos esos pensamientos y muchos otros recuerdos, no le abandonaba la idea del presente, la atención fija en la muerte que le parecía estar junto a él.

«Aún podría ser que no estallase», pensaba, y, terriblemente resuelto, quiso abrir los ojos, mas en el mismo momento, a través de sus cerrados párpados, la roja llamarada hirió su vista. En medio de un estrépito terrible algo le hirió en el pecho. Levantose echando a correr sin dirección fija y enredándose con su sable cayó cuán largo era.

«Gracias a Dios, solamente me ha herido», fue su primer pensamiento; quiso llevar sus manos al pecho, mas sus manos le pareció que las tenía atadas, y que un tornillo oprimía su cabeza. Los soldados iban pasando por delante de él, e inconscientemente contó: uno, dos, tres soldados y un oficial. Después un fogonazo brilló ante sus ojos y se preguntó con qué habían tirado, ¿con ametralladora o con cañón?; probablemente con cañón… y aún seguían tirando, y aún más soldados: cinco, seis, siete soldados pasaron por encima de él. De pronto sintió el miedo de ser aplastado por ellos; quiso gritar que solo había recibido una pequeña herida, mas su garganta estaba seca y su lengua, pegada al paladar, no transmitió su voz; una sed horrible empezó a torturarle. Como si su pecho estuviera mojado, sintió en torno de él como una sensación de humedad. Esto le recordó que podía ser agua y quiso beber de esta agua… «Es probable, pensó, que al caer lo haya hecho sobre un charco de sangre», y otra vez volvió a temer el ser aplastado por los soldados que corrían junto a él; reunió todas sus fuerzas y quiso gritar: «¡Levantadme!», pero en lugar de gritar gimió horriblemente, de tal modo que él mismo se asustó. Luego dos puntos rojos brillaron ante su vista, y le pareció que los soldados le cubrían de piedras. Los fuegos brillaban ya más de tarde en tarde y las piedras que le habían puesto encima le oprimían cada vez más; hizo un supremo esfuerzo para apartarlas, estirose y dejó de ver y de sentir… Había muerto, herido por un casco de bomba recibido en mitad del pecho.

XI

Mikhailov, al percibir la bomba se tiró al suelo y como Praskukhin reflexionó y sintió multitud de cosas horribles durante los dos segundos que la

bomba, girando sobre sí misma, tardó en estallar; rogaba a Dios y mentalmente repetía: «¡Sea hecha tu voluntad! Mas ¿por qué entré en el servicio militar y luego en la infantería para tomar parte en esta campaña? Mucho mejor fuera que no me hubiese movido de los Hulanos de T… pasando el tiempo con mi amada Natalia, mientras tanto que ¡ahora!…» Entonces empezó a contar uno, dos, tres, cuatro, diciéndose que si la bomba estallaba en los números pares saldría vivo del trance y si en los impares sería muerto. «Todo ha concluido, muerto», pensó cuando la bomba estallaba; aunque seguramente no recordó si estaba en el número par o impar. Sintió un golpe y un dolor horrible en la cabeza. «Dios mío, perdóname mis pecados», exclamó juntando las manos. Levantose y aturdido volvió a caer otra vez.

Su primera sensación al volver en sí fue la sangre que le manaba de la nariz y el dolor en la cabeza que iba siendo ya más débil: «Esto es que el alma se va, ¿cómo es lo del *más allá*? ¡Oh! Señor, recibid mi alma en paz. Lo que me asombra, pensó, es que si es este el momento de morir, distinga tan claramente los pasos de los soldados y el ruido de sus golpes y de las voces».

—Traed la camilla… ¡eh!… El capitán está muerto,—gritó cerca de su misma cabeza una voz que reconoció ser la del tambor Ignatiev.

Luego sintió que le cogían por los hombros, ensayó el abrir los ojos y vio encima de su cabeza el cielo azul oscuro, los grupos de estrellas y dos bombas que volaban por encima de él y se juntaban… Distinguió luego a Ignatiev, a los soldados con la camilla y los fusiles, la muralla, la trinchera y enseguida comprendió que era aún de este mundo.

Una piedra le había ligeramente herido en la cabeza. Su primer movimiento fue casi de pesar, se había preparado tan bien y tan tranquilamente para emprender su viaje al más allá que estaba desagradablemente impresionado por el retorno a la realidad, a las bombas, a las trincheras, a la sangre. Su segunda impresión fue la alegría inconsciente de hallarse aún vivo, y la tercera el deseo vivísimo de abandonar a toda prisa el bastión. El tambor le vendó la cabeza con un pañuelo y cogiéndole del brazo lo conducía a la ambulancia.

«¿A dónde vamos por aquí? pensaba el capitán ayudante cuando se hubo rehecho un poco, mi deber es estar con la compañía y no irme antes de que haya cesado el fuego», murmuró con voz débil.

—Es inútil, querido,—dijo apartando la mano del caritativo tambor.—Yo no voy a la ambulancia, me quedo con la compañía,—y volvió sobre sus pasos.

—Valdría más que antes se hiciera curar bien, señoría,—dijo Ignatiev.—Esto sucede siempre, en el primer momento parece que no es nada, mas luego puede empeorarse el mal. Fíjese cómo el combate es más fuerte aquí, precisamente, señoría.

Mikhailov detúvose un momento indeciso, pareciéndole que lo mejor sería seguir los consejos de Ignatiev; pero recordó que en la ambulancia había muchos otros heridos más graves que él y que quizás los médicos se reirían de su herida, y a despecho de los argumentos del tambor, decidiose a volver a la compañía.

—¿Dónde está el oficial de órdenes, Praskukhin, que marchaba a mi lado?—preguntó al subteniente que mandaba la compañía.

—Yo no lo sé… me parece que ha muerto,—respondió con negligencia el subteniente.

—¿Muerto o herido? ¿Cómo no lo sabéis? Si estaba junto a mí, ¿por qué no lo habéis levantado?

—¿Cómo podía yo cuidarme de ello cuando el combate arreciaba más que nunca?

—¡Ah! ¿Cómo, pues, Mikhail Ivanovitch,—exclamó irritado Mikhailov,—cómo abandonarle así si está vivo? O a lo menos, si ha muerto, haber hecho levantar su cadáver.

—¡Cómo vivo! Si os digo que me he acercado a él y le he visto con mis propios ojos,—contestó el subteniente.—Excusadme, pues apenas si podía conducir a los míos,—añadió.—¡La canalla! ya empiezan otra vez el cañoneo…

Mikhailov se sentó y llevó ambas manos a la cabeza, que le hacía sufrir horriblemente.

—No, es absolutamente necesario ir a buscarlo, pueda que aún esté vivo,—dijo Mikhailov.—Este es nuestro *deber*, Mikhail Ivanovitch.

Mas este no contestó.

«He aquí, no lo han recogido antes y ahora, ¿cómo enviar allí a los soldados solos… y cómo ir? Bajo ese fuego terrible pueden morir todos en vano… lo mismo que aquí», pensó Mikhailov.

—Muchachos, es necesario volver allá y recoger al oficial que está herido dentro del foso,—exclamó con voz no muy alta ni imperiosa, pues comprendía cuán desagradable sería a los soldados cumplir aquella orden. En efecto, como él no se dirigió a ninguno en particular, nadie se adelantó a ejecutarla.

«Verdaderamente, puede ser que ya esté muerto y no vale la pena de exponer a estos hombres en una aventura inútil. Yo solo soy el culpable de no haberme ocupado de él, por lo tanto, yo mismo iré a ver si está vivo o muerto, este es mi deber», díjose Mikhailov.

—¡Mikhail Ivanovitch! Conducid vos la compañía, ya os alcanzaré.

Y reteniendo con una mano su capote y sosteniendo con la otra una pequeña imagen de San Mitrofano, en la cual tenía una fe particularísima, echó a correr trinchera abajo.

Convencido ya de que Praskukhin estaba muerto, Mikhailov, sofocado y sosteniendo con una mano el vendaje que se le había caído de la cabeza, que ya empezaba a hacerle sufrir mucho, volvió sobre sus pasos. Cuando se juntó al batallón, este estaba ya al pie de la colina, cerca de la plaza, casi fuera de tiro. Digo casi fuera de tiro, porque aún algunas bombas extraviadas caían allí. «Al fin y al cabo será necesario que mañana me haga inscribir en la ambulancia», pensaba el capitán ayudante, mientras que un enfermero que acababa de ser llamado le hacía una cura.

XII

Dos centenares de cadáveres humanos, fríos, ensangrentados, de hombres que dos horas antes estaban llenos de esperanzas y de deseos, grandes o pequeños, rígidos los miembros, yacían en el valle florido, cubierto de rocío,

que separaba al bastión de la trinchera y sobre el duro suelo de la capilla mortuoria de Sebastopol. Dos centenares de hombres, los unos vociferando, los otros elevando plegarias con los labios secos, se arrastraban y gemían, unos entre los cadáveres del florido valle, otros en las camillas, sobre los lechos de campaña o en el mismo suelo de la ambulancia. Y lo mismo que los días anteriores, el fuego del entusiasmo se inflamaba sobre la montaña Sapun, las estrellas centelleaban, la blanca niebla, alzándose del mar agitado, sombrío, se dispersaba, la rosada aurora asomaba por oriente, las nubes alargadas, rosáceas, se desvanecían en el horizonte azul claro y, lo mismo que los días anteriores, prometía a todo el mundo animado el placer, la felicidad y el amor, mostrándose potente y hermosa la antorcha del día.

XIII

Al día siguiente, por la noche, la música del regimiento de cazadores tocaba de nuevo en el paseo y de nuevo los oficiales, los *junkers*, los soldados y las jóvenes con sus vestidos de fiesta se paseaban alrededor del kiosco y por las alamedas de acacias blancas, floridas y perfumadas.

Khaluguin, el príncipe Galtzine y un coronel, marchaban de bracero hablando del combate del día anterior. El objeto principal de la conversación, como casi sucede siempre en estos casos, no era el combate precisamente, sino la participación que envanecidos se atribuían en el mismo los que lo narraban. Las caras y las voces tenían todas una expresión seria, casi triste, como si las pérdidas de ayer pesaran fuertemente sobre cada uno y le entristecieran, aunque en verdad, casi ninguno de ellos había perdido parientes o amigos; por lo tanto, esta expresión de tristeza no era otra cosa que una expresión *oficial* que creían de su deber tomar. Khaluguin y el coronel, al contrario de los demás, bien que fuesen más valientes o quisiesen parecerlo, se decían dispuestos a presenciar cada día un combate parecido al de ayer para ganarse el sable de oro y el título de mayor general. A mí me gusta oír tratar de monstruo al conquistador que, por ambición personal, llevó a morir a miles de hombres; pero, interrogad con conciencia al subteniente Petruchov, al

teniente Aulonov y a muchos otros, y veréis que cada uno de ellos es un pequeño Napoleón, un pequeño monstruo que seguramente librarían una batalla, matarían a un centenar de hombres solo por recibir otra estrella o una pequeña indemnización pecuniaria.

—No, perdonad,—decía el coronel—el combate empezó por el flanco izquierdo, *allí estaba yo*…

—Puede ser,—respondió Khaluguin.—*Yo estuve ya antes en el flanco derecho, había ido allí por dos veces: la primera, para ver al general, y la otra para vigilar los campamentos. Estaba aquello horroroso.*

—Sí, seguramente, Khaluguin lo sabe,—dijo el príncipe Galtzine al coronel.—¿Sabes tú que hoy me ha dicho B… que has estado hecho un valiente?…

—¡Mas las pérdidas… oh! ¡fueron terribles!—exclamó el coronel.—*Solo en mi regimiento cuatrocientos soldados han muerto, de modo que es asombroso que yo haya podido escapar vivo.*

En este momento, al otro lado del paseo y saliendo al encuentro de estos señores, se presentó Mikhailov con la cabeza vendada.

—¿Qué, estáis herido, capitán?—le preguntó Khaluguin.

—Sí, un poquitín, una piedra…—respondió Mikhailov.

—¿De modo que el pabellón está cerrado ya?—preguntó el príncipe Galtzine, mirando la gorra del capitán ayudante y sin dirigirse a nadie en particular.

—No, aún no,—respondió Mikhailov en francés para demostrar que sabía un poco esta lengua.

—Esto indica que el armisticio dura aún,—dijo Galtzine dirigiéndose a él en ruso, dándole a entender con eso que comprendía le sería difícil hablar en francés y que, por lo tanto, no *valía* para ellos, simplemente. Así lo comprendió el capitán ayudante, pues muy pronto los ayudantes de campo se alejaron de él.

Como la víspera, el capitán ayudante se encontró de pronto aislado, y después de haber saludado a diversas personas, unas con quienes ni deseaba

relacionarse y otras con las que no osaba hacerlo, se sentó junto al monumento de Kazarski a fumar un cigarrillo.

El barón Pest estaba también en el paseo y allí contaba que él se había hallado en el acto de convenirse el armisticio y que había conversado con los oficiales franceses; que un oficial francés le había dicho que si no se hubiese hecho de día tan pronto, la batalla hubiera continuado aún, a lo que él había respondido: *Monsieur*, yo no digo que no, para no daros un mentís. Y que luego le había dicho esto y aquello…

En realidad, aunque él había estado presente en el armisticio, no podía decir nada de particular, a pesar de haber intentado varias veces hablar con los franceses, lo que le hubiera gustado mucho. El *junker* barón Pest, anduvo largo rato de unos a otros, preguntando a los soldados y oficiales franceses: «¿De qué regimiento sois?» pero nadie le contestaba. Y al traspasar la línea, el centinela francés, que no se imaginaba que nuestros soldados comprendiesen su lengua, le injurió en tercera persona: *Viene a ver nuestros trabajos*, maldito ruso…

Por fin, y no hallando más entretenimiento en el lugar del armisticio, el *junker* barón Pest se volvió a su posada y, ya en el camino, inventó las frases francesas que se complacía en repetir.

En el paseo encontró al capitán Lobov, que estrechó calurosamente su mano, al capitán Objogov, el difamador, a un capitán de artillería que a nadie buscaba y al *junker* afortunado en amores, es decir las mismas personas de la víspera con sus mismos y eternos móviles. Faltaban solo Praskukhin, Neferdov y algunos otros, en quienes apenas nadie pensaba siquiera, aunque sus cadáveres estaban todavía insepultos.

XIV

Las banderas blancas flotaban sobre nuestro bastión y sobre la trinchera francesa, y en el florido valle yacían, descalzos y envueltos en capotes gri-

ses o azules, los cadáveres mutilados que los enfermeros levantaban y colocaban en los carros. El hedor cadavérico llenaba el aire. De Sebastopol y del campo francés una muchedumbre de gente y de soldados iba a ver este espectáculo con ávida curiosidad y benévolamente se acercaban los unos a los otros.

Escuchad lo que decían esas gentes.

Allí está un joven oficial rodeado por un pequeño círculo de rusos y de franceses; se expresa mal en esa lengua, pero hace lo posible para hacerse entender: está examinando la cartuchera de un soldado de la guardia.

—¿Por qué lleva aquí este hermoso pájaro?

—Porque esta es la cartuchera de un regimiento de la guardia, que lleva como distintivo el águila imperial.

—¿Y vos, sois también de la guardia?

—No señor, soy del 6.º de línea.

—¿Y esto, dónde lo habéis comprado?—pregunta el oficial señalando una boquilla de madera amarilla con la cual el francés está fumando un cigarrillo.

—¡En Balaclava, señor! Es muy sencilla, es de madera de palma.

—Es muy linda,—contesta un oficial que sigue la conversación muy atento.

—Si queréis, guardadla como un recuerdo de este encuentro, creed que os quedaré muy obligado.

Y el francés, muy cortésmente, sopló el cigarro y ofreció la boquilla al oficial acompañando la actitud de un leve saludo. El oficial en cambio le dio la suya y todos los rusos y franceses presentes aplaudieron encantados tanta cortesía.

Allá va un bravo soldado de infantería con camisa encarnada, el capote echado a la espalda, acompañado de otros dos soldados, que, con las manos a la espalda y los rostros alegres y curiosos, le siguen algo atrás. Se acerca a un francés y le pide fuego para encender su pipa, el francés enciende y da lumbre al ruso.

—*Tabaco bonne*,—dice el soldado de la camisa encarnada.

—Sí, buen tabaco, tabaco turco,—responde el francés;—¿y en vuestro país, tabaco ruso, es bueno?

—*Russe bonne*,—dice el soldado de la camisa, y todos los presentes se echan a reír.—*Français, non bonne; bonjour monsieur!*—continúa el soldado de la camisa colorada, soltando de una vez toda su provisión de palabras francesas, y riéndose golpea al francés en el vientre. Los franceses entonces le acompañan también de buena gana en la risa.

—¡Son muy alegres esos… rusos!—dice uno de los soldados del grupo francés.

—Pues, ¿de qué se ríen?—exclama uno muy moreno, con acento italiano, acercándose a los nuestros.

—*Caftán bonne*,—dice el valiente soldado de la camisa, examinando el caftán bordado del zuavo, y de nuevo todos se echan a reír.

—¡Que nadie traspase la línea! ¡A vuestros puestos, *sacré nom*!—grita el cabo francés y todos los soldados, visiblemente descontentos, se dispersan.

Más allá, en un círculo que forman algunos oficiales franceses, está hablando un joven oficial ruso de caballería; un oficial francés, que ostenta una gran charretera, le pregunta por un cierto conde Sazonoff, a quien dice que había conocido, y añade: Es uno de esos verdaderos condes rusos, como nosotros los llamamos.

—Hay un Sazonoff a quien yo conozco,—responde el oficial de caballería,—pero no es conde, a lo menos que yo sepa; un hombre de vuestra edad, poco más o menos.

—Este es, este es. ¡Oh! cuánto deseo ver a este querido conde; si vos le veis os ruego que le presentéis mis cumplimientos; habladle del capitán Latour,—añadió saludando.

—Es por cierto cosa terrible la triste labor que estamos haciendo… Mucho lo ha sido esta noche, ¿no es verdad?—dijo, señalando a los cadáveres, el oficial de caballería, que deseaba continuar la conversación.

—¡Oh! señor, ¡de veras es horrible! Pero, ¡qué gallardos son vuestros soldados, qué gallardos! Es un placer el batirse con tan buenos mozos.

—Pero hay que confesar que los vuestros no se quedan cortos,—contestó saludando el oficial de caballería, imaginándose haber estado gracioso en su contestación.

Fijaos ahora en ese pilluelo de diez años, cubierto con un viejo gorro, de su padre sin duda, con los pantalones de algodón arremangados sobre sus desnudas piernas y sostenidos por unos tirantes; después del armisticio salta por encima de las murallas, paseándose por los terrenos socavados y examinando con una curiosidad estúpida a los franceses y a los cadáveres que yacen en el suelo; coge las azules flores que en el valle abundan, forma con ellas un grueso ramo y vuélvese a su casa tapándose la nariz a causa del mal olor que infesta el aire. Se detiene junto a un montón de cadáveres y se queda mirando con atención a un horrible cuerpo sin cabeza que yace cerca de él. Se queda así un rato, se acerca más y toca con el pie el brazo extendido, rígido, del cadáver; el brazo se agita un poco, vuelve a empujarlo más fuerte y el brazo se agita de nuevo volviendo a su posición, el pilluelo lanza un grito, hunde su rostro en las flores y a toda prisa echa a correr hacia la fortaleza.

Sí, las banderas blancas flotan sobre las trincheras y los bastiones, el valle florido está sembrado de cadáveres, el bello sol se oculta en el mar azul y el mar se agita, brillando con sus rayos dorados. Miles de hombres se contemplan, se miran, hablan y se sonríen; y estos hombres son cristianos que profesan la misma gran ley de amor y de sacrificio y, sin embargo, al contemplar lo que les rodea no saben caer de rodillas ante Él que, habiéndoles dado la vida, puso en el alma de cada uno, con el miedo a la muerte, el amor al bien y a la belleza. ¡Cómo no se abrazan todos derramando lágrimas de alegría y de bondad como a verdaderos hermanos!… Las banderas blancas son arriadas, de nuevo silban por el aire los proyectiles llevando con ellos la muerte y el sufrimiento, vuelve a correr la sangre inocente y otra vez llenan el espacio los gemidos y las maldiciones de los hombres.

He ahí que ya he dicho lo que quería decir… Pero una duda penosa me contiene. Puede que no sea conveniente; puede que lo que digo ahora no sea una de esas grandes verdades que, ocultas inconscientemente dentro del alma de cada uno, no han de expresarse jamás, para que no se pierdan como se pierde la alegría producida por el vino.

¿Dónde está el mal que esta verdad evita? ¿Dónde está la expresión de la belleza que nos lleva a imitar? ¿Quién es el malhechor aquí y quién es el héroe? Todos son buenos y todos son malvados.

Ni Khaluguin, con su gran valor, valentía de gentil hombre, y con la ambición móvil de todos sus actos; ni Praskukhin, ser nulo e inofensivo, aunque ha muerto en el campo de batalla por la religión, el trono y la patria; ni Mikhailov, con su timidez; ni Pest, el hombre sin convicciones ni principios firmes; ninguno de estos puede ser tomado por el malhechor ni por el héroe de mi cuento… Lo que yo amo con toda mi alma y que trato de mostrar a los hombres con toda su infinita belleza, es aquello que siempre fue, es y será hermoso: la Verdad.

---

1. Nuestros soldados, durante la guerra con los turcos, se acostumbraron a los gritos de los enemigos y creyeron que los franceses también gritaban *¡Allah! Nota del autor.*

Sebastopol en agosto de 1855

I

Hacia fines de agosto, por la gran carretera que hay cerca de Sebastopol, entre Duvanka[1] y Bakhisarai, una carreta de oficial avanzaba al paso entre la densa y ardiente polvareda. Esta singular carreta me parece muy útil y cómoda pues es una intermediaria entre la *britchka* del comerciante judío, una carreta rusa y una canasta.

Dentro de la carreta iba acurrucado un asistente con traje de hilo y cubierto de una vieja gorra de oficial ya muy estropeada, y era el que guiaba; detrás de él, echado sobre la mochila y los fardos, cubierto con un capuchón de soldado, iba un oficial con capote de verano. Por lo que podía juzgarse a pesar de la posición en que estaba echado este oficial, era de muy delgado talle, pero era muy alto y robusto, su cuello y espaldas estaban muy desarrollados y fuertes. Lo que he llamado el talle, la cintura, en él no existía, vientre tampoco tenía, estaba muy flaco, sobre todo del rostro, cubierto de una palidez malsana, amarillenta. Su cara hubiera sido alegre sin una cierta hinchazón y unas arrugas blandas, no seniles, pero muy profundas que deformaban los rasgos de su rostro y daban a la expresión general una apariencia de inmensa vulgaridad. Sus ojos eran pequeños, oscuros, muy vivos y bastante desvergonzados, su bigote era muy espeso, pero no era largo, además, la barbilla y sobre todo los pómulos estaban cubiertos de un pelo fuerte, es-

peso, negro, por no haberse afeitado hacía algunos días. El oficial había sido herido el 10 de mayo por un casco de bomba en la cabeza, que llevaba vendada aún, y después de estar una semana en el hospital de Sunferopol, salió de él para incorporarse a su regimiento que estaría entonces por allá abajo, por donde se oían los cañonazos. Mas si estaba en Sebastopol, en Severnaia o en Inkerman, aún no había podido decírselo exactamente nadie.

Oíanse los cañonazos perfectamente, sobre todo cuando la montaña no les ofrecía obstáculo o cuando el viento, llevándolos en sus alas, los hacía oír más limpios, más frecuentes y más cercanos. Tan pronto eran como una explosión que hacía estremecer el aire y aun de mal grado os hacía temblar, tan pronto se oían los estampidos mucho menos fuertes, pareciendo más bien golpes de tambor interrumpidos por un rumor sordo, terrible; tan pronto se confundían en un estruendo retumbante, pareciendo un trueno, como cuando la tormenta llega a su plenitud, como cuando la lluvia cae con toda su furia. Todos comprendían y decían que el bombardeo debía ser terrible. El oficial daba prisa al asistente, deseaba evidentemente llegar lo más pronto posible; en diferente dirección cruzaban muchas carretas de campesinos rusos, que habiendo llevado aprovisionamientos a Sebastopol, volvían cargadas de soldados enfermos o heridos con capotes grises, marinos con capotes negros, voluntarios con gorra roja y veteranos con grandes barbas. La carreta del oficial tuvo que detenerse un momento, perdida entre la nube polvorienta levantada por unos furgones; el oficial, guiñando los ojos y frunciendo las cejas a causa de la polvoreda que le llenaba los ojos y los oídos, procuraba examinar los rostros de los enfermos y de los heridos que iban pasando por delante de él.

—¡Ved allí, enfermo, un soldado de nuestra compañía!—dijo el asistente volviéndose hacia su amo y señalándole un furgón lleno de heridos, que en aquel momento pasaba junto a ellos.

En el delantero de la carreta iba sentado de lado un campesino de luenga barba con sombrero de fieltro, y reteniendo con el codo el mango de su látigo, estaba atando una cuerda; detrás de él, dentro de la carreta, iban cinco soldados instalados como mejor habían podido.

Uno de ellos llevaba la mano vendada, el capote colgado a la espalda, sobre la camisa; estaba flaco y pálido e iba sentado bravamente en medio de la carreta; así que percibió al oficial, quiso quitarse el gorro, pero, acordándo-

se sin duda de que estaba herido, hizo solo ademán de rascarse la cabeza. Otro, al lado de este, estaba tendido en el fondo de la carreta, no se le veía más que las manos, que se agarraban al borde del vehículo y las rodillas dobladas balanceándose a todos lados con rítmico vaivén. El tercero, con el rostro hinchado, la cabeza envuelta con un vendaje sobre el cual llevaba puesto el gorro, iba sentado de lado, con las piernas colgantes hacia el camino y las manos apoyadas en las rodillas, pareciendo dormir. El oficial dirigiose precisamente a este último.

—Dalnikov,—gritó el oficial.

—Servidor,—respondió el soldado abriendo los ojos y quitándose el gorro. Su voz de bajo retumbó como si una veintena de soldados gritasen a la vez.

—¿Cuándo y cómo has sido herido, amigo?

Los ojos vidriosos e hinchados del soldado se animaron al reconocer a su oficial.

—Salud, Señoría,—murmuró con su voz de bajo profundo.

—¿Dónde has dejado el regimiento?

—Estábamos ahora en Sebastopol, mas debíamos salir de allí el miércoles, Señoría.

—¿Para dónde?

—No lo sé… Probablemente para Severnaia, Señoría,—añadió con voz lenta y poniéndose la gorra.—Han empezado a tirar sin tregua, sobre todo bombas, que alcanzan hasta la misma bahía… tanto tiran que está aquello horrible…

El oficial no entendía nada casi de lo que decía el soldado, mas por la expresión de su rostro y de su actitud, vio que había en él la cólera especial del hombre que sufre y que ha de decir cosas nada halagadoras.

El oficial que viajaba, el teniente Kozeltkov, era un hombre muy singular. No era de los que regulan su vida por los actos de los demás; hacía lo que le parecía mejor y dejaba a los otros en libertad de hacer lo que mejor les pareciese. Era hombre muy rico en pequeños conocimientos; cantaba, tocaba la guitarra, era buen hablador, escritor fácil, sobre todo en los papeles admi-

nistrativos, en cuyos trabajos se había ocupado siendo ayudante de campo del batallón. Pero en lo que su carácter sobresalía más, era en una gran dosis de amor propio que, si bien fundado en tener el nombre siempre limpio, era por cierto muy fuerte y muy marcado. Sentía esa especie de amor propio que llega a confundirse con la misma vida y que se desarrolla muy fácilmente en los círculos de hombres y sobre todo en los círculos militares, de modo que él no veía otra alternativa: O ser el primero o desaparecer. Su amor propio era el móvil de todas sus sensaciones y emociones, y de su comparación con los demás hombres, siempre sacaba la consecuencia de que él era el primero en todo.

—¡Cómo, pues! he podido escuchar pacientemente a ese gran barbudo—murmuró el teniente, sintiendo un gran malestar moral, una especie de atonía y de vaguedad en las ideas, suscitada por la vista de ese convoy de heridos y por las palabras del soldado, cuya importancia aumentaba el estampido del bombardeo.—*¡Es chusco ese barbudo!* ¡Va, Nikolaiev! ¡Adelante, pues! ¿Qué, te has dormido?—añadió sacudiendo un poco a su asistente y arreglándose los faldones del capote.

Las riendas se agitaron, Nikolaiev cerró los labios y la carreta rodó más rápidamente.

—No nos detendremos más que un momento para dar de comer al caballo, e inmediatamente, hoy mismo, volveremos a emprender la ruta,—dijo el oficial.

Ya dentro de una calle en la que se veían los restos ruinosos de unos muros de piedra y las casas derruidas de la aldea Duvanka, el teniente Kozeltkov se vio detenido por un convoy de bombas y balas de cañón que se dirigía a Sebastopol. Dos soldados de infantería sentados al borde de la carretera, llena de polvo, sobre las piedras de un cercado derruido, estaban comiendo sandía y pan.

—¿Vienes de lejos, quinto?—preguntó uno de ellos sin dejar de comer su pan, a un soldado que con un gran morral a la espalda se había detenido allí cerca.

—Vengo del pueblo para incorporarme a mi compañía,—respondió aquel lanzando una furtiva mirada a la sandía y arreglándose el morral.—Hace cerca de tres semanas que estoy propuesto para guardar el heno de la com-

pañía, y desde entonces que andamos así sin saber dónde se encuentra al presente nuestro regimiento; alguien nos ha dicho que la semana pasada los nuestros habían llegado a Kirabelnaia… ¿Podríais vosotros decirme algo de ello, camaradas?

—Está en la ciudad,—contestó un viejo soldado mientras cortaba con su cuchillo una tajada de sandía, aún no bien madura.—Allí he estado por la tarde. ¡Ah! ¡qué horror, hermano!

—Pues, ¿qué hay, camaradas?

—¿No lo oyes? Pues que ahora el enemigo hace fuego por todos lados, no hay ni el más pequeño sitio que se libre de él. ¡Cuántos han muerto de los nuestros! ¡Es espantoso solamente pensarlo!

Y el que así hablaba hizo un gesto de descorazonamiento y encasquetose el gorro.

El soldado que iba de camino hizo una mueca, bajando pensativo la cabeza, chasqueó con la lengua, sacó de sus botas una pipa sin poner nuevo tabaco en ella removió el que había dentro y encendió un pedazo de yesca con el cigarro que fumaba uno de los soldados, a quien dio las gracias quitándose el gorro.

—¡Solo Dios es dueño de todo, camaradas! ¡Adiós!—dijo luego de haber encendido, y arreglándose el morral a la espalda, prosiguió su camino.

—Procura hallar a tu regimiento,—dijo con aplomo el que cortaba la sandía.

—¡Lo haré así!—murmuró el quinto, enfilando las rodadas practicadas por los carromatos.

II

La posada estaba llena de toda clase de gente cuando Kozeltkov llegó. La primera persona que vio en el dintel de la puerta fue a un hombre, flaco y

muy joven; era el dueño de las postas, que iba querellándose con dos oficiales que le seguían.

—¡Entended bien, no son tres jornadas sino diez! ¡Los mismos generales se esperan, querido!—decía el posadero con el deseo de picar a los militares.—Y yo no me desesperaré de ningún modo por vos.

—Entonces no dar caballos a nadie, pues ¡no los hay!… Mas ¿por qué haberlos dado a un criado cualquiera, con los bagajes?—gritó el más viejo de los oficiales que tenía un vaso de té en la mano, evitando el uso del pronombre y dejando comprender que trataría muy fácilmente de *tú* al dueño del parador.

—Juzgad vos mismo, señor maestro de postas,—dijo con excitación el otro oficial, más joven.—No es seguramente por nuestro gusto que queremos partir, es que hacemos mucha falta a donde vamos y por esto os decimos… De otro modo, lo diré, ciertamente, al general; ¿qué os habéis creído? ¿Es que no apreciáis en nada el grado de capitán?

—Siempre lo echáis todo a perder,—interrumpiole con despecho el otro. —Lo echáis a perder, ¡he aquí todo! Es necesario saber hablar; vedlo, nos ha perdido ya todo respeto… ¡Dos caballos inmediatamente!

El maestro de postas se calló un momento, pues de pronto se inmutó; pero volvió a su serenidad y gesticulando dijo:

—Pero, mi *padrecito*, yo lo comprendo y lo sé todo; mas, ¿qué puedo hacer? Ved… dejadme solamente,—una esperanza iluminó los semblantes de los oficiales,—dejadme solamente… esperar hasta fin de mes y me marcharé lejos. Prefiero ir mil veces a la cárcel de Malakof que continuar aquí; lo juro. Que hagan de mí lo que quieran… En toda la posada no hay una sola carreta en buen estado y desde hace tres días los caballos no han visto ni una brizna de heno.

Y el posadero desapareció por la puerta cochera del parador. Kozeltkov entró en el aposento con los oficiales.

—¡Qué!—dijo al más joven el más viejo de los dos, ya del todo calmado, aun cuando un segundo antes parecía extremadamente colérico.—Estamos en camino desde hace tres meses; esperemos aún, no es esto ningún mal. Un día u otro llegaremos.

La sala sucia, ahumada, estaba llena de oficiales y de maletas y trastos de todas clases, de modo que a duras penas pudo Kozeltkov hacerse sitio sobre el alféizar de la ventana donde se sentó. Mirando con atención a todos y escuchando las conversaciones de todos, púsose a liar un cigarrillo. A la derecha de la puerta y alrededor de una mesa derrengada y grasienta, sobre la cual había dos teteras de cobre, vasos y terrones de azúcar envueltos en un papel, estaba sentado el grupo principal. Un joven oficial imberbe, con uniforme muy nuevo, bordado, echaba agua en una de las teteras. Cuatro oficiales de la misma clase se hallaban en distintos puntos de la sala. Uno de ellos con un capote arrollado debajo de la cabeza dormía sobre el diván. Otro, de pie cerca de la mesa, cortaba un pedazo de carnero para un oficial que tenía solo un brazo y estaba sentado a la mesa. Dos oficiales, el uno con capa de ayudante de campo y el otro con uniforme de infantería, muy fino, la mochila echada a la espalda, estaban sentados en un banco; a la sazón contemplaban a los demás, y mientras el oficial que iba con la mochila fumaba un cigarro, hacíase cargo de que entre los oficiales de infantería no los había de mucho grado y de que todos ellos estaban muy contentos. Esto no le hizo sentir menosprecio alguno hacia ellos, pero sí una tranquilidad y una satisfacción grandes, pensando de una parte en el dinero que guardaba y de otra en las relaciones que sostenía con varios generales. Esta era la conciencia de su superioridad, que deseaba disimular.

Había además un joven médico, de labios gruesos, y un artillero de fisonomía alemana; los dos estaban sentados, casi sobre las piernas del joven oficial que dormía sobre el diván, contando dinero. Cuatro asistentes, iban los unos soñolientos y los otros arrastrando maletas y sacos hacia la puerta.

Entre tantas personas, Kozeltkov no halló ni un solo conocido, mas a pesar de esto púsose a escuchar las conversaciones de todos. Los jóvenes oficiales que, según él, no había por qué mirarlos, acababan de terminar sus estudios y, sin embargo, sentía simpatía por ellos, pues le recordaban que su hermano recién salido del Cuerpo de Cadetes, debía llegar de un día a otro con uno de los batallones de Sebastopol. En cuanto al oficial que llevaba mochila y del que solo había visto parte del rostro, al verle de cerca le pareció repugnante y vulgar. Con la idea de salir airoso si acaso decía algo, se fue de la ventana al banco, en donde tomó asiento. En general, Kozeltkov no quería mucho a los oficiales de Estado Mayor, a cuya clase, al primer

momento, había visto ya que pertenecían los dos oficiales que entraron con él.

III

—Lo que es yo, estoy muy disgustado por tardar tanto en llegar,—dijo uno de los jóvenes oficiales.—Hoy mismo puede librarse un combate y nosotros no estaremos allí.

En el sonido de la voz y en el juvenil rubor que cubrió el rostro del oficial que acababa de hablar, descubríase esa encantadora timidez del hombre que cree siempre no estar correcto.

El oficial sin brazo le miró sonriendo.

—Ya os quedará tiempo… creedme a mí,—díjole.

El joven oficial miró con respeto el rostro enflaquecido de su interlocutor, quien mientras tanto no dejó de sonreír. Callose y de nuevo se ocupó de su té. En efecto, en el rostro del oficial manco, en su actitud y sobre todo en la manga vacía de su capote se traslucía esa grande y tranquila indiferencia del hombre que se ha visto en los más grandes dolores de la vida.

—¿Qué decidimos, pues?—interrogó de nuevo el más joven de los oficiales a su camarada, que llevaba puesto un *arkhaluk*[2].—¿Dormimos aquí o vamos más lejos con nuestro único caballo?

Su camarada se negó a partir.

—Ya lo veis, capitán,—continuó, mientras ponía más té al oficial manco y recogía el cuchillo que este había dejado caer,—nos han dicho que los caballos están horriblemente caros en Sebastopol y por eso hemos comprado, en común, uno en Sunferopol.

—Creo que habéis hecho muy bien, amigo.

—Verdaderamente no lo sé, capitán; hemos pagado por el caballo y la carreta 90 rublos. ¿Es muy caro?—añadió, dirigiéndose a todos y a Kozeltkov que le miraba.

—No es caro, si el caballo es joven,—respondió este último.

—No lo es. Pero nos han dicho que es bueno… Solamente es algo cojo, mas ya se le pasará; el que nos lo ha vendido nos ha dicho que es muy fuerte.

—¿A qué cuerpo pertenecéis?—le preguntó Kozeltkov, que deseaba saber algo de su hermano.

—Por ahora pertenecemos al regimiento de la nobleza, somos seis que vamos a Sebastopol por nuestra propia voluntad,—dijo el joven oficial hablador.—Solamente que no sabemos dónde están situadas nuestras baterías, algunos nos dicen que en Sebastopol y otros que en Odesa.

—¿En Sunferopol no pudieron daros pormenores?—preguntó Kozeltkov.

—Tampoco lo sabían… ¿Lo creeréis, noble camarada?… He ido a la Cancillería y les he llenado de injurias. No podéis imaginaros lo que tiene esto de desagradable… ¿Queréis un cigarrillo ya hecho?—dijo dirigiéndose al oficial manco que hacía ademán de sacar su petaca, y diole el cigarro con cariñosa diligencia.—¿Habéis estado también en Sebastopol?—continuó.—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Es cosa admirable! ¡Es asombroso! ¡Nosotros todos, en San Petersburgo soñábamos en vosotros, los héroes!—exclamó dirigiéndose a Kozeltkov con respeto y amabilidad.

—¿Cómo, pues, os lo arreglaréis si no dais con el regimiento?—preguntó el teniente.

—He ahí precisamente lo que no sabemos. Pensad que hemos comprado el caballo y para ello nos hemos privado de lo necesario: café, aguardiente y aun de diferentes pequeñas cositas… y que apenas nos queda dinero: de suerte que si tenemos que volvernos, no sé cómo ni de qué manera nos lo arreglaremos,—prosiguió en voz baja y volviéndose hacia su camarada.

—¿No habéis, pues, recibido la paga de viaje?—preguntó Kozeltkov.

—No,—murmuró el joven oficial.—Nos prometieron remitírnosla aquí.

—¿Tenéis el certificado?

—Ya sé que el certificado es lo principal; pero en Moscova, un senador que es tío mío, me dijo que nos lo darían aquí, pues de otro modo me lo habría dado él mismo. ¿Quizás nos lo den allá abajo?

—Seguramente.

—También yo creo lo mismo,—respondió el oficial en tono que probaba que la misma respuesta le habían dado en las treinta paradas en que se había detenido y que por lo tanto ya no tenía confianza ninguna.

IV

—¿Quién ha pedido la *borstch*[3]?—preguntó la dueña del albergue, una gruesa mujer de unos cuarenta años, bastante sucia, entrando en la sala con una gran cazuela humeante.

La conversación cesó como por encanto, y todos los presentes fijaron sus miradas en la mesonera. Un oficial, guiñando los ojos, mostrábala a otro.

—¡Ah! ¡Es Kozeltkov quien la ha pedido!—exclamó el joven oficial.—Despierta, anda, levántate, que vamos a comer,—dijo al que dormía, sacudiéndole por la espalda.

Un joven de diecisiete años, con hermosos ojos negros y rosadas mejillas, saltó vivamente del diván y frotándose los ojos se plantó en mitad de la sala.

—¡Ah! ¡Perdonadme, os lo ruego!—dijo al médico, a quien sin querer había empujado.

El teniente Kozeltkov reconoció inmediatamente en él a su hermano y acercándosele le dijo sonriendo:

—¿Ya no me conoces?

—¡Ah! ¡Ah! ¡Qué sorpresa!—exclamó el cadete abrazando a su hermano.

Abrazáronse tres veces, mas de pronto detuviéronse como si esta misma idea se les hubiera ocurrido a los dos: «¿Por qué nos hemos tenido que abrazar tres veces?»

—¡Qué contento estoy!—exclamó el mayor examinando a su hermano.—Ven afuera, allí hablaremos.

—¡Vaya, vaya!… Ya no quiero la *borstch*. Cómetela tú, Federson,—dijo a uno de sus camaradas.

—Pero tú la habías pedido.

—Ya no quiero nada.

Una vez fuera, el cadete preguntó a su hermano:

—Y bien, ¿cómo te encuentras? Cuenta,—y sin cesar de hablar le repetía que él estaba muy contento de volverle a ver, pero sin explicarle nada de particular.

Después de cinco minutos, durante los cuales no cesaron de hablar a la vez, el mayor preguntó a su hermano por qué no había ingresado en la Guardia, como todos creían.

—¡Ah! porque quise venir enseguida a Sebastopol. Si todo marcha bien, aquí puedo adelantar mucho más que en la Guardia. Allí se llega a coronel después de diez años de servicio, y aquí Totleben, después de dos años de teniente coronel, ha sido ya ascendido a general… Y si uno muere… ¡bah! ¿qué le vamos a hacer?

—¡Siempre serás el mismo!—respondió su hermano sonriendo.

—Es lo principal, créelo, hermano,—dijo el cadete sonriéndose y ruborizándose como si fuese a decir algo muy importante.—Ya lo sé, pero no me gustaba vivir en San Petersburgo, cuando aquí uno puede morir por la patria, y además, quería estar cerca de ti,—añadió con cierto temor.

—¡Qué gracioso eres!—contestó el otro, tirando su boquilla y sin mirarle.

—El mal está solamente en que no estaré contigo, me parece. Mas, dime la verdad: ¿Es tan terrible como dicen estar en el bastión?—preguntó de golpe el cadete.

—Al principio, sí; pero después ya uno se acostumbra. Aquello no es nada, ya lo verás tú mismo.

—Dime aún, ¿qué piensas tú, tomarán Sebastopol? Yo creo que no podrán jamás.

—Dios lo sabe.

—Una cosa me tiene muy enojado… mira si puedes imaginarte daño peor. Durante el camino hemos perdido un gran saco en donde tenía mi casco, de suerte que me encuentro ahora en mala situación, pues no sé de qué modo presentarme.

Valdimiro Kozeltkov, segundo de la familia, se parecía mucho a su hermano Miguel, pero con la semejanza de una rosa que se abre a otra que se marchita. Tenía los cabellos muy finos, signo de bondad, según dicen las nodrizas. En su rostro dulce y blanco el rubor juvenil no era constante, más aparecía a veces en trazos vigorosos, mostrando los sentimientos del alma; tenía los mismos ojos de su hermano, pero más grandes, más claros o lo parecían a lo menos, por tenerlos siempre humedecidos. Un finísimo vello rubio sombreaba sus mejillas y sus rojos labios, que se entreabrían con una graciosa sonrisa, descubriendo unos dientes blancos y brillantes. De talle elegante, ancho de espaldas, con su capa desabrochada bajo la cual se le veía su camisa roja, abotonada a un lado, un cigarro en la mano, apoyado en la baranda de la escalera, la alegría ingenua en el rostro y en los gestos, tal como estaba delante de su hermano era un mozo lindo y agradable, cuya contemplación alegraba el alma. Estaba muy contento de ver a su hermano, a quien miraba con respeto y orgullo, representándosele como un héroe; a pesar de esto, en ciertos aspectos, precisamente desde el punto de vista mundano, como el saber hablar en francés, presentarse en sociedad de personas importantes, bailar, etc., se sentía un poco avergonzado de su hermano y se creía superior a él; así, pues, se propuso instruirle, si le fuese posible. Todas esas perfecciones las había adquirido en San Petersburgo, en casa de una dama que quería mucho al lindo mozo, a quien invitaba a las fiestas que celebraba en su casa, y en la del senador de Moscova, en donde una vez había tomado parte en un baile de personas mayores.

V

Después de haber hablado hasta la saciedad y de dar rienda suelta a los sentimientos producidos por su encuentro, los dos hermanos se callaron un momento, hasta que el primogénito dijo:

—Entonces, toma tus bagajes y partamos enseguida.

El cadete enrojeció de súbito y se detuvo asombrado.

—¿Partir enseguida? ¿Partir derechamente a Sebastopol?—exclamó tras un momento de silencio.

—¿Por qué no? No creo que tengas muchas cosas que embalar?

—Bueno. Partamos, pues, enseguida,—dijo el cadete suspirando y dirigiéndose a la sala. Mas sin abrir la puerta detúvose en el vestíbulo y, bajando tristemente la cabeza, púsose a reflexionar: «Marchar enseguida derechamente a Sebastopol, bajo las bombas… ¡Esto es horroroso! Tanto sería ir un día como otro… Mientras tanto, a lo menos estaría aquí con mi hermano…»

Nada más que al pensar en instalarse en la carreta y sin salir de ella llegar a Sebastopol, sin que ningún azar pudiese retardar la llegada, se le figuraba a él que era ir en busca del peligro, y se sentía confuso a la sola idea de su inminencia. Calmado ya, bien que mal, entró en la sala; un cuarto de hora transcurrió sin volver a donde estaba su hermano, hasta que este cansado de esperarle se decidió a abrir la puerta para llamarle. El joven Kozeltkov, en la actitud de un estudiante que se siente culpable, hablaba con el oficial P… Cuando su hermano abrió la puerta y le llamó quedose todo turbado.

—Enseguida, enseguida, vengo al instante,—contestó a su hermano haciéndole un signo con la mano.—Espérame un poco allí fuera, te lo ruego.

En efecto, un minuto después salió y lanzando un profundo suspiro se llegó a su hermano.

—Yo no puedo partir contigo, hermano.

—¿Cómo? ¡Qué tontería!

—Yo te diré la verdad, Micka. No tengo ningún dinero y debo una cantidad al capitán ayudante que has visto allí dentro. ¡Y esto es vergonzoso!

El hermano mayor frunció las cejas y durante un buen rato no rompió el silencio.

—¿Debes mucho?—le preguntó mirándole a hurtadillas.

—Mucho…, no, no mucho; pero esto es muy penoso. En las últimas tres paradas él ha pagado por mí y además me he servido de su azúcar, de suerte que no lo sé de cierto; además hemos jugado una partidita, creo que le deberé muy poco.

—¡Esto está mal, Volodia! ¿Qué habrías acabado por hacer si no llegas a encontrarme?—dijo el mayor sin mirarle.

—Hermano, creo que recibiré las pagas de ruta en Sebastopol y le pagaré entonces. Así pienso hacerlo y creo será lo mejor. Mañana partiré con él.

El mayor sacó su bolsa y temblándole los dedos sacó dos billetes de diez rublos y uno de tres.

—Es todo lo que hay,—dijo.—¿Cuánto debes?

Diciendo que ese era todo su haber, Kozeltkov no decía exactamente la verdad: tenía aún cuatro piezas de oro cosidas en sus ropas, mas se había prometido no tocarlas por nada de este mundo.

Volodia, comprendidas sus pérdidas y el azúcar, debía en junto ocho rublos. El hermano mayor se los dio, haciéndole notar solamente que no debía haber jugado ni una sola vez no teniendo dinero.

—¿Cómo has perdido tanto?

El cadete no respondió… Las palabras de su hermano le parecían encerrar una duda de su probidad. El despecho contra sí mismo, la vergüenza de un acto que pudo hacer nacer tal sospecha y el ultraje que le hacía su hermano a quien él amaba tanto, todo esto produjo en su natural impresionable un sentimiento tan vivo, tan doloroso que no supo ni pudo contestar nada. Conociendo que no podría retener las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos, tomó el dinero sin mirarlo y se fue a encontrar a sus camaradas.

VI

Nikolaiev, que se había fortalecido en Duvanka con dos vasos de aguardiente comprados a un soldado que lo vendía en el puente, sacudió las riendas y la carreta saltó por la pedregosa carretera, sombreada por los grandes árboles que se alinean a los lados, que conduce desde Belbek a Sebastopol; ambos hermanos sentados uno junto al otro, a pesar de que pensaban los dos en lo mismo, se mantenían obstinadamente callados.

«¿Por qué me ha ofendido?» pensaba el cadete. «¿No podía evitarse el hablarme de aquel modo? Cualquiera hubiera dicho que me había tomado por un estafador; y guarda su aire de enfadado, de suerte que tenemos enfado para días, pues yo también lo estoy. ¡Cómo podremos estar bien en Sebastopol! Dos hermanos que se quieren, los dos combatiendo al enemigo; el mayor es un soldado valeroso, bien que no muy instruido; el otro es joven… mas también muy valiente… Dentro de una semana yo les demostraré a todos que ya no soy un niño. No quiero ruborizarme más. Mi cara respirará valor y mi bigote crecerá», y estirose el finísimo vello que sombreaba sus labios. «Quizás llegaremos hoy mismo y nos encontraremos en pleno combate. Debe ser muy tenaz y muy intrépido mi hermano, debe ser uno de esos que hablan poco y obran mucho más y mejor que los otros. Desearía saber si lo ha hecho *ex profeso* o no el hacerme sentar al borde de la carreta. Quizás conoce que estoy desasosegado y finge no verlo. Seguramente llegaremos hoy mismo», continuó examinando el camino, y agarrándose al borde de la carreta y tratando de moverse para no dejar ver a su hermano la inquietud que le dominaba. «Enseguida derechamente al bastión… con mis armas; mi hermano mandando la compañía, y yo con él. Si se acercan los franceses, yo tiraré… tiraré y mataré a muchos, mas cuando ellos corran derechamente a mí… entonces ya no podré tirar, sin duda alguna; pero de ningún modo huiré… Solamente, entonces, mi hermano se adelantará con su sable, yo cogeré un fusil y los dos correremos hacia los soldados… Los franceses se echan sobre mi hermano, acudo a socorrerle, mato a un francés, luego a otro… y salvo a mi hermano. Me hieren en un brazo, cojo el fusil con la otra mano y sigo corriendo. Cerca de mí una bala mata a mi hermano, me detengo un momento, le miro tristemente y grito: "¡Seguidme a

mí! ¡Venguémonos! Yo quería a mi hermano más que al mundo entero, y lo he perdido. ¡Venguémosle, aniquilemos al enemigo o muramos todos aquí!" Todos correrán entonces y me seguirán… Allí morirá todo el ejército de la Francia… a todos les aplastaremos. Mas al fin me hieren una segunda, una tercera vez y caigo herido de muerte. Entonces todos corren hacia mí, el general Gortchakov vendrá también y me preguntará qué es lo que deseo, y yo le contestaré que nada, salvo que me lleven al lado de mi hermano, pues quiero morir junto a él. Él me lo concederá y me hará poner cerca del cadáver ensangrentado de mi hermano… entonces me levantaré y diré solamente: "Sí, vosotros no habéis sabido apreciar como era debido a dos hombres que amaban verdaderamente a su patria; ya veis, los dos hemos caído al fin, ¡que Dios os perdone!…" Entonces moriré».

¿Quién sabe hasta qué punto podrían realizarse estos ensueños?

—Dime, ¿has estado alguna vez en alguna refriega?—preguntó de pronto a su hermano, olvidando su propósito de no dirigirle la palabra.

—No una sola vez,—respondió el primogénito.—Nuestro regimiento ha perdido más de dos mil hombres, con todos sus trabajos de defensa. Yo mismo he sido herido una vez… La guerra no se hace como tú piensas, Volodia.

Al oírse llamar «Volodia» se enterneció el cadete. Quiso explicarse con su hermano, quien no creía del todo haberle ofendido.

—¿No estás enfadado conmigo, Micka?—dijo después de un minuto de silencio.

—¿Por qué?

—A causa de lo que ha habido, vamos.

—De ningún modo,—respondió el mayor volviéndose hacia él y golpeándole suavemente la pierna.

—Entonces, ¿me perdonas, Micka, si es que te haya disgustado?

Y el joven cadete se volvió para ocultar las lágrimas que súbitamente se agolparon a sus ojos.

VII

—¿Estamos ya en Sebastopol?—preguntó el cadete cuando hubieron dejado atrás la montaña.

Ante ellos se abría la ancha bahía, de cuyas aguas se veía surgir los palos de los buques, con la flota enemiga distinguiéndose a lo lejos, las grandes baterías junto al mar, los cuarteles, los acueductos, los *docks*, los edificios de la ciudad y las nubecillas blanco-azuladas de las chimeneas, que se elevaban sin cesar hacia las hermosísimas montañas que rodean la población, deteniéndose en el cielo azul entre los rosados rayos del sol que se reflejan en las olas y van a perderse en el lejano horizonte del sombrío mar.

Volodia contemplaba sin la menor emoción este paraje terrible, en el cual tanto había soñado: al contrario, lo veía con placer estético y con sentimiento heroico de satisfacción, pensando que dentro de media hora él estaría allí y vería de cerca aquel espectáculo verdaderamente admirable y original con atención concentrada. Al poco rato llegaron a Severnaia, en donde estaban los bagajes del regimiento de su hermano y en donde debían tomar las señas del sitio en que estaba su regimiento y la batería.

El oficial que mandaba el tren de bagajes estaba cerca del sitio nombrado «la ciudad pequeña» compuesta de barracas de madera construidas por los marineros. Vivía en una tienda de campaña adjunta a un tinglado muy vasto hecho de ramas de roble casi tiernas.

Los hermanos encontraron al oficial sentado frente a una sucia mesa en la cual había un vaso de té frío, un plato con aguardiente, granos de caviar y pan. El oficial iba vestido con solo una camisa amarilla sucia y estaba contando sobre un banco un gran fajo de billetes de banco. Mas, antes de hablar de la persona de este oficial y de su conversación, es necesario examinar el interior del tinglado y conocer un poco sus anejos y para lo que servía todo aquello.

El tinglado era muy vasto, había en él pequeñas mesas y mullidos bancos construidos expresamente para sentarse los generales y jefes de los regimientos. Para que las hojas de las ramas no cayeran en el interior de la tien-

da del oficial, los lados y el techo estaban cubiertos con grandes tapices bastante feos, pero muy nuevos y probablemente muy caros. Sobre el lecho de hierro emplazado a lo largo del tapiz principal, adornado con la figura de una hermosa amazona, estaba echado un cobertor de terciopelo rojo, una almohada sucia, un espejo encuadrado en marco de plata, un peine de cuerno lleno de cabellos grasientos, una palmatoria de metal, una botella de licor con una marca dorada, un reloj de oro adornado con un retrato de Pedro I, dos plumas de oro, un pequeño frasco con dos cápsulas, un trozo de pan, un juego de naipes usado y debajo de la cama algunas botellas vacías o llenas. El oficial de que hablamos tenía a su cargo los convoyes del regimiento y los forrajes. Con él vivía un gran amigo suyo, un comisionista que se ocupaba de las compras. Cuando los hermanos entraron, este estaba durmiendo bajo la tienda y el oficial del convoy sacaba las cuentas del dinero del Estado para fin de mes. El aspecto del oficial era simpático; de gran talla, grandes bigotes y buena corpulencia, tenía solamente de desagradable su respiración fatigosa y la hinchazón de su rostro, que casi cubría sus pequeños ojos grises, como si la cara estuviese toda impregnada de *porter*, y un desaseo extraordinario se observaba en toda su persona, con sus cabellos escasos y grasientos y luego sus pies largos y desnudos calzados con unas pantuflas forradas de armiño.

—¡Cuánto dinero! ¡Cuánto dinero!—exclamó Kozeltkov el mayor, al entrar en la tienda y con avidez inconsciente fijó los ojos sobre el fajo de billetes.—¡Si a lo menos me prestarais la mitad, Vasili Mikhailovitch!

Al ver a su visitante, el oficial del almacén, disimuladamente, recogió el dinero y saludó sin levantarse.

—¡Ah! ¡Si fuera mío! ¡Este es dinero del Estado, querido!… ¿Quién es ese que va con vos?—dijo metiendo el dinero en una cajita que tenía al lado y mirando a Volodia.

—Este es mi hermano, acaba de salir de la Escuela y hemos venido aquí para saber dónde está alojado nuestro regimiento.

—Sentaos, señores,—dijo levantándose y, sin prestar mayor atención a los recién llegados, fuese adentro.—¿Queréis beber algo? ¿Quizás tomaríais un poco de *porter*?

—No vendría mal, Vasili Mikhailovitch.

Volodia estaba admirado del orgullo que manifestaba el oficial del almacén, de sus maneras negligentes y del respeto con que su hermano dirigíase a él.

«Este es probablemente un excelente oficial, a quien todos respetan; debe ser muy sencillo, muy hospitalario y valiente», pensaba mientras se sentaba con timidez en el diván.

—Pues, ¿dónde está nuestro regimiento?—preguntó gritando hacia dentro el hermano mayor.

—¿Qué?

Y repitió la pregunta otra vez.

—Zeifer ha estado hoy aquí y me ha dicho que ha pasado al cuarto bastión.

—¿Es esto cierto?

—Cuanto yo digo es cierto. En realidad… el diablo lo sabe, y este poco cuida de no mentir. Y bien, ¡qué! ¿Beberéis un poco de *porter*?—dijo el oficial desde dentro de la tienda.

—Si os place beberé un poco,—respondió Kozeltkov.

—Y vos, beberéis, Ossip Ignatievitch,—añadió la voz dentro de la tienda, dirigiéndose probablemente al comisionista.—Basta de dormir, ya han dado las cuatro.

—¿Qué es lo que decís? Yo no duermo,—respondió una voz agria e indolente.

—Y bien, levantaos, ya sabéis que me aburro si no os tengo a mi lado.

El oficial se reunió con sus huéspedes.

—¡Trae el *porter* de Sunferopol!—gritó.

El asistente, de semblante fiero, así a lo menos se lo pareció a Volodia, entró en la tienda y dando empellones a todo el mundo, dejó el *porter* sobre el banco.

Vaciaron entre todos la botella y la conversación continuó todavía algún tiempo en el mismo tono, cuando la cortina de la tienda se apartó dando paso a un hombre no muy alto, hosco, en traje de dormir azul rayadillo y

una gorra con cinta roja y adornada con una escarapela. Se presentó retorciéndose el pequeño bigote negro y mirando hacia lo alto del gran tapiz; con un movimiento de hombros apenas perceptible, respondió al saludo de los dos oficiales.

—Yo beberé también un poco,—dijo instalándose cerca de la mesa.—Y bien, joven, ¿venís de San Petersburgo?—preguntó amablemente a Volodia.

—Sí, y ahora voy a Sebastopol.

—¿Lo habéis pedido vos mismo?

—Yo mismo.

—¿Y para qué? Señores, yo no lo comprendo,—continuó el comisionista.—Por mi parte, de buena gana me iría, aunque fuera a pie, a San Petersburgo, si me dejaran. Os juro que estoy harto de esa maldita vida.

—¿De qué podéis quejaros aquí?—exclamó el primogénito de los Kozeltkov,—¡vuestra vida es envidiable!

El comisionista le miró y continuó dirigiéndose a Volodia.

—Los peligros, las privaciones es lo único que aquí podéis encontrar; ¿qué es, pues, lo que buscáis, señores? Yo no lo comprendo. Si a lo menos hubiera ventajas; mas, como veis, no las hay; pues bien, si a vuestra edad quedarais inútil para toda la vida, ¿estaríais contento?

—Hay quien busca solo el dinero; pero otros sirven a la patria solo por el honor,—dijo con despecho el mayor de los Kozeltkov.

—Valiente honor cuando no hay nada que comer,—dijo riendo con menosprecio el comisionista y dirigiéndose al oficial de almacén, que también se reía, le dijo señalando la caja de música.—Toca alguna cosa de *Lucie*, me gusta mucho; nosotros te escucharemos con placer.

—¡Vaya! ¡Es un buen hombre este Vasili Mikhailovitch!—dijo Volodia a su hermano, cuando, ya anochecido, salieron del cobertizo en dirección a Sebastopol.

—Tal cual, solo que es horriblemente avaro. En cuanto al comisionista, a este no le puedo ver, cualquier día le voy a pegar.

VIII

No puede decirse que Volodia estuviese de mal humor, pero sentía en su corazón una opresión muy fuerte, cuando cercana ya la noche llegaron al gran puente echado sobre la bahía. Todo lo que había visto y oído estaba muy en contradicción con sus impresiones pasadas y todavía recientes; la gran sala, clara y alegre, de los exámenes, las suaves voces juveniles y las risas de sus camaradas, el uniforme nuevo, el zar amado, a quien se había habituado a ver durante siete años y quien al decirles *adiós*, con las lágrimas en los ojos, les había llamado: *¡Hijos míos!*… Y ahora todo lo que veía se parecía muy poco a sus ensueños, atrayentes y bellos como el arco iris.

—Ya lo ves, al fin hemos llegado,—dijo el primogénito descendiendo del coche, así que llegaron a la batería Mikhailovskaia.—Si nos dejan atravesar el puente, marcharemos enseguida a los cuarteles de Nicolás. Tú te quedarás allí hasta la madrugada y yo iré al regimiento para saber dónde está nuestra batería, y mañana vendré a buscarte.

—¿Por qué? Vayamos los dos,—dijo Volodia.—Prefiero ir contigo al bastión. Es necesario acostumbrarse, si tú vas yo también quiero ir.

—Sería mejor que no vinieras.

—No, te lo ruego, a lo menos veré…

—Te aconsejo que no vengas, mas si tanto insistes…

El cielo estaba sereno y oscuro; las estrellas, las lucesitas de las bombas cruzando el espacio sin cesar, lo mismo que los fogonazos de las descargas, brillaban intensamente en la oscuridad. La gran construcción blancuzca de la batería y el arranque del puente se destacaban en la sombra. A cada segundo los estampidos del cañón y de los explosivos se seguían rápidamente el uno al otro, haciendo conmover las ondas etéreas en toda su profundidad; al través de esos sordos ruidos se oía, formando como su acompañamiento, el batir de las olas en la bahía. Un leve vientecillo soplaba del lado del mar impregnado de las brisas marinas. Los hermanos se acercaban al puente, y a su entrada un miliciano manejando poco diestramente el fusil, gritó:

—¡Quién vive!

—¡Soldados!

—No se pasa.

—¿Cómo lo arreglamos, pues?…

—Llamad al oficial.

El oficial dormitaba sentado sobre un áncora. Al oír las voces se levantó y dio orden de dejarles pasar.

—Puede irse a dentro, pero no se puede salir; ¡dónde diablos os habéis metido!—gritó el oficial de guardia a los carruajes del regimiento que chocaban unos con otros a la entrada del puente.

Al cruzar el primer pontón, los dos hermanos se cruzaron con varios soldados que conversaban en alta voz, de este modo:

—Si ha recibido el dinero del equipo, entonces su cuenta está en regla, pues ya lo tiene todo.

—¡Eh! hermanos,—decía otro en alta voz.—Cuando se viene de Severnaia, se ven ya esas lucesitas y se respira un aire…

—¡Diantre!—dijo el primero.—Ahora mismo, allá abajo, acaba de caer, ¡maldita!… y ha arrancado las piernas a dos marinos. Sí…

Los hermanos, después del primer pontón, viendo venir un coche, se detuvieron en el segundo, que en aquel momento el agua invadía ya. El viento, que en tierra parecía muy débil, era allí más fuerte y soplaba a grandes ráfagas. El puente oscilaba, las olas golpeaban las maderas sordamente y rompiendo por encima de las anclas y los cordajes invadían la tablazón. A la derecha, el mar brumoso, hostil, sombrío, se recortaba en la línea infinita e igualmente sombría del horizonte gris claro; a lo lejos, los fuegos alumbraban la flota enemiga; a la izquierda distinguíase la masa negra de nuestros bajeles y se oía el romper de las olas sobre sus costados: veíase una barca que se alejaba con gran ruido y rápidamente de Severnaia. El fuego de la bomba que estalló cerca de ella, iluminó por un instante los gaviones puestos en lo alto de la barca, destacando las sombras de dos hombres que se hallaban allí sobre la blanca espuma de las olas tremendas, rizadas por la estela de la barca. En el borde del puente estaba sentado, con las piernas col-

gando en el agua, un hombre en camisa que reparaba o arreglaba algo en el pontón. Enfrente, sobre Sebastopol, se levantaban al espacio las lucesitas de las bombas, oyéndose cada vez más fuertes los espantosos estampidos del cañón. Las olas, que aumentaban de volumen, caían al lado derecho del puente y mojaban los pies de Volodia; dos soldados andando con los pies en el agua pasaron por su lado. De repente, algo estalló y alumbró momentáneamente el puente, en donde viose un coche y un hombre a caballo, y los cascos de la bomba silbando cayeron en el mar y proyectaron el agua en torno suyo.

—¡Ah! Mikhail Seminovitch,—dijo el caballero deteniendo su caballo frente al primogénito de los Kozeltkov.—¡Qué! ¿Estáis ya del todo curado?

—Ya podéis ver; pero, Dios mío, ¿a dónde vais?

—A Severnaia, a buscar cartuchos. Reemplazo hoy al ayudante de campo del regimiento. Esperamos el asalto de un momento a otro.

—¿Dónde está Marzov?

—Ayer se le llevaron la pierna… En la ciudad… dormía ahora en su aposento. ¿Le conocíais quizás?

—Nuestro regimiento está en el quinto bastión, ¿verdad?

—Sí, ha reemplazado al regimiento de M… Entrad en la primera ambulancia, allá abajo: allí encontraréis a los nuestros, alguien os conducirá.

—Oíd, ¿y mi departamento de Morskaia, está intacto?

—¡Ah! querido, hace ya tiempo que está todo destruido por las bombas, no conoceréis a Sebastopol; no hay una sola mujer, ni tabernas, ni música; ayer el último establecimiento se cerró, ha quedado esto muy triste, horriblemente triste… Adiós.

El oficial se alejó al trote. Volodia se sintió poseído de un sentimiento horrible, pareciole que de momento una bomba había estallado y le había herido profundamente en la cabeza. Esas húmedas tinieblas, todos esos confusos ruidos, sobre los cuales dominaba el rumor agitado de las olas, todo parecía decirle que no fuera más adelante, que nada bueno le esperaba allí, que jamás sus pies llegarían a pisar la tierra del otro lado de la bahía, que debía volverse inmediatamente, huir a cualquier parte lo más lejos posible de este sitio de muerte. «Mas quizás sea ya tarde, todo está ya decidido»,

pensó estremeciéndose tanto por ese pensamiento como por el agua que mojaba sus pies.

Volodia suspiró profundamente y se apartó un poco de su hermano.

«¡Señor, es que precisamente me matarán a mí! ¡Señor, tened piedad de mí!» murmuró santiguándose.

—Y bien, vamos, Volodia,—dijo el hermano mayor, al cabo de un buen rato.—¿Has visto la bomba?

En el puente encontraron más carromatos cargados con heridos y cestas y uno cargado de muebles, conducido por una mujer. Al otro lado del puente nadie les dijo nada.

Fuéronse instintivamente por detrás de la muralla de la batería de Nicolás, silenciosos, escuchando el zumbido de las bombas que parecían estallar sobre su cabeza y el silbido estridente de los cascos que caían de lo alto. Al fin llegaron al sitio de la batería donde estaba el guardián, y allí supieron que la quinta batería ligera, en la cual estaba inscrito Volodia, se hallaba en Korabelnaia, y decidieron, a pesar del peligro, irse a dormir al quinto bastión. Volvieron al camino cubierto y, procurando no tropezar con los soldados dormidos a lo largo del muro de la batería, llegaron finalmente a la ambulancia.

IX

Cuando entraron en la primera sala, llena de camas de campaña sobre las cuales estaban tendidos los heridos y llena de un hedor repugnante, horrible, de hospital, dos hermanas enfermeras venían en dirección contraria.

Una era una mujer de unos cincuenta años, de ojos negros y rostro muy severo. Llevaba unas vendas y gasas y daba órdenes a la joven enfermera que la seguía. Esta era una jovencita muy linda, de unos veinte años, de rostro pálido y dulce, rubia, singularmente hermosa y atractiva, las manos en

los bolsillos de su delantal, miraba por debajo de su blanca gorra, y andaba cerca de la mayor como si tuviera miedo de alejarse mucho.

Kozeltkov se dirigió a ellas, preguntándoles si sabían dónde estaba Marzov, a quien el día anterior una bala se le había llevado la pierna.

—¿Del regimiento de P…, según creo?—contestó la mayor.—¿Es pariente vuestro?

—No, es un camarada.

—Guiadles,—dijo en francés a la joven enfermera.—¡Vedle, allí está!…—y ella misma con la enfermera se fue hacia el herido.

—Vamos, ¿qué es lo que miras?—dijo Kozeltkov a Volodia, que arqueaba las cejas con una expresión de sufrimiento, sin fuerzas para separarse de las camas.—Vamos ya.

Volodia siguió a su hermano, volviendo el rostro a cada momento y repitiendo inconscientemente:

—¡Oh! ¡Dios mío!… ¡Oh! ¡Dios mío!

—¿Habrá poco que ha llegado, sin duda?—preguntó la enfermera a Kozeltkov, señalando a Volodia que les seguía por el corredor dejando escapar grandes suspiros.

—Acaba de llegar, en efecto.

La joven enfermera miró a Volodia y se echó a llorar.

—Dios mío, Dios mío, ¿cuándo concluirá esto?—exclamó con desesperado acento.

Entraron en la sala de los oficiales. Marzov estaba acostado de espaldas, sus venosos brazos los tenía plegados por debajo de la cabeza. La expresión de su rostro amarillento era el de un hombre que cierra los dientes para no chillar de dolor. La pierna intacta, con la media puesta, rebasaba por el borde del cobertor y veíase cómo se agitaban nerviosamente los dedos del pie.

—Y bien, ¿cómo os encontráis?—le preguntó la enfermera, levantando con sus finas y delicadas manos, en uno de cuyos dedos Volodia vio brillar

una sortija de oro, la cabeza un poco calva del herido y arreglándole la almohada.—Ahí están dos camaradas que vienen a visitaros.

—Muy mal, naturalmente,—dijo él en tono áspero y malhumorado.—Dejadme, tal cual, ya está bien…

Dentro de la media sus dedos se agitaban aún más rápidamente.

—¡Buenas noches! ¿Cuál es vuestro nombre, si os place?—preguntó el enfermo dirigiéndose a Kozeltkov.—Ah, sí. Perdonad, aquí se olvida todo, —dijo así que Kozeltkov húbole dicho su nombre.—Hemos estado mucho tiempo juntos,—añadió sin ninguna expresión de placer y mirando a Volodia con aire interrogativo.

—Este es mi hermano, que ha llegado hoy mismo de San Petersburgo.

—¡Hum! Ved, yo ya me he ganado la pensión entera,—dijo frunciendo las cejas.—¡Ah! ¡cuánto sufro!… Sí, mejor sería que hubiese llegado el fin de todo…

Agitó su pierna, sus dedos moviéronse aún con más rapidez y ocultó su rostro entre las manos.

—Dejadle ya,—murmuró la enfermera llorando.—El infeliz sufre mucho.

Hallándose ya en Severnaia, los dos hermanos decidieron ir al quinto bastión, pero al salir de la batería Nicolás, como si temieran exponerse inútilmente al peligro, sin decirse nada se separaron marchando cada uno por su lado.

—Mas, ¿cómo hallarás tú solo la batería, Volodia?—dijo el mayor al ver que ya se alejaba.—Vale más que Nikolaiev te conduzca a Korabelnaia, yo me iré solo y mañana vendré a verte.

Nada más se dijeron los dos hermanos en esta última entrevista.

X

El retumbar de los cañonazos continuaba con la misma fuerza, y la calle de Khaterinenskaia que seguía Volodia, acompañado del silencioso Nikolaiev, estaba toda desierta. En medio de la oscuridad que le rodeaba veía solamente la larga calle con los muros blancos de las grandes casas derruidas en muchos sitios y el suelo empedrado. De tiempo en tiempo, encontraba grupos de soldados y oficiales. Al pasar al lado izquierdo, lleno de admiración, a la luz de un vivo fuego que brillaba tras un alto paredón, distinguió las acacias plantadas a lo largo de las aceras, con sus soportes verdes y su follaje tierno y lleno de polvo. Oía resonar fuertemente sus pasos y los de Nikolaiev, quien suspirando fuertemente seguía tras él.

Su pensamiento estaba aletargado. La linda joven enfermera, la pierna de Marzov con los dedos agitándose dentro del calcetín, la oscuridad, las bombas y las diversas imágenes de la muerte se presentaban vagamente a su imaginación. Toda su alma, joven, impresionable, se hallaba turbada y estaba afligido con la conciencia de su soledad y la indiferencia general por su suerte en medio de tantos peligros. «Si me matan, no habrá nadie que llore mi muerte». ¡Qué diferencia entre aquello y la muerte del héroe lleno de energías y de generosidad en que él había soñado con tanto entusiasmo!

Las bombas estallaban y silbaban cada vez más cerca. Nikolaiev suspiraba más seguidamente sin decir palabra. Atravesando el puente que conducía a Korabelnaia, percibió algo que, silbando, cayó no muy lejos de él en la misma bahía, alumbrando por un segundo con su luz roja las olas violáceas, desapareciendo enseguida y haciendo saltar y brillar el agua.

—¿Habéis visto? por suerte no ha reventado,—dijo con voz ronca Nikolaiev.

—Verdad,—respondió el joven oficial lleno de un involuntario temor y con voz débil.

De nuevo encontraron camilleros trasladando heridos, las carretas del regimiento cargadas de cestas, un regimiento que se dirigía como ellos a la batería Korabelnaia, los de caballería iban delante. Un oficial, seguido de un

cosaco, marchaba al trote, mas al ver a Volodia detuvo su caballo, le examinó fijamente y sin decirle nada se alejó espoleando su montura.

«¡Solo, solo, nadie se interesa en que yo viva o muera!» pensaba el pobre joven sintiendo verdaderos deseos de llorar.

Subiendo la cuesta, se halló enfrente de un alto muro blanco, y entró en una calle donde las pequeñas casitas estaban todas destruidas y alumbradas sin cesar por las bombas. Una mujer, borracha, andrajosa, que salía de una puerta cochera con un marinero, dirigiose resueltamente hacia él.

—Este por aquí… ¡Calla!… si es un hombre *noble*,—murmuró.

—Perdón, Vuestra Nobleza, señor oficial…

El corazón del pobre muchacho se acongojó aún más.

Sobre el negro horizonte el relampagueo se percibía más seguidamente y las bombas cada vez más rápidas silbaban y estallaban más cerca de él.

Nikolaiev, suspirando y sudando, se puso a hablar con Volodia con acento de espanto y conteniendo la respiración.

—He ahí, tanta prisa todos los días para partir… Partir, partir, no había necesidad de apresurarse.

—Pues, ¡qué! ¡Mi hermano estaba ya curado!—respondió Volodia esperando, a lo menos, disipar con la conversación el sentimiento de gran pena que le invadía.

—¡Curado! Vaya una salud la suya, si está aún enfermo; ¡cuánto más le hubiera valido no moverse en algún tiempo del hospital, como lo hacen otros! Es que se hallan muchos placeres aquí, ¿eh? Que a uno le corten la pierna o el brazo, esto es todo. No hace mucho tiempo aquí mismo, en la ciudad, y esto no es el bastión, ¡qué horror!… Mientras uno anda va recitando plegarias. ¡Ah, canalla!… ahí está, delante de nosotros,—añadió fijándose en un casco que rodó muy cerca de ellos, y continuó.—Ved, vuestro hermano me ha ordenado que acompañe a Vuestra Nobleza. Mi oficio, así está entendido, es hacer lo que se me ordena, debo pues hacerlo; pero la carreta está allá abajo al cuidado de un soldado cualquiera; los paquetes se deshacen… si luego falta alguna cosa o se pierde, es Nikolaiev quien será responsable.

Después de haber andado un rato, desembocaron en la plaza. Nikolaiev calló y suspiró.

—¡Ved allí vuestra batería!—dijo de pronto.—Preguntad al centinela, él os la enseñará.

Volodia dio algunos pasos más y cesó de oír detrás de él los suspiros de Nikolaiev. De pronto se sintió completamente solo. Esta conciencia de la soledad ante el peligro, ante la muerte, como él creía, cayó sobre su corazón como una piedra terriblemente pesada y fría. Detúvose en medio de la plaza y volviéndose para mirar si alguien le veía, cogiose la cabeza con ambas manos y con espanto pronunció: «¡Señor! ¡soy un poltrón, un cobarde, un miserable!… ¡No puedo ya morir por la patria, por el zar, por quien recientemente aún soñaba morir con placer! ¡No! ¡soy una criatura desventurada y mísera!»

Y Volodia, penetrado de un sentimiento de verdadera desesperación y de menosprecio por sí mismo, preguntó al centinela por el alojamiento del comandante de la batería y marchose en la dirección que aquel le indicó.

XI

El alojamiento del comandante de la batería que le indicó el centinela, era una pequeña casita de un solo piso, cuya entrada daba a un patio. Por una de sus ventanas, cubierta con papel, pasaba la débil luz de una bujía. El asistente, sentado en el dintel de la puerta, fumaba su pipa. Este anunció a Volodia al comandante, introduciéndole en la estancia; dentro de la misma, entre dos ventanas y debajo de un espejo roto, había una mesa llena de papeles administrativos, y desparramadas por el resto de la habitación algunas cajas, una cama de hierro con sus sábanas de lienzo con iniciales y su cobertor.

Cerca de la puerta estaba un hombre de pie, gallardo, con grandes bigotes, con espada y capote en el que lucía una cruz y la medalla de Hungría: era el sargento mayor. En la sala, paseándose de arriba abajo, estaba el ofi-

cial de Estado Mayor, de mediana talla y de unos cuarenta años, con los carrillos hinchados y vendados, y una capa ligera y vieja sobre los hombros.

—Tengo el honor de presentarme: soy el abanderado Kozeltkov, cadete, agregado a la quinta batería ligera.

Volodia pronunció esta frase, preparada de antemano, en el momento de entrar en el aposento.

El comandante respondió al saludo secamente y, sin tenderle la mano, le invitó a sentarse.

Volodia sentose tímidamente sobre una caja que estaba próxima a la mesa de escribir y púsose a jugar con unas tijeras que halló al alcance de la mano. El comandante de la batería, con los brazos cruzados a la espalda, la cabeza baja, mirando de cuando en cuando las manos de Volodia jugar con las tijeras, continuó paseándose por la habitación con el aire del hombre que se esfuerza en recordar alguna cosa.

El comandante de la batería era un hombre bastante grueso, algo calvo, con grandes bigotes recios que cubrían su boca, ojos oscuros y amables, manos bellas, cuidadas y fuertes, las piernas, algo arqueadas, apoyábanse con fuerza en el suelo y con cierta elegancia demostrando que no era hombre tímido.

—Sí,—dijo deteniéndose delante del sargento mayor.—A partir de mañana haréis aumentar la ración de los caballos de los arcones, pues están muy flacos los nuestros, ¿eh? ¿Qué te parece a ti?

—¡Qué puedo yo decir a Vuestra Nobleza! la avena está a mayor precio cada día,—contestó el sargento mayor moviendo los dedos de las manos que tenía extendidas a lo largo del cuerpo, movimiento que le era al parecer peculiar como para ayudarse en la conversación.—Además, nuestro furriel Frantchuk me envió ayer con los forrajes una cartita, Vuestra Nobleza, diciéndome que él mandaría a comprar allá abajo los granos, puesto que están a buen precio… ¿Qué ordenáis?

—Bien, ¡que compre! Él tiene dinero, y mientras tanto…—y el comandante de la batería continuó su paseo por el aposento.

—¿Dónde está vuestro equipaje?—preguntó de pronto a Volodia deteniéndose delante de él.

El pobre Volodia, absorbido por completo por la idea de que él era un poltrón, que en cada mirada y en cada palabra le parecía iba envuelto el menosprecio para él, como si fuese un cobarde miserable, le pareció que el comandante de la batería había ya penetrado su secreto y se mofaba de él. Confuso le contestó que sus efectos estaban en la batería Grafskaia y que su hermano le había prometido que se los enviaría al día siguiente.

Mas el comandante solo escuchó el final, y dirigiéndose al sargento mayor díjole:

—¿Dónde alojaremos a ese abanderado?

—¿Qué abanderado?—exclamó el sargento mayor confundiendo aún más a Volodia con la rápida mirada que le dirigió, pareciendo decirle: ¿De qué abanderado me habláis?—Allá abajo, Vuestra Nobleza, en el cuarto del capitán ayudante puede alojar a Su Nobleza; mientras el capitán ayudante esté en el bastión su cama estará vacía,—añadió el sargento.

—Entonces, bien está; ¿aceptáis ese alojamiento provisional?… Creo que debéis estar fatigado y mañana ya os alojaremos mejor,—dijo el comandante.

Volodia se levantó y saludó.

—¿Queréis tomar té?—le dijo el comandante cuando ya Volodia estaba cerca de la puerta.—Vamos a preparar la tetera.

Volodia saludó y marchose. El asistente del comandante le acompañó y le hizo entrar en una cámara desmantelada y sucia, en donde estaban tirados diversos trastos y en uno de los lados una cama de hierro sin sábanas ni cobertores. Encima de ella, envuelto en un grueso capote dormía un hombre con camisa amarilla. Volodia le tomó por un soldado.

—¡Piotr Nikolaievitch!—dijo el asistente sacudiendo los hombros del que dormía.—El abanderado dormirá aquí… Este es nuestro *junker*,—añadió dirigiéndose a Volodia.

—¡Ah! ¿no os enfadaréis, verdad?

Mas el *junker*, que era un hombre joven, alto y fuerte, de fisonomía alegre pero atontada, se levantó de la cama, echose el capote sobre las espaldas y aún no bien despierto salió de la estancia.

—Está bien, yo dormiré en el patio,—murmuró al salir.

XII

Al hallarse solo con sus ideas, el primer sentimiento de Volodia fue el miedo… ese estado confuso, oscuro, en el cual hallábase su alma. Quería dormir y olvidar todo lo que le rodeaba y principalmente olvidarse de sí mismo. Apagó la bujía, tendiose sobre la cama y cogiendo su capote cubriose la cabeza para librarse del miedo a la oscuridad que aún guardaba de su infancia; mas de pronto acudiole este pensamiento: «¿Y si la bomba cae, derrumba todo esto y me mata?» Púsose a escuchar; encima de su cabeza oíanse los pasos del comandante de la batería.

«En el caso de que una bomba caiga, matará primero a los que están arriba, luego a mí; a lo menos no moriré solo». Esta idea le tranquilizó un poco y procuró dormirse. «Mas, ¿si de golpe toman a Sebastopol, durante la noche? ¿Si los franceses llegan hasta aquí con qué me defenderé?» Levantose y púsose a pasear aceleradamente por el aposento. El miedo de un peligro real había dominado en él el temor misterioso de la oscuridad. Fuera de la silla y la tetera no había otro objeto fuerte en la sala. «¡Soy un cobarde, un gandul!» pensaba a cada momento y de nuevo un penoso sentimiento de disgusto y menosprecio de sí mismo le dominó. Volviose a la cama y procuró no pensar. Entonces las impresiones del día volvían a su mente acompañadas de los cañonazos continuos que hacían retemblar los vidrios de la única ventana, recordándole de nuevo el peligro. Tan pronto presentábase a su mente la visión de los heridos y de la sangre, tan pronto la de las bombas cayendo sobre el aposento, como la de la joven enfermera dedicándole un recuerdo y llorando por él, ya era su madre que le conducía a un pueblo de la provincia, rogando ardientemente con lágrimas en los ojos ante una imagen milagrosa; de nuevo comprendió que le era imposible dormir, mas, de súbito la idea de Dios Todopoderoso, que puede hacerlo todo y atiende a todas las preces, acudió con vivacidad a su mente, hincose de rodillas, santiguose y juntó sus manos tal y como lo había aprendido en su infancia; este

movimiento volviole de pronto a los sentimientos piadosos largo tiempo olvidados.

«Si ha llegado la hora de que yo muera, si es el momento de dejar de existir, Señor, que sea lo más rápidamente posible, mas si el valor y la firmeza que no tengo son necesarios, dádmelos; libradme de la vergüenza y del deshonor, que yo no podría soportar, enseñadme qué es lo que tengo que hacer para cumplir Vuestra voluntad». Su alma infantil, tímida, sencilla, de golpe se engrandeció, esclareciose, un nuevo horizonte se presentó a su mente, vasto y claro. En pocos momentos sintió y pensó mucho y al fin durmiose tranquilamente y sin cuidado del retumbar continuo de los cañonazos y el retemblar de los cristales.

¡Gran Dios! Tú solamente escuchas y conoces estas plegarias sencillas y fervientes, llenas de fe: las plegarias de la ignorancia, del vago arrepentimiento, de la curación del cuerpo, del estallido del alma, que suben hacia ti desde ese sitial terrible de la muerte. Desde el general que un segundo antes soñaba con la cruz de San Jorge y que con timidez siente ahora próxima la muerte, hasta el soldado que se duerme sobre el desnudo suelo de la batería de Nicolás y te pide que le envíes a la otra vida, inconscientemente presentida por él como la recompensa de todos sus sufrimientos!…

XIII

Kozeltkov mayor, habiendo encontrado en la calle a un soldado de su regimiento, se dirigió con él hacia el quinto bastión.

—Marchad más junto al muro, Vuestra Nobleza,—dijo el soldado.

—¿Por qué?

—Porque esto es peligroso, Vuestra Nobleza. Veis, ya la tenemos encima, —dijo el soldado escuchando el silbido de la bala al caer sobre la acera del otro lado de la calle.

Kozeltkov, sin seguir los consejos del soldado, siguió temerariamente por en medio de la calle.

Las calles estaban igual que antes, las mismas luces brillaban, aunque con más frecuencia, los mismos cañonazos, los mismos gemidos, los encuentros con los heridos, las baterías, parapetos y trincheras; todo estaba igual que cuando la primavera pasada estaba aún en Sebastopol. A pesar de esto y sin saber por qué, le parecía todo más triste al propio tiempo que más desolado. Había ahora más habitaciones desocupadas, pues las familias huían de la población, no se veía luz en las ventanas, salvo en casa de Kustchine, en donde estaba el hospital; no se encontraba una sola mujer y ese sello especial de las costumbres ciudadanas había desaparecido para dar lugar a una tensión ansiosa y a la fatiga espiritual.

Mas he aquí la última trinchera. Óyese la voz de un soldado del regimiento de P… que ha reconocido ya a su antiguo jefe de compañía.

Allí está el tercer batallón que, en medio de la oscuridad, ocupa su sitio junto a la muralla haciendo de tiempo en tiempo sus descargas, entre cuyo tronar óyense las conversaciones contenidas y el martilleo de los fusiles.

—¿Dónde está el comandante del regimiento?—preguntó Kozeltkov.

—¡En el blindaje, en el aposento de los marinos, Vuestra Nobleza!—respondiole el ordenanza de servicio.—Si lo deseáis yo os guiaré.

Pasando de una trinchera a otra, el soldado condujo a Kozeltkov hacia el pequeño foso del blindaje. Allí estaba un marinero fumando su pipa y detrás de él veíase la puerta tras la cual brillaba una luz.

—¿Se puede entrar?

—Enseguida, voy a anunciaros,—y el marinero pasó la puerta.

—Si Prusia continúa guardando la neutralidad,—decía dentro una voz.—Entonces Austria también…

—¡Cómo, Austria también!—decía otra voz.—Cuando el país eslavo… ¡Bien! hacedle entrar.

Kozeltkov no había estado nunca en este blindaje, que encontró muy confortable, el entarimado era de encina, un biombo ocultaba la puerta; había dos camas a lo largo del muro y en uno de sus ángulos una imagen de la

Virgen encuadrada de oro y delante de la cual ardía una lámpara de color de rosa. En una de las camas dormía un marino vestido, en la otra y frente a una mesa, encima de la cual se veían dos botellas de vino medio vacías, estaban sentados los interlocutores, el nuevo comandante del regimiento y su ayudante de campo.

Aunque Kozeltkov no era tímido, ni se sentía culpable de nada, se inmutó un poco a la vista del coronel quien, recientemente aún, era su camarada; este se levantó y le escuchó con arrogancia.

«Eso sí que es extraño, pensó Kozeltkov mirando al coronel, hace tan solo siete semanas que ha recibido el mando del regimiento y ya en todo lo que le rodea, en su vestir, en su actitud y en sus miradas se ve el orgullo del jefe de regimiento. Aún no hace mucho tiempo que este mismo Babristchev se divertía y jugaba con nosotros; llevaba semanas enteras la misma camisa de algodón y comía las tiernas chuletas asadas y las *vareniki*[4], y no invitaba a nadie en su casa: y ya lo veis… En sus ojos hay una expresión de fría arrogancia como si quisiera deciros: Bien, sí, ya sé que he sido tu camarada y que soy un jefe de la nueva escuela, pero tampoco ignoro, puedes creerlo, que tú darías la mitad de tu vida para ocupar mi plaza».

—Habéis estado en tratamiento bastante tiempo,—dijo fríamente el coronel dirigiéndose a Kozeltkov.

—He estado muy enfermo, mi coronel; y aún mi herida no está del todo cicatrizada.

—Entonces, no debíais haber venido,—respondió el coronel echando una mirada inquisitorial sobre la corpulencia del capitán.—¿De todos modos, podréis prestar vuestro servicio?

—Perfectamente.

—Pues, bien; estoy muy satisfecho; así, pues, el abanderado Zaikev os dará el mando de la novena compañía, que es la vuestra de antes. Recibiréis inmediatamente la orden.

—Obedezco.

—Cuando salgáis, hacedme el obsequio de decir al ayudante de campo que entre,—concluyó el jefe, haciéndole ver con un ligero saludo que la audiencia había terminado.

Al salir del blindaje, Kozeltkov murmuró varias veces una misma palabra, encogiéndose de hombros como si se sintiese mal o muy despechado, no contra el coronel, pues no había por qué, sino contra sí mismo y contra cuanto le rodeaba.

XIV

Kozeltkov antes de irse a la tienda de los oficiales quiso ir a ver dónde se encontraba su compañía y saludarla. Los parapetos construidos con cestas, los perfiles de las trincheras, los cañones ante los cuales pasaba, los mismos cascos de las bombas con que tropezaba siguiendo su camino, todo eso iluminado sin cesar por las llamaradas de las bombas y de las descargas le era ya muy conocido; todo esto quedó bien grabado en su memoria, tres meses antes, cuando, sin salir un día, durante dos semanas estuvo en el bastión. Sus recuerdos estaban llenos de horrores, sin duda alguna, pero mezclados con algún encanto, el encanto del pasado, al reconocer con gran placer los objetos y sitios conocidos, como si las dos semanas pasadas allí le hubiesen sido muy agradables.

Encontró su compañía dispuesta a lo largo de las murallas defensivas del sexto bastión.

Kozeltkov entró dentro del amplio blindaje, descubierto por el lado de la entrada, donde le habían dicho que se encontraba la novena compañía. Literalmente uno no sabía dónde poner los pies en aquel sitio, de tal modo estaba lleno de soldados. En uno de los lados brillaba la luz de una vela que un soldado aguantaba alumbrando a otro que leía en un libro; ambos estaban acostados; cerca de ellos, en la semioscuridad del blindaje, veíanse varias cabezas algo levantadas escuchando ávidamente la lectura. El libro era un silabario. Al entrar en aquel sitio Kozeltkov oyó: «La ple… ga… ria des… pués del es… tu… dio. Yo os a… gra… dez… co, Cre… a… dor…»

—Despabila la vela un poco,—dijo una voz.—Este sí que es un buen libro.

—Dios… mío…—continuó el lector.

Cuando Kozeltkov pidió que llamaran al sargento mayor, el que leía callose, los soldados removiéronse todos, tosieron y sonáronse las narices, como sucede siempre después de un silencio prolongado. El sargento mayor, abrochándose la chaqueta levantose de junto al grupo de los oyentes y procurando no pisar las piernas de los soldados tendidos en el suelo, avanzó hacia el capitán.

—¡Buenas noches, muchacho! ¿Qué, aquí está toda nuestra compañía?

—¡Salud, os felicito por la llegada, Vuestra Nobleza!—respondió el sargento mirando con alegría y amigablemente a Kozeltkov.—¿Está ya del todo curado Vuestra Nobleza? ¡Muy bien! ¡Gracias a Dios!… No estábamos muy contentos sin teneros a nuestro lado.

Al otro extremo del blindaje oyéronse algunas voces que decían: «El antiguo capitán de la compañía ha llegado, el que estaba herido, Kozeltkov, Mikhail Seminovitch…» Algunos se acercaron a él; el tambor también se acercó para saludarle.

—¡Buenas noches, Obantchuk!—dijo Kozeltkov.—¿Estás sano y salvo? Buenas noches, muchachos,—dijo enseguida alzando la voz.

Un «Salud, Vuestra Nobleza» resonó en todo el blindaje.

—¿Cómo os encontráis, muchachos?

—Mal, Vuestra Nobleza; los franceses ganan terreno y esto no anda bien. Nos atacan ya desde los últimos atrincheramientos aunque no salen todavía de ellos.

—Puede que tenga yo más suerte y Dios hará que de ellos salgan, muchachos,—dijo Kozeltkov.—No será esta la primera vez que sucede… aún será nuestra la victoria.

—Contentos estaríamos, entonces…—exclamaron algunas voces.

—¡Rediez! Son verdaderamente atrevidos,—dijo uno.

—Excesivamente atrevidos,—contestó el tambor en voz baja, pero de modo que le oyeran y dirigiéndose a un soldado, como para justificar ante él las palabras del jefe de la compañía y convencerle de que en ellas no había jactancia ni eran inverosímiles.

Al dejar a los soldados, Kozeltkov fuese al aposento de los oficiales.

XV

En la gran sala del cuartel, había bastantes oficiales de marina, de artillería y de infantería. Los unos dormían, los otros conversaban sentados sobre un objeto cualquiera o sobre la montura de un cañón de sitio, el resto formaba el grupo mayor y más ruidoso; estaban sentados en el suelo, encima de dos *burkas*[5], extendidas sobre el pavimento. Estaban bebiendo *porter* y jugando a los naipes.

—¡Oh! ¡Kozeltkov! ¡Kozeltkov! ¡Has hecho bien en venir! ¡Bravo!… ¿Cómo va tu herida?—gritáronle de diversos lados. Evidentemente, veíase que le querían y que estaban contentos de volverle a ver.

Después de estrechar la mano a sus amigos, Kozeltkov juntose con el grupo de jugadores, entre los cuales había el mayor número de sus conocidos. Un joven moreno, flaco, de nariz ancha y seca y largos bigotes que se continuaban hasta las mejillas, tallaba en la banca con sus dedos blanquísimos y secos, uno de ellos adornado con una sortija de oro. Jugaba de cualquier modo, sin precisión, evidentemente contrariado, aunque afectando indiferencia. Cerca de él, a su derecha, un mayor ya canoso, apoyado sobre el codo y procurando aparecer sereno, jugaba a cincuenta kopeks, pagando siempre que perdía. A la izquierda, un oficial rojo, con semblante sudoroso, estaba sentado sobre la punta de los pies, esforzábase en sonreírse y en mostrarse placentero; cuando alguno barajaba las cartas, removía sin cesar su mano en el vacío bolsillo de su pantalón. Conocíase que había jugado mucho aquella noche y si ya no jugaba sería por falta de dinero, y esto es lo que tenía enojado a nuestro joven moreno. Hacia el grupo acercose, con un grueso fajo de billetes de banco, un oficial ya calvo, de enorme nariz, boca grande, flaco y pálido, y púsolo todo a una carta, diciendo: «Va la banca, dinero contante»… y ganó.

Kozeltkov bebió un poco de aguardiente y sentose cerca de los jugadores.

—¿Queréis apuntar, Mikhail Seminovitch?—le preguntó el que ejercía de banquero.—Creo que debéis traer muchos cuartos.

—¿Dónde diablos los habré ganado? No tengo nada, pues he gastado los últimos en el pueblo cercano.

—Ya, ya, nadie os creerá. Alguno habréis recogido, seguramente, en Simferopol.

—Verdaderamente, tengo poco dinero,—dijo Kozeltkov, que sin embargo no deseaba que le creyesen del todo. Desabrochose y cogió las sucias cartas.—Probemos, ¡qué diablo! Quizás llegue a ganar alguna vez. Ya sabéis, a veces el resto hace maravillas. Solamente quiero beber un poco más, para tener valor…

En poco rato, y entre sorbo de aguardiente y sorbo de *porter*, perdió sus tres últimos rublos.

En la cuenta del pequeño oficial que se agitaba sudoroso, tenía inscritos ya el banquero ciento cincuenta rublos.

—No, no estoy hoy de vena,—dijo aquel tomando negligentemente una carta.

—Tened la bondad de darme el dinero,—dijole el banquero esperando un momento a tallar y mirándole.

—¡Permitidme!… os lo entregaré mañana,—respondió el sudoroso oficial levantándose y agitando su mano dentro del vacío bolsillo.

—¡Hum!—gruñó el banquero mirando con recelo a derecha e izquierda y siguiendo barajando.—Yo me voy, no se puede continuar jugando así, Zakhar Ivanovitch,—añadió el banquero.—Aquí jugamos dinero contante y no a crédito.

—¿Dudáis de mí? ¡Esto sí que fuera extraño!

—¿De quién he de recibir yo el dinero?—murmuró el mayor, que ganaba ya ocho rublos y aun algo más.—Yo he perdido y he pagado ya más de veinte rublos, ¿y ahora que gano no ha de pagarme nadie?

—¿De dónde tomaré el dinero para pagar, cuando no hay poco ni mucho encima de la mesa?—respondió el banquero.

—Yo no quiero saber nada,—gritó el mayor levantándose.—Yo he jugado con vos y no con ellos.

El sudoroso y joven oficial encendiose aún más y exclamó:

—Ya digo que pagaré mañana. ¿Cómo osáis, pues, ofenderme?

—¡Yo digo lo que veo, y lo que veo es que aquí no hay dinero!… helo ahí todo,—exclamó el mayor.

—¡Veamos, veamos, Fedor Fedorovitch!—dijeron todos procurando calmar al mayor.

Pero, bajemos a toda prisa el telón sobre esta escena. Mañana, quizás hoy mismo, todos estos hombres irán alegremente y con arrogancia al encuentro de la muerte y morirán con bravura y firmeza… La sola alegría del vivir, en estas condiciones, que aterrorizan la imaginación más fría, que no tienen nada de humano, ni siquiera la esperanza de salir un día de ellas, la sola alegría es el olvido, el aniquilamiento de la conciencia y de la realidad. En el fondo del alma de cada uno yace la noble y generosa chispa que hará de cada uno un héroe, pero esta chispa se cansa a veces de brillar, y tan solo al llegar el fatal momento resplandecerá como una llama inmensa y alumbrará las más grandes acciones.

XVI

El día siguiente, el bombardeamiento continuaba aún con más fuerza. Hacia las once de la mañana, Volodia Kozeltkov estaba sentado entre un grupo de oficiales de la batería y ya algo más habituado a ellos contemplábales atento, observaba, interrogaba y conversaba con todos; la conversación amable, con alguna pretensión de ciencia, de los oficiales de artillería le inspiraba respeto y placer a la vez, y la figura tímida, inocente y alegre de Volodia disponía en favor suyo a los oficiales.

El más antiguo de la batería, un capitán no muy alto, rojizo, con una pequeña mecha de cabellos pegada a las sienes, elevado por las viejas tradiciones de la artillería a maestro de los demás y uno de los más sabios, interrogó a Volodia acerca de sus conocimientos en materia de artillería, sobre los inventos más modernos y aun chanceose afectuosamente con su juventud y su alegre rostro; pero, en general, mostrose con él tierno y paternal; fue el más amable para Volodia. El subteniente Diadenko era un joven que hablaba con acento provinciano; con el capote muy usado, los cabellos rizados, era uno de esos que siempre hablan alto y con ademanes bruscos, buscando la discusión en todo momento y por cualquier futeza, por lo que a Volodia no le fue nada simpático, pues tras su exterior grosero comprendió que no podía haber un hombre dulce y bueno. Diadenko dirigíase sin cesar a Volodia y le *probaba* que en Sebastopol ningún cañón estaba emplazado tal como las reglas prescriben. El teniente Tchernovitzki tenía las cejas muy arqueadas, vestía un traje muy aseado, aunque no nuevo, pero ingeniosamente repasado, y aunque era el más pulcro de todos y no cesaba de mostrar su cadena de oro sobre su chaleco de satén, no fue grato a Volodia. Interrogaba sin cesar a este acerca de las ocupaciones del emperador o del ministro de la Guerra y le contaba con un entusiasmo ficticio los actos heroicos realizados en Sebastopol, expresaba su pena por la falta de verdaderos patriotas y, en general, demostró bastantes conocimientos y tener sentimientos buenos y nobles; a pesar de todo, a Volodia le fue desagradable, y lo que le admiró sobre todo fue el notar que los demás oficiales apenas dirigiesen la palabra a Tchernovitzki. El *junker* Vlang, a quien hicieron levantar la víspera para acostarse Volodia, también estaba presente, si bien sin decir nada; sentado modestamente en un rincón, reíase cuando alguien soltaba un chiste a propósito, intervenía en la conversación si se veía obligado a ello, bebía aguardiente y preparaba los cigarrillos para todos los oficiales. Eran tan modestos y pulidos los modales de Volodia, quien lo trataba como si fuese un oficial, fascinando además de tal modo con su cara agradable y simpática a Vlanga, como le llamaban los soldados afeminando su nombre, que este no sabía apartar sus grandes ojos del rostro del novel oficial, adivinando y cumpliendo todos sus deseos, manteniéndose durante toda la reunión en una especie de éxtasis amoroso que llegó a llamar la atención de los oficiales haciéndoles soltar la risa.

Antes de la comida, el capitán ayudante fue relevado y juntose con ellos. El capitán ayudante Krant era un oficial rubio, alegre, vivo, con grandes bi-

gotes y patillas rojas. Hablaba admirablemente el ruso, demasiado gramaticalmente y demasiado bien para un alemán. Su hoja de servicios y su vida privada eran como su lenguaje, prestaba el servicio admirablemente, era un buen camarada, el hombre más reservado en cuestiones de dinero, pero precisamente porque no tenía ningún defecto le faltaba algo para ser simplemente un hombre. Como todos los alemanes rusificados, por una contradicción extraña con el genio alemán, idealista, él era *práctico* en el más alto grado.

—¡He aquí nuestro héroe! ¡Al fin ha llegado!—dijo el capitán mientras que Krant, sacudiendo sus manos y haciendo sonar las espuelas, entraba en la sala.

—¿Qué deseáis, Frederik Krestianitch, té o aguardiente?

—Ya he dado orden de que me preparen el té,—respondió él.—Pero mientras tanto beberé un poco de aguardiente para consuelo del alma. Estoy satisfecho de entrar en relaciones con vos, os ruego que me queráis y que me dispenséis vuestra amistad,—dijo a Volodia, quien levantándose le saludó.—El capitán ayudante Krant… En el bastión, el polvorista me ha dicho que llegasteis ayer.

—Os doy las gracias más expresivas por vuestra cama, en la cual he dormido esta noche.

—¿Estuvisteis bien? Está un poco dura, pero no he tenido tiempo de hacerla arreglar durante todo el sitio.

—¿Y bien, habéis hecho con felicidad vuestro servicio?—le preguntó Diadenko.

—Sí, bastante bien; Squartzov ha estado muy atento e hizo ayer varias reparaciones…

Krant se levantó y púsose a pasear, veíase en él al hombre que se encuentra bajo la agradable influencia del que acaba de salir en bien de un peligro.

—¡Y bien, Dmitri Garrilovitch!—dijo sacudiendo al capitán por las rodillas.—¿Cómo estáis, querido? ¿Cómo marcha vuestra promoción, adelanta?

—No, aún no hay nada de ello.

—Ni habrá nada tampoco, ya os lo he *demostrado*,—respondió Diadenko.

—¿Por qué, pues?

—Porque no habéis escrito la reseña *comme il faut*.

—¡Ah! ¡Qué picaronazo!—dijo sonriendo maliciosamente Krant.—Un verdadero testarudo, hijo de la pequeña Rusia. Y bien, al contrario de él, vos sí que seréis pronto ascendido a teniente.

—No, ya no lo seré… ¡Vlang! Llenadme la pipa y traédmela,—dijo al *junker*, quien al momento se apresuró a buscarla.

Krant les animó a todos, les contó el bombardeamiento, interrogó a cada uno acerca de lo que había hecho durante su ausencia y conversó con todo el mundo.

XVII

—¿Y bien, qué? ¿Estáis ya del todo instalado en este cuartel?—preguntó Krant a Volodia.—Perdonadme, ¿vuestro nombre es el mismo de vuestro padre? En casa y en el cuerpo de artillería esta es la costumbre… ¿Habéis comprado ya un caballo de silla?

—No,—dijo Volodia.—Y no sé cómo arreglarme; ya he dicho al comandante que no tengo caballo y tampoco dinero para ello, hasta que reciba lo que me toca del forraje y ruta. En espera de ello he pedido un caballo al comandante de la batería, pero temo que me lo rehuse.

—¿Apollón Sergueitch?—Y de sus labios salió un sonido que expresaba duda y miró al capitán, como diciendo: Yo no lo creo.

—¡Y qué, si lo rehusa! Ello no será un gran mal,—dijo el capitán.—No es decir que aquí no haya necesidad de caballos, pero mientras tanto uno puede probar… Yo se lo pediré hoy mismo.

—¡Cómo, no le conocéis bien!—dijo interviniendo Diadenko.—Os rehusará a vosotros cualquier cosa; pero al señor, jamás; ¿queréis apostar algo?

—¡Oh! os conozco ya bastante, lo contradecís todo.

—Yo contradigo porque lo sé. El comandante es avaro para ciertas cosas, pero ya veréis como dará el caballo, pues no tiene interés ninguno en rehusarlo.

—¿Cómo que no tiene interés, cuando la avena cuesta aquí a ocho rublos?—exclamó Krant.—Ya veis, pues, que hay interés en que no haya un caballo más.

—Pedidle que os dé a *Sansonef*, Vladimir Seminovitch,—dijo Vlang, llegando con la pipa de Krant.—Es un caballo soberbio.

—*Duquel o Soroki*… ¿Os habéis caído en algún foso, eh, Vlang?—exclamó el capitán ayudante.

—¿Pero, qué decís? ¿Que la avena cuesta a ocho rublos?—continuó discutiendo Diadenko,—¿cuando, según la lista de este, está a diez y medio? Sin duda que no es ninguna ventaja…

—¿Veis cómo no le queda a él nada? Si fueseis el comandante de la batería, creo que no daríais de ninguna manera un caballo solo para pasear por la ciudad.

—Cuando yo sea comandante de batería, mi viejo amigo, cada día los caballos tendrán cuatro *garnetz*[6] de ración; yo no me enriqueceré como otros, creedlo.

—Esto lo veremos—respondió el capitán ayudante.—Vos haréis igual que todos, como también este lo hará cuando mande una batería,—añadió designando a Volodia.

—¿Por qué, pues, pensáis, Frederik Krestianitch, que también este querrá explotar?—dijo interviniendo Tchernovitzki.—Puede que tenga fortuna propia y entonces, ¿qué necesidad tiene de esas rapiñas?

—Mas yo… Perdonadme, capitán,—dijo Volodia ruborizándose hasta las orejas.—Yo encuentro que no es noble ni conveniente…

—¡Oh! ¡oh! lo que es muy difícil…—respondió Krant.

—Sí, es igual. Yo creo solamente que de ninguna manera he de tomar un dinero que no me pertenece.

—Y yo, ved ahí lo que os diré, joven,—dijo el capitán ayudante con tono serio.—Sabed que cuando mandéis la batería, si conducís bien lo principal, todo irá perfectamente. El comandante de la batería no se mezcla para nada en la alimentación del soldado, esto es ya costumbre antigua en la artillería. Si sois un mal administrador no os quedará nada, y habréis de gastar aun de vuestro bolsillo, y si no, ahora lo veremos: Por el forraje, por la farmacia, por la cancillería, por los caballos del arrastre… a lo menos quinientos rublos, querido. Debéis cambiar alguna vez las esclavinas de los soldados, tenéis que gastar bastante en carbón, tenéis, además, la mesa de los oficiales. Si fuerais comandante de batería tendríais que vivir convenientemente, necesitaríais un coche, un capote forrado de pieles… Más diría…

—Y principalmente,—dijo interviniendo el capitán, que había permanecido callado todo este rato.—Ved lo que hay, Vladimir Seminovitch, imaginaos un hombre como yo, por ejemplo, que sirve durante veinte años y recibe desde luego doscientos rublos de sueldo, y más tarde trescientos, bien debe tener a lo menos un pedazo de pan para su vejez…

—Y además,—repuso el capitán ayudante;—no os privaréis de jugar, y luego vivid siempre aquí; y servid…

Volodia quedó descontento de haber hablado sin reflexionar, murmuró cualquier cosa y callado escuchó a Diadenko, que con todo su fuego empezó a discutir y a *probar* la proposición contraria.

La discusión fue interrumpida por la llegada del asistente del coronel, llamándoles a comer.

—Decidle a Apollón Sergueitch que nos dé vino hoy,—dijo Tchernovitzki abrochándose y dirigiéndose al capitán.—¿Por qué es tan avaro? También morirá y nadie se aprovechará de lo suyo.

—¡Oh! no, decídselo vos mismo.

—No, no, vos sois el más antiguo, él en todo es ordenancista.

XVIII

La mesa, apartada un poco del muro, estaba cubierta con un mantel bastante sucio y en la misma sala en donde el día anterior Volodia se había presentado al coronel; en esta ocasión, el comandante de la batería le tendió la mano y le interrogó acerca de San Petersburgo y sobre su viaje.

—Y bien, señores, ¿quién quiere aguardiente? Acercaos. Los abanderados no pueden beber…—exclamó sonriendo.

En general, el comandante de la batería parecía en aquellos momentos menos severo que el día anterior, pues tenía hoy todo el aire de un amable anfitrión y de un viejo camarada de sus oficiales: pero a pesar de esto todos los oficiales, desde el viejo capitán Krant, al abanderado Diadenko, a la sazón muy bien puesto, todos miraban con timidez al comandante y por el cuidado que ponían al acercarse uno tras otro a la mesa para beber el aguardiente le daban testimonio de su gran respeto.

La comida se componía de una copiosa sopa de coles en la cual nadaban algunos pedacitos de grasa de buey, una enorme cantidad de pimienta y de hojas de laurel; luego asado a la polonesa con mostaza y berenjenas con manteca no muy fresca. No había servilletas y los platos eran de estaño unos y de boj otros. No había más que dos vasos y encima de la mesa destacábase una botella de agua, de cuello muy alto. La comida fue alegre y la conversación no languideció un momento. Desde luego hablose de la batalla de Inkerman, en la que había tomado parte la batería; cada uno contaba sus impresiones y las consideraciones que le merecía el fracaso, y siempre que el comandante tomaba la palabra producíase instantáneamente el silencio. Luego la conversación pasó naturalmente a tratar de la insuficiencia de calibre de los cañones perfeccionados, y en esto Volodia se expresó muy bien al mostrar sus conocimientos sobre artillería. Mas en la conversación no se tocó ni de lejos ni de cerca la terrible y actual situación de Sebastopol, parecía como si cada uno de ellos tuviera miedo de iniciarla. Lo mismo sucedió con respecto a los deberes del servicio de Volodia. Con extrañeza y a su pesar nadie tocó esta cuestión, como si él hubiese ido solamente a Sebastopol para hablar de los cañones perfeccionados y comer en la mesa del co-

mandante de la batería. Durante la comida cayó una bomba no muy lejos del aposento donde estaban. Los techos y las paredes fueron sacudidos como por un terremoto y la ventana se cubrió toda con el humo de la pólvora.

—¿Creo que no habréis visto nada de esto en San Petersburgo? Aquí tenemos a cada momento estas sorpresas,—dijo el comandante de la batería dirigiéndose a Volodia.

—Vlang, ved dónde ha estallado.

Vlang salió y al volver dijo que había estallado en tierra, y ya no se habló más de ello.

Antes de terminarse la comida, un pequeño anciano, el escribiente de la batería, entró en la sala con tres sobres sellados que entregó al comandante. «Este es muy urgente, lo ha traído un cosaco de parte del general de artillería». Todos los oficiales con impaciente atención miraban al comandante que, con experta mano rompió el sobre y sacó de dentro un papel *muy urgente*. ¿Qué podrá ser? preguntose cada uno. ¿La retirada de Sebastopol, el descanso o la orden para toda la batería de marchar al bastión?

—¡Aún!—exclamó el comandante tirando con cólera el papel sobre la mesa.

—¿Qué hay, Apollón Sergueitch?—preguntó el más antiguo.

—Me piden un oficial y todo el servicio para una batería de morteros y yo solo tengo aquí cuatro oficiales y el servicio para las líneas no está completo. ¡Y aún me piden más! De todos modos, señores, es necesario que alguno vaya,—murmuró el comandante después de un rato de silencio.—Hay que estar allí a las siete. ¡Llamad al sargento mayor! ¿Quién irá, señores? Arreglaos vosotros…

—Que vaya este, pues aún no ha ido a ninguna parte,—dijo Tchernovitzki designando a Volodia.

—Es verdad, yo iré voluntariamente,—contestó Volodia, al mismo tiempo que un sudor frío corría por su cuerpo e invadía su corazón.

—No, ¿para qué?—interrumpió el capitán.—Sin duda que nadie lo rehusará, pero proponerse uno mismo es inútil y si Apollón Sergueitch nos deja

elegir a nosotros, entonces que se haga a la suerte, como se ha hecho otras veces.

Todos lo aceptaron. Krant cortó papeles, los arrolló y los metió dentro de un gorro. El capitán se atrevió, chanceándose, a pedir vino al coronel, «para tomar valor», como él decía.

Diadenko se quedó sentado y muy sombrío; Volodia sonreíase como atontado; Tchernovitzki afirmaba que la suerte recaería seguramente en él; Krant era el único que se mantenía del todo sereno.

Dejaron a Volodia ser el primero en sacar la suerte: iba a tomar uno de los papeles, el más largo, pero inmediatamente cambió de parecer y cogió el más pequeño y delgado y abriéndolo leyó: «Irás».

—A mí me toca,—dijo suspirando.

—¡Y bien, id y que Dios os acompañe! Ya lo veis, os vais a acostumbrar al fuego desde el primer día,—dijo el comandante con bondadosa sonrisa y contemplando el semblante todo confuso del joven abanderado.—Solamente os recomiendo que os preparéis con diligencia; y, para que os sea más grato el servicio, Vlang irá con vos como polvorista.

XIX

Vlang se puso muy contento con su nueva misión. Corrió vivamente a prepararse y ya del todo vestido, fuese a ayudar a Volodia, a quien encargó que se llevase una cama de campo, una manta y algunos números atrasados de la revista *Los Anales de la Patria*, una lámpara de alcohol y otros objetos inútiles. El capitán aconsejó a Volodia que repasara desde luego en el Manual el tiro de mortero y tomara enseguida la copia de las tablas. Volodia púsose con toda su alma al trabajo y entre admirado y alegre observó que el sentimiento de miedo al peligro era en él menor que el de pasar por cobarde y aunque ambos sentimientos le inquietaban un poco, eran menos agudos que el día anterior. La causa consistía en la influencia de la luz del día y de

la actividad por una parte y por otra era también que el miedo, como todo sentimiento muy vivo, no puede sentirse durante mucho tiempo en el mismo grado.

Cerca ya las siete, cuando el sol se ocultaba tras el cuartel de Nicolás, el sargento mayor entró diciéndole que los hombres estaban ya preparados y esperando.

—He entregado la lista a Vlang; Vuestra Nobleza,—dijo.

Veinte soldados de artillería, la espada al cinto, estaban formados en la esquina de la casa. Volodia, con el *junker*, acercose a ellos. «¿Les haré un corto discurso o les diré simplemente: ¡Buenas noches, muchachos! o no les diré una sola palabra?», pensaba Volodia. «¿Y por qué no decirles: Buenas noches, muchachos? Sí, esto será lo mejor». Y con ardimiento les gritó con su voz dulce y sonora: «¡Buenas noches, muchachos!» Los soldados respondieron muy alegres. Su voz fresca y juvenil resonó agradablemente en los oídos de cada uno. Volodia marchaba bravamente delante de los soldados y aunque su corazón latía como si acabase de hacer una carrera de muchas verstas, su andar era ligero y su cara satisfecha. Cerca ya del mamelón de Malakov y subiendo la colina, fijose en que Vlang, que no se separaba de él ni la distancia de sus zapatos, si bien muy valiente en casa, se bajaba e inclinaba sin cesar la cabeza como si todas las bombas y balas que silbaban con frecuencia fuesen derechas a él. Algunos de los soldados hacían lo mismo y en general en todos los rostros se expresaba, si no el miedo, a lo menos la inquietud. Esto tranquilizó del todo a Volodia, dándole más valor y ardimiento.

«¡He aquí, ya estoy en el mamelón de Malakov que yo me imaginaba mil veces más terrible de lo que es, y ando por él sin saludar a las balas y tengo mucho menos miedo que los demás! Entonces, no seré un cobarde», pensaba con placer y con cierto entusiasmo y satisfacción de sí mismo.

Pero este sentimiento quedó del todo quebrantado por un espectáculo que presenció, al oscurecer del todo, en la batería de Kornilov mientras iba en busca del jefe del bastión. Cuatro marineros, detrás del parapeto, tenían cogido por las piernas y los brazos el cadáver ensangrentado de un hombre descalzo y sin capote y lo balanceaban con la intención de lanzarlo por encima del murallón. Dos días después del bombardeamiento aún no había podido procederse a levantar todos los cadáveres y ahora los echaban al

foso para que no entorpecieran en la batería. Volodia quedose un momento petrificado al ver cómo el cadáver, dando en la cumbre del parapeto, rodó hasta el foso; mas para su bien, encontró allí mismo al jefe del bastión, el cual diole sus órdenes y un guía para conducirle a la batería y al blindaje reservado a los servidores.

No relataremos los demás peligros y decepciones sufridas durante aquella misma noche por nuestro héroe. En vez de encontrarse allí con el tiro que él había practicado en el campo de Volkovo, con todas las condiciones de precisión y de orden, encontrose con solo dos morteros en mal estado, pues uno tenía el alma destrozada y el otro descansaba sobre una plataforma destruida.

No relataremos cómo hasta por la mañana no pudo obtener los obreros necesarios para proceder a su reparación, ni que alguna de las cargas no tenía el peso indicado en el Manual, ni cómo fueron heridos dos soldados del destacamento, ni cómo él mismo estuvo veinte veces a un dedo de la muerte. Suerte que le designaron como jefe de pieza a un marino de una talla enorme, que desde el principio del sitio siempre había estado al pie del mortero, y le convenció de que aún podía tirarse con él; después le condujo, con una linterna, ya oscurecido, a través del bastión como si fuera a través de un jardín y le prometió tenerlo todo arreglado para el día siguiente. El blindaje a donde le condujo su guía estaba apartado cosa de dos *sagenas* de la batería y protegido por vigas de roble de un grueso regular; allí se alojó Volodia con todos sus soldados.

Vlang así que percibió una pequeña puerta que daba fuera del blindaje, se fue corriendo a ella dejándose caer sobre el suelo pedregoso, instalándose luego en un pequeño patio del que ya no volvió a salir más. Cuando todos los soldados se hubieron instalado a lo largo de los muros, tendidos en el suelo, algunos encendieron sus pipas; Volodia arreglose su cama de campaña en un ángulo, encendió una vela, tendiose en la cama y fumó un cigarrillo. Alrededor del blindaje se oían los cañonazos no interrumpidos, pero sordos, exceptuando el de un cañón cercano al blindaje que retumbaba como un trueno. Dentro del blindaje reinaba la calma; solamente los soldados, intimidados aún por el nuevo oficial, conversaban de cuando en cuando y se pedían entre ellos un poco de sitio o fuego para la pipa. Una rata roía en alguna parte, entre las piedras, por lo cual Vlang que no estaba del todo repuesto del susto, miraba a su alrededor como un salvaje, y lanzaba gran-

des suspiros. Volodia, en su lecho, en el ángulo dejado libre por la gente y alumbrado por una sola bujía, gozaba de un sentimiento de bienestar que no había experimentado desde su infancia, cuando jugando al escondite se metía en el armario o debajo del vestido de su madre para ocultarse, y allí sin respirar y sin miedo de las tinieblas gustaba de ese mismo placer… Sentía ahora también un suave cosquilleo en el corazón y una grande alegría al mismo tiempo.

XX

Al cabo de diez minutos, los soldados algo más animados, empezaron a charlar; los más graduados, dos artilleros, se acercaron a la luz y a la cama del oficial; uno de ellos era canoso, viejo, con todas las medallas y condecoraciones, salvo la cruz de San Jorge; el otro era joven, fumando uno tras otro los cigarrillos que iba haciendo. El tambor, como de costumbre, tomó a su cargo servir al oficial. Los encargados de las bombas y los de los caballos, estaban sentados cerca de los primeros, y un poco más lejos, cerca de la puerta y en la sombra estaban los servidores de la batería. La conversación empezó entre ellos, tomando por pretexto la entrada de un hombre que acababa de llegar al blindaje.

—¿Qué hay, hermano? ¿No has tenido miedo de estarte hasta ahora en el camino… o quizás las jovencitas no te divierten ya como antes?—dijo una voz.

—¡Oh! Cantan tan hermosas canciones como nunca en la ciudad se han oído iguales,—respondió riéndose el que acababa de llegar al blindaje.

—¡Ah! ¡Vassine no ama ya las bombas! ¡No, ya no las quiere!—dijo uno de los del grupo *aristócrata*.

—¡Qué! Cuando él lo hace, lo hace de otro modo,—dijo lentamente Vassine.—Cuando él habla, todos callan, ¡qué bien tira el veinticuatro! Decid-

me, ¿qué mal hay en haber entrado aquí dentro? Si se muere por nada, los jefes no le darán las gracias a nuestro hermano.

A estas palabras de Vassine todos se miraron y echaron a reír.

—Ved Melnikov, él siempre se queda fuera,—dijo uno de ellos.

—¡Traedlo acá, a este Melnikov!—exclamó el viejo artillero.

—Pues, de otra manera puede morir inútilmente.

—¿Quién es Melnikov?—preguntó Volodia.

—¡Ah! Vuestra Nobleza, es un tonto, un bobo que no teme nada absolutamente, y que siempre está ahí fuera; miradle, parece un oso.

—Es que tiene en su poder un sortilegio,—añadió desde el otro lado la lenta voz de Vassine.

Melnikov entró en el blindaje. Era un hombre grueso, cosa rara entre los soldados, rojo, colorado, con una frente enorme, bombada y ojos saltones azul-claros.

—¿Y qué, no tienes tú miedo a las bombas?—preguntole Volodia.

—¿Por qué he de tener miedo a las bombas?—contestó Melnikov rascándose.—Yo sé que no he de morir de una bomba.

—¿Entonces, querrás estar aquí?

—Sí, me gusta, es esto muy divertido,—contestó soltando la risa.

—Si no, te haré prender a la salida. ¡Oh! y se lo diré al general…—dijo Volodia, aunque allí no había ningún general.

—¡Cómo, pues!… ¡Ciertamente!… Yo veo…

Y Melnikov se ocultó detrás de los otros.

—Vaya, muchachos, juguemos a los naipes,—dijo uno.—¿Quién tiene cartas?

En el ángulo opuesto el juego principió bien pronto. Al cabo de un rato no se oían sino los papirotazos en la nariz, las grandes risotadas y las palabras propias de sus juegos.

Volodia bebió el té que le había preparado el tambor: les obsequió y conversó con ellos a fin de hacerse querer, muy contento y satisfecho del respeto que le habían demostrado. Los soldados también, al ver la sencillez de su jefe, desataron sus lenguas. Uno contaba que el sitio de Sebastopol pronto tendría fin, porque un marino muy bien enterado le había dicho que Constantino, hermano del zar, venía a salvarlos con la flota «americana» y que muy pronto habría un armisticio de dos semanas, lo que les proporcionaría un buen descanso, y que si alguno tiraba mientras durase el armisticio pagaría setenta y cinco kopeks de multa por cada tiro.

Vassine, en quien Volodia ya se había fijado, era un hombre pequeño, con patillas, ojos grandes y dulces, y contaba entonces, en medio de un general silencio, si bien interrumpido por grandes risotadas, que a su llegada al pueblo, con licencia, había estado al principio muy bien; pero que después su padre le había enviado al trabajo y que durante ese tiempo, un día, el guardia forestal había enviado a buscar a su mujer en un coche… Todo esto divertía a Volodia. No solamente ya no sentía ningún temor, sino que ni siquiera le incomodaba la estrechez ni el fuerte hedor del blindaje, al contrario, sentíase verdaderamente alegre y contento.

Muchos de los soldados roncaban ya; Vlang estaba tendido en el suelo y el viejo artillero, extendiendo su capote, hizo el signo de la cruz y rezó sus oraciones antes de dormirse. Volodia quiso salir del blindaje a mirar lo que pasaba en el patio.

—Retirad las piernas,—gritaron los soldados, así que él se levantó; y para dejarle paso todas las piernas se encogieron.

Vlang, que parecía dormir, levantó al momento la cabeza y asió a Volodia por la punta de la capa.

—¡Por Dios, no salgáis! ¿Es eso posible?—dijo con tono resuelto y con lágrimas en los ojos.—Vos no sabéis aún lo que es eso. Allí fuera, las balas caen incesantemente; aquí se está mucho mejor.

Mas, a pesar de las súplicas de Vlang, Volodia salió del blindaje, y sentose en el suelo, al lado de Melnikov.

El aire era puro y fresco fuera del blindaje; la noche, clara y estrellada… A través del retumbar de los cañones, oíase el ruido de las ruedas de las carretas de carga y las conversaciones de los hombres que trabajaban en el

polvorín. Sobre la cabeza, el cielo estrellado, que surcaban sin cesar las bombas con sus mechas encendidas; a la izquierda, una mina de un metro conducía al otro blindaje, en el que se divisaban las piernas y las espaldas de los marinos que en él se alojaban y cuyas voces llegaban hasta allí; al frente veíase el montículo del polvorín, ante el cual pasaban y repasaban unos hombres encorvados, y sobre el montículo, bajo la lluvia de balas y bombas que silbaban sin cesar en aquel sitio, veíase una figura alta, con capote negro, las manos dentro de los bolsillos y apisonando la tierra que los demás le traían en sacos. A cada momento una bomba caía y estallaba siempre cerca del polvorín. Los soldados que trasladaban la tierra se inclinaban, desviábanse; pero la figura negra no se movía; continuaba apisonando la tierra con toda tranquilidad, siempre en la misma posición.

—¿Quién es ese hombre negro?—preguntó Volodia a Melnikov.

—No lo sé; voy a ver.

—No, no vayas; no hay necesidad.

Pero Melnikov, sin escucharle, se levantó, acercose al hombre negro y después con la misma indiferencia volviose al lado de Volodia.

—Es el jefe del polvorín, Vuestra Nobleza; una bomba ha abierto un agujero en el polvorín y los soldados lo recubren de tierra.

A cada momento las bombas caían más cerca de la puerta del blindaje, según le pareció a él, y entonces se fue al ángulo del mismo y de nuevo levantó la cabeza para mirar si también por allí caían balas. A pesar de que Vlang, desde el interior del blindaje, continuaba suplicándole que volviera a entrar, Volodia se estuvo cerca de tres horas sentado en el suelo, hallando un placer inmenso en desafiar la muerte y en observar la caída de las bombas. Al retirarse a descansar, ya sabía cuántos cañones tiraban y dónde caían los proyectiles.

XXI

El día siguiente, después de un sueño de diez horas, Volodia, fresco y bien dispuesto, salió de muy buen humor a la entrada del blindaje. Vlang también salía con él; pero al primer silbido de las balas se echó atrás a toda prisa, metiendo la cabeza dentro del blindaje, haciendo reír a cuantos soldados había por aquellos alrededores. Solo Vlang, el viejo artillero y algún otro aparecieron muy raramente en la trinchera; a los demás nada pudo detenerles; todos salieron a respirar el aire fresco de la mañana, huyendo del blindaje, que apestaba, y a pesar de que el bombardeamiento era casi más fuerte que el día anterior, instalábanse tan pronto a la entrada como cerca del parapeto. Melnikov, al romper el alba, se paseaba ya por la batería, mirando a lo alto e indiferente a todo.

Cerca de la entrada estaban sentados dos viejos soldados y un joven con los cabellos ensortijados; un judío agregado a la infantería cogió una bala de las que estaban esparcidas por el suelo y la aplastó entre dos piedras, luego con su cuchillo la recortó en forma de cruz de San Jorge; los otros, dejándole hacer, continuaban hablando.

La cruz del judío quedó pronto terminada y muy bonita.

—¡Vaya! Si después de la paz aún nos quedamos algún tiempo aquí, nos darán a todos el retiro,—decía uno de ellos.

—Ciertamente, a mí solo me restaban cuatro meses de servicio, y, ved, ya hace cinco meses que estoy en Sebastopol.

—Se dice que ya no se cuenta el tiempo para el retiro,—decía otro.

En este momento una bala de cañón silbó por encima de sus cabezas, yendo a caer a cosa de un metro de Melnikov, que se acercaba a ellos por la trinchera.

—Poco ha faltado para que matara a Melnikov,—dijo uno.

—Lo que es esta no me matará,—respondió Melnikov.

—Toma, por tu valor,—le dijo el soldado judío que había cortado la cruz, entregándosela.

—No, querido, aquí un mes se cuenta por un año; hay sobre esto una orden especial,—continuó uno de los interlocutores.

—¡No diré lo contrario! Una vez hecha la paz, el emperador seguramente nos pasará una revista en Varsovia, y si no nos da el retiro, a lo menos nos dará una licencia ilimitada.

Otra bala silbó por encima de sus cabezas, chocando en una piedra.

—Hay que guardarse un poco, pues, de lo contrario, antes de esta noche tendremos *licencia definitiva*,—dijo uno de los soldados.

Todos rieron la agudeza.

No solamente antes de la noche, sino que una hora después, dos de los que formaban el grupo tenían ya la *licencia definitiva*, cinco quedaban heridos y el resto… continuaba hablando con la misma indiferencia.

Por la mañana, en efecto, los dos morteros estaban ya reparados de modo que podían servir. A las diez, por orden del jefe del bastión, Volodia reunió su destacamento y con él partió hacia la batería.

Entre los soldados ya no se notaba ni sombra de aquel sentimiento miedoso que podía observarse en ellos el día anterior antes de empezar el servicio. Solo Vlang no podía vencerlo; a cada momento se agachaba. Vassine había perdido algo de su aplomo; agitábase e inclinábase sin cesar, y en cuanto a Volodia estaba del todo entusiasmado, no se encogía ante el peligro; la alegría de cumplir con su deber y el creer que ya no era un cobarde sino todo un valiente, le alentaban, y además sentía sobre sí las miradas del comandante del bastión y la presencia de los veinte soldados que le contemplaban admirados, y todo esto influía en él para hacerle aparecer más bravo de lo que era; él mismo se admiraba de su valentía. Envanecíase delante de los soldados, montaba en la banqueta y desabrochábase expresamente el capote para que le vieran mejor. El jefe del bastión, que recorría en aquel momento su «explotación», como él decía, a pesar de la costumbre adquirida durante ocho meses de peligros de toda clase, no pudo menos de admirar a ese bello joven con su capote desabrochado, dejando ver una camisa roja sobre la cual destacaba el blanco cuello, muy limpio, y que con el rostro y los ojos inflamados palmoteaba gritando con su pequeña y sonora voz:

«¡Primero! ¡segundo!», subiendo cada vez encima del parapeto para ver en dónde había caído la bomba. A las once y media cesó el cañoneo de ambos lados y a las doce en punto empezó el asalto del mamelón de Malakov, y del segundo, tercero y quinto bastiones.

XXII

En ese lado de la bahía, entre Inkerman y las fortificaciones del norte, sobre el montículo del telégrafo, ya cerca el mediodía, estaban dos hombres; el uno, un oficial, miraba hacia Sebastopol con un anteojo; el otro, un cosaco, acababa de llegar a escape.

El sol, claro y alto, dejaba caer sobre la bahía y sobre los bajeles y canoas sus rayos encendidos y ardientes, enrojeciendo sus movibles velas. Un viento ligero balanceaba apenas las ramas de los robles achaparrados cerca del telégrafo, hinchaba las velas de las barcas y rizaba las olas. Sebastopol aparecía siempre el mismo, con su iglesia inacabada, su gran columna, su muelle y su paseo verdeante sobre la colina; la elegante construcción de la Biblioteca, sus pequeñas bahías azules llenas de mástiles, los arcos pintorescos de los acueductos y las humaredas azuladas de la pólvora iluminadas por las llamas rojas de los cañonazos. Sebastopol siempre era el mismo: la hermosa ciudad alegre, rodeada, de un lado, de montañas amarillentas y azul-grisáceas, y del otro, por la mar azulada, que brillando al sol divisábase bella y moviente hacia el otro lado de la bahía. En el horizonte, mar adentro, en donde se veía un gran buque, asomaban anchas nubes blancas, precursoras del viento. Por toda la línea de las fortificaciones, sobre todo en las montañas del lado izquierdo, veíanse los penachos de humo espeso, blanco, sin cesar alumbrado por el cañoneo, cuyas llamas parecían aún más intensas con el sol del mediodía. Estos penachos se alargaban tomando diversas formas, se elevaban hacia el cielo en espirales oscuras, mostrándose tan pronto aquí como allá, sobre las montañas, sobre las baterías del enemigo, dentro de la ciudad, en lo más alto del cielo. El cañoneo no cesaba ni un instante, haciendo retemblar el aire…

Hacia el mediodía las humaredas se hicieron más raras, el aire ya no vibraba a los cañonazos.

—Pero, el segundo bastión ya no responde,—dijo el oficial de húsares que estaba a caballo.—¡Todo está destrozado! ¡Esto es horrible!

—Y Malakov también, me parece que a cada tres cañonazos solamente ha respondido con uno,—añadió el que observaba con el anteojo.—¡Y esto me pone furioso! ¿Por qué se callan? ¡Ved, tiran ya derechamente sobre la batería de Kornilov y esta ni siquiera responde!

—Óyeme… te digo que hacia el mediodía cesa siempre el bombardeo, y por lo tanto hoy será lo mismo… Vamos, pues, a almorzar… Nada nos queda ya que hacer aquí… Ni hay nada que pueda importarnos.

—¡Espera, no me interrumpas!—respondió el que observaba con el anteojo, mirando a Sebastopol con una obstinación singular.

—¿Qué hay, pues, allá abajo? Dime, ¿qué hay?

—Un gran movimiento dentro de las trincheras. Grandes columnas avanzan…

—Yo también lo veo. Marchan en columnas. Es necesario hacer una señal.

—¡Mira! ¡Mira! Han salido ya de las trincheras.

En efecto, a simple vista veíanse unas manchas negras salir de las baterías francesas y descender de la montaña, por dentro del barranco en la dirección de los bastiones. Avanzando siempre esas manchas, distinguíanse ya las negruzcas líneas muy cerca de nuestras posiciones. En el bastión, en diversos puntos, inflamábanse las humaredas blancas de los cañonazos. El viento traía el estruendo repetido de la fusilería, como si la lluvia golpeara sobre los cristales. Las manchas negras avanzaban cada vez más, envueltas en la humareda. Los disparos de la fusilería eran cada vez más frecuentes y confundíanse en un rumor sordo y prolongado. El humo cada vez más espeso, dispersábase rápidamente por toda la línea y al fin confundíase en un nubarrón azul, que por uno y otro lado iluminaban los fogonazos de los dos ejércitos.

—¡El asalto!—gritó el oficial, con la palidez en el rostro y entregando el anteojo a su compañero.

Los cosacos galopaban por la carretera, y los oficiales a caballo y los generales en coche, seguidos de sus escoltas, pasaban delante. Sobre cada rostro leíase una angustia terrible y la atención más obsesionante.

—¡Pero, no es posible que lo hayan tomado!—dijo el oficial que estaba a caballo.

—¡Dios! ¡La bandera! ¡Mira! ¡Mira!—dijo el otro, sofocadísimo y entregándole el anteojo.—¡La bandera francesa ondea en Malakov!

—¡Es imposible!

XXIII

El primogénito de los Kozeltkov que, durante la noche, había tenido suerte en ganar, acabó por perderlo todo, hasta las monedas de oro cosidas en su vestido, y dormía aún por la mañana con sueño agitado, pero fuerte, en el cuartel del quinto bastión, cuando estalló el grito fatal, repetido por miles de voces:

—¡Al arma!

—¿Cómo, dormís aún, Mikhail Seminovitch? ¡El asalto!—gritole una voz.

—Será un bromazo,—respondió abriendo los ojos.—¡Es imposible!

Pero, pronto vio que todos, sin objeto determinado, corrían de un lado a otro con la palidez en el rostro; de modo que enseguida comprendió lo que pasaba. La idea de que pudieran tomarle por un cobarde que se excusa de salir con su compañía en el momento crítico, le hizo sufrir horriblemente. Corriendo fuese hacia la compañía. El cañoneo había cesado, pero la fusilería estaba en su apogeo. Las balas no silbaban aisladamente como el día anterior, sino que a enjambres, como bandadas de pájaros de verano, volaban por encima de sus cabezas. Todo el espacio en donde el día anterior se encontraba su batallón, estaba cubierto de humo. Oíanse grandes gritos aisla-

dos y exclamaciones… Los soldados heridos y no heridos se hallaban revueltos en completa confusión. A los treinta pasos distinguió a su compañía que se apiñaba cerca de los muros.

—La batería de Schwartz está tomada,—le dijo el joven oficial.

—Todo está perdido.

—¡Mentira!—gritó Kozeltkov con cólera, y tirando de su pequeño sable, gritó:—¡Adelante, muchachos, hurra!

La voz salió de sus labios sonora y fuerte, y ella excitó al mismo Kozeltkov; corrió a lo largo del parapeto, cincuenta soldados le seguían gritando; salieron del parapeto a campo raso, las balas caían literalmente como granizo, dos de ellas chocaron con su cuerpo… Pero ¿habían penetrado en sus carnes, le habían contusionado solamente, estaba herido?… Faltaba tiempo para darse cuenta de ello. Enfrente, envueltos en el humo, percibíanse ya los uniformes azules y los pantalones rojos y oíanse gritos pronunciados en una lengua que no era la rusa. Un francés, ya encima del parapeto, agitaba su espada gritando algo que no se entendía. Kozeltkov estaba persuadido de que allí moriría y esto le daba precisamente valor. Y corría, sin cesar avanzando, avanzando. Algunos soldados se le adelantaron, otros se detenían a su lado corriendo con él. Los uniformes azules estaban siempre a igual distancia, pues los soldados franceses se volvían corriendo hacia sus trincheras… Sus pies al correr tropezaban con los muertos y los heridos… Llegado ya cerca del foso exterior todo se confunde ante la vista de Kozeltkov y de pronto siente un dolor vivísimo en el vientre…

Media hora después, estaba encima de una camilla cerca de los cuarteles de Nicolás. Sentíase herido, pero apenas le dolía, deseaba solamente beber mucha agua fría y acostarse en otro lecho más cómodamente.

El doctor, pequeño, grueso, con grandes patillas negras, se acercó y desabrochole el capote. Kozeltkov miró por debajo de su barba lo que hacía el doctor en su herida, pero no sintió que le produjera dolor alguno. El médico encubrió la herida, enjugó sus dedos con el extremo de su capote y sin decir una palabra, sin mirar al herido, alejose hacia otra camilla.

Kozeltkov, inconscientemente, fue siguiendo con la mirada todo lo que se hacía ante él, y acordándose de lo que había ocurrido en el quinto bastión, con el sentimiento consolador de la propia satisfacción, pensó que había

cumplido con su deber y que por primera vez, desde su entrada al servicio, no tenía nada que reprocharse. El médico, al pasar a otro oficial herido, dijo algo a un sacerdote con una grande barba rubia que se encontraba allí con una cruz en la mano, la cual mostró a Kozeltkov mientras se acercaba a su camilla.

—¿Es que voy a morir?—preguntó este al sacerdote cuando estuvo a su lado.

El sacerdote, sin responderle, leyó las plegarias de los difuntos y tendió su cruz al herido.

La muerte no asustó a Kozeltkov. Con sus débiles manos cogió la cruz, la apretó contra sus labios y echose a llorar.

—¿Los franceses han sido rechazados?—preguntó después al sacerdote.

—La victoria ha sido completa en toda la línea,—respondió el sacerdote, dispuesto a consolar al herido.—Hasta en el mamelón de Malakov donde ha flotado un punto la bandera francesa.

—¡Que Dios sea loado!—murmuró Kozeltkov, casi sin sentir las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

El recuerdo de su hermano atravesó por un momento su cerebro. «¡Que Dios le envíe la misma felicidad que a mí!», exclamó.

XXIV

Pero otra suerte esperaba a Volodia. Estaba escuchando un cuento que narraba Vassine, cuando de súbito estalló el grito: «¡Los franceses avanzan!» La sangre afluyó al corazón de Volodia, un escalofrío intenso recorrió su cuerpo e hizo palidecer sus mejillas. Durante un segundo quedose inmóvil, pero al mirar a su alrededor vio que sus soldados se abrochaban los capotes con toda cachaza, saliendo uno detrás de otro. Todos menos Melnikov se mantenían callados, cuando este chanceándose exclamó:

—Entonces, muchachos, recibámosles con el pan y la sal en la mano.

Volodia y Vlang, que seguía siempre sus pasos, salieron del blindaje y corrieron a la batería. La artillería no tiraba ya ni de un lado ni de otro.

No era por cierto el aspecto de tranquilidad que ofrecían los soldados, sino la cobardía miserable y no disimulada del *junker* lo que excitaba a Volodia. «¿Podré quizás yo parecérmele?» pensaba, y corrió vivamente hacia el parapeto junto al cual se hallaba el mortero. Vio muy bien cómo los franceses corrían directamente hacia el sitio donde él estaba por un camino descubierto y en gran muchedumbre… las bayonetas, brillando al sol, se agitaban ya dentro de las trincheras más cercanas. Un francés, bajo, de anchas espaldas, con uniforme de zuavo, la espada al aire, corría delante, saltando del uno al otro foso. «Tirad con metralla», gritó Volodia, bajando de la banqueta; pero los soldados ya lo hacían sin esperar su orden. Un ruido metálico de metralla silbó por encima de su cabeza, tan pronto de uno como del otro mortero. «¡Primero! ¡segundo!», gritaba Volodia corriendo de un mortero al otro, olvidado por completo del peligro. Del otro lado oíanse los seguidos disparos de los fusiles y grandes voces precipitadas.

De pronto un grito muy agudo, penetrante, desesperado, repetido por muchas bocas, se extendió por la izquierda: «¡Vienen por detrás! ¡Vienen por la retaguardia!» Volodia volviose al oír ese grito. Una veintena de franceses habían aparecido por detrás de la batería. Uno de ellos, un hombre alto, con barba negra, marchaba al frente; acercose diez pasos más a la batería, detúvose y disparó apuntando derechamente a Volodia, echando a correr segunda vez hacia él. Durante un segundo quedó como petrificado, no dando crédito a lo que veían sus ojos… Cuando volvió en sí y miró en torno, en el parapeto se veían ya multitud de uniformes azules y dos franceses, a diez pasos de él, clavaban el cañón. Alrededor suyo no había nadie más que Melnikov, muerto por una bala, y Vlang, que habiendo agarrado con sus manos un asta, con expresión furiosa en el rostro, los ojos bajos, se lanzó adelante, gritando: «¡Seguidme a mí! ¡seguidme a mí, Vladimir Seminovitch!», con desesperada voz, mientras blandía el asta sobre las cabezas de los franceses que venían detrás. La colérica figura del *junker* les sorprendió y les contuvo… Vlang rompió la cabeza a todos los que se le pusieron por delante; los demás involuntariamente retrocedieron, mientras él continuaba gritando desesperadamente: «¡Seguidme a mí! ¡seguidme a mí, Vladimir Seminovitch!; ¿por qué os quedáis parado? ¡Corred…!» Y él corría ya trinchera abajo,

donde se hallaba nuestra infantería. Así que hubo saltado dentro de la trinchera miró por encima de ella para ver lo que hacía su adorado teniente; solo vio tendido en el suelo un capote en el lugar donde estaba antes Volodia… Todo aquel sitio estaba lleno de franceses que tiraban sobre los nuestros.

XXV

Vlang encontró sus soldados en la décima línea de defensa. De los veinte soldados destacados a la batería solo ocho se habían salvado.

A las nueve de la noche, Vlang con sus hombres se metió en un barco lleno ya de soldados, de cañones, de caballos y de heridos, y dirigiose a Severnaia. El tiroteo había cesado del todo. Las estrellas, como en la noche anterior, brillaban con toda su claridad en el alto cielo; pero un fuerte viento movía el mar. Sobre el primero y el segundo bastión los fuegos brillaban a ras del suelo: los cañonazos hacían retemblar el aire e iluminaban en torno suyo toda clase de objetos extraños y las piedras proyectadas al aire. Algo ardía cerca de los almacenes del muelle y su llama roja se reflejaba en el agua. El puente, cubierto de soldados, alumbrábase con los fuegos de la batería de Nicolás. Una grande llamarada parecía destacarse sobre el agua, aclarando los bajos de las nubes formadas por el humo que se extendía por arriba, y, del mismo modo que la víspera, las sosegadas luces, vivas y lejanas, brillaban sobre el mar en la flota enemiga. Un viento fresco rizaba las aguas de la bahía. A la luz de los incendios se percibían los mástiles de nuestros navíos averiados, que, lentamente, se hundían cada vez más profundamente dentro del agua. Ninguna conversación oíase sobre el puente; solamente a través del mugido de las olas que el buque cortaba, oíase el resoplido de los caballos y su piafar sobre las balsas, o las voces de mando del capitán del barco y los gemidos de los heridos. Vlang, que no había comido nada durante toda la jornada, cogió un pedazo de pan y púsose a comerlo con ansia; mas al recordar de pronto a Volodia echose a llorar de tal

modo que los soldados que tenía más cerca le contemplaron llenos de asombro.

—¡Mirad! Está comiendo pan y llora, nuestro Vlanga,—dijo Vassine.

—¡Esto sí que está gracioso!—respondió otro.

—Mira, han incendiado nuestros cuarteles,—añadió este suspirando.—¡De qué modo más doloroso muchos de los nuestros han perecido!… Y mientras tanto los franceses han quedado dueños de todo.

—A lo menos, nosotros, gracias a Dios, hemos salido con vida,—añadió Vassine.

—¡En cuanto a mí, esto me irrita aún más!

—Pero, dime, ¿qué es lo que te irrita? ¿Puede uno divertirse aquí? ¿De qué manera? ¡Tú verás cómo los nuestros volverán a recuperarlas; aunque también muchos más perecerán! Pero, así como Dios es santo, si el emperador lo ordena, volveremos a recuperar nuestras posiciones. ¿Crees que los nuestros las abandonaron de cualquier modo?… ¡Pues! Es verdad que nos han tomado las murallas, pero desnudas, todos los atrincheramientos han saltado; es verdad que han plantado su bandera sobre el mamelón; pero, contra la ciudad no se atreverán… ¡Espera un poco! ¡nosotros arreglaremos nuestras cuentas contigo! ¡deja hacer!…—concluyó, como dirigiéndose a los franceses.

—¡Oh! esto es seguro,—respondió el otro muy convencido.

Sobre toda la línea de los bastiones de Sebastopol, donde durante tantos meses hubo una vida extraordinaria, donde durante tantos meses viéronse los héroes sucederse y caer el uno tras del otro, esos héroes que durante tantos meses excitaron el miedo, el odio y la admiración de los enemigos… en aquellos bastiones ya no se veía a nadie. Todo estaba muerto, bárbaramente destrozado, silencioso, horrible. Sobre el suelo, surcado por los recientes cañonazos, veíanse esparcidos los rotos cañones por encima de los cadáveres de los rusos y de los franceses. Los gruesos morteros, mudos para siempre y que una fuerza terrible había tumbado dentro de los fosos quedando medio cubiertos de tierra, así como también las balas y las granadas, los cadáveres y los cascos de las bombas y las planchas de cobre de los blindajes, todo yacía revuelto y confundido… y aún más cadáveres envueltos en sus

capotes grises o azules… Y todo parecía aún agitarse en los estertores de la agonía cada vez que una explosión próxima hacía retemblar el aire.

Los enemigos veían que algo incomprensible pasaba dentro del terrible Sebastopol. Esas explosiones y el silencio mortal que reinaba en los bastiones les hacía temblar, pues no osaban creer aún, bajo la impresión de la resistencia enorme de la jornada, que el terrible adversario hubiese desaparecido y, en silencio, sin moverse, esperaban con febril ansiedad el fin de la lóbrega noche.

Los ejércitos de Sebastopol, como la mar agitada en noche sombría, separándose, uniéndose y estremeciéndose, movía toda su masa cerca de la bahía y dentro de la oscuridad compacta avanzó lentamente por el puente de Severnaia, alejándose de los sitios en donde había dejado tantos valientes, de aquellos sitios regados con su sangre, defendidos durante once meses contra un enemigo dos veces más fuerte y del cual le ordenaban apartarse sin combatirlo hasta morir.

La primera impresión de esa orden fue para todo ruso tan terrible como incomprendida; la segunda fue el miedo de la persecución. Los soldados se sintieron indefensos así que les separaron de aquellos lugares donde se habían acostumbrado a batirse, y se apretaban inquietos unos contra otros en la oscuridad, cerca de la entrada del puente, que un fuerte viento hacía balancear.

Con sus bayonetas enfundadas, los regimientos, los carros y toda clase de milicias se mezclaban y se atropellaban; los oficiales, a caballo, les apresuraban con sus órdenes; los habitantes y los asistentes portadores de los bagajes lloraban y suplicaban que les dejaran pasar. Con gran ruido de ruedas se abrió camino la artillería, que se alejaba con precipitación. A pesar de la vista de cosas tan diversas, un sentimiento de conservación de la propia vida y un ansia de salir a toda prisa de aquellos mortales lugares, estaba en el alma de cada uno. Ese estado lo sentían lo mismo los soldados que, con mortal angustia, esperaban tendidos sobre el suelo del muelle de Pablo, y que suplicaban a Dios les enviara la muerte que les librara de los dolores de sus heridas, como los milicianos que, haciendo un último esfuerzo, se apretaban contra la muchedumbre para dejar paso a un general a caballo; como el mismo general que refrenaba la prisa de los soldados; como también el marinero apretado por la muchedumbre ondulante, hasta casi perder el

aliento; como el oficial herido que, colocado en una camilla, transportaban cuatro soldados, y que, detenidos por el gentío, la colocaban en el suelo, cerca de la batería de Nicolás; como el valiente artillero que, después de dieciséis años de vivir al lado del cañón, y que, por una orden de sus jefes, incomprensible para él, ayudado de sus camaradas, lo arrastraba ahora hacia la pendiente abrupta de la bahía; y como finalmente todos los marinos que, abandonando presurosos los buques que se hundían, remaban con bravura sobre las chalupas en que se alejaban del peligro…

Habiendo atravesado el puente, una vez ya al otro lado, todo el mundo quitose el gorro y se santiguó. Pero, tras de este sentimiento se ocultaba otro, muy penoso, muy penoso… algo así como arrepentimiento, odio y fuerte cólera. Todos los soldados, mirando al norte de Sebastopol, aquellos lugares de muerte que acababan de abandonar, con amargura indecible en el corazón y con lágrimas en los ojos, suspiraban y amenazaban con sus puños cerrados al enemigo.

FIN

---

1. Último pueblo antes de llegar a Sebastopol.

2. Especie de esclavina larga que llevan los oficiales del Cáucaso.

3. Especie de sopas hecha con coles, remolacha, carne de buey y de cerdo.

4. Especie de galletas con queso de forma triangular.

5. Especie de capa corta de piel de carnero con las vueltas forradas.

6. Cada *garnetz* es igual a 3,277 litros.

Nota sobre esta edición

Esta edición reproduce la traducción castellana anónima publicada en las *Obras completas de León Tolstoi*, tomo II, *Los cosacos*. *Sebastopol* (Barcelona, Carbonell y Esteva, 1905), «nueva versión castellana» hecha sobre la traducción francesa de J. W. Bienstock revisada por P. Biriukov, a partir del ejemplar digitalizado que conserva Internet Archive. Las ilustraciones no se reproducen. Las notas a pie de página proceden de esa edición.

Se ha actualizado la ortografía según las normas vigentes de la Real Academia Española y se han corregido las erratas evidentes del impreso. El texto del traductor se mantiene sin otros cambios.

¡Gracias por leer este libro de WWW.ELEJANDRIA.COM!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web